
HARLEQUIN
Bianca™
FINALISTA
Premios
RITA®
MAYA
BLAKE
UN MARIDO MISTERIOSO

Capítulo 1

La horrible mansión era como la recordaba en sus pesadillas: el naranja chillón del exterior contrastaba con las grandes contraventanas azules. Lo único que no concordaba con lo que veía era el sol brillando sobre las enormes estatuas de mármol que custodiaban la verja de entrada.

El último recuerdo que tenía Romeo Brunetti de aquel lugar era el de un día de fría lluvia, con la ropa pegada al cuerpo mientras estaba escondido en los arbustos del otro lado de la verja rogando que no lo descubrieran y, al mismo tiempo, con la esperanza de que lo hicieran, porque eso significaría el final de sus sufrimientos, del hambre y del dolor del rechazo que consumía su cuerpo de trece años de la noche a la mañana.

Por desgracia, el destino no lo había favorecido y había permanecido escondido en los arbustos, helado y casi catatónico, hasta que el hambre lo había obligado a salir.

Romeo miró las lanzas que las estatuas sostenían en las manos y recordó a su padre alardeando de que eran de oro macizo.

Su padre, que lo había llamado bastardo antes de ordenar a su lugarteniente que lo echara de la casa, ya que no le importaba que el hijo que había engendrado con una prostituta en un callejón de Palermo viviera o muriera, con tal de que él, Agostino Fattore, no tuviera que volver a verlo.

Su padre… Aquel hombre no se merecía ese nombre.

Romeo apretó el volante del Ferrari y se preguntó una vez más por qué estaba allí, por qué una carta que había hecho pedazos con furia después de leerla lo había obligado a renunciar al juramento que se había hecho veinte años antes.

Al final, bajó la ventanilla y marcó el código que todavía recordaba. Cuando la verja se abrió con un chirrido, volvió a pensar qué hacía allí.

¿Y qué si la carta apuntaba a algo más? ¿Qué podía ofrecerle en su muerte un hombre que lo había rechazado brutalmente en vida?

Necesitaba respuestas.

Necesitaba saber que la sangre que le corría por las venas no tenía un poder desconocido sobre él que le trastocara la vida cuando menos se lo esperase; que las dos veces que en su vida había perdido el control hasta el punto de no reconocerse a sí mismo serían las únicas y

que no le volvería a suceder más.

Lamentaba enormemente haber desperdiciado cuatro años de su vida, después de la última noche en la mansión, buscando que lo aceptaran en algún sitio. Más que odiar al hombre que lo había engendrado, odiaba los años que había pasado intentando buscar un sustituto que reemplazara a Agostino Fattore.

Haber dejado de hacerlo a los diecisiete años había sido la mejor decisión de su vida.

«Entonces, ¿qué haces aquí?», pensó. «No te pareces en nada a él».

Tenía que estar seguro. Aunque Agostino ya no viviera, quería examinar su legado y asegurarse de que el niño perdido que creía que su mundo se acabaría si volvían a rechazarlo estaba completamente olvidado.

Apretó el acelerador y tomó el camino asfaltado que conducía al patio. Se bajó del coche y caminó hasta la doble puerta de entrada, que abrió de un golpe.

Entró en el vestíbulo. Estaba allí para acabar de una vez con sus fantasmas, esos que habían permanecido agazapados en su cerebro y que habían resucitado una noche, cinco años antes, en los brazos de una mujer que lo había hecho perder el control.

Se volvió al oír unos pasos lentos que se aproximaban, seguidos de otros más decididos. Romeo sonrió al pensar que el antiguo orden no había cambiado. O tal vez fuera que su furia se había transmitido de alguna manera al antiguo lugarteniente de su padre, lo que había hecho que el anciano que se acercaba buscara la protección de sus guardaespaldas.

Lorenzo Carmine le tendió las manos, pero Romeo observó el recelo en sus ojos.

—Bienvenido, *mio figlio*. Ven, la comida está lista.

Romeo se puso tenso.

—No soy tu hijo y no voy a estar aquí más de cinco minutos, por lo que más vale que me digas lo que me tengas que decir y no me hagas perder más tiempo —dijo con desprecio.

Los ojos de Lorenzo brillaron de rabia, una rabia que Romeo había presenciado la última vez que había estado allí. Pero unida a ella estaba el reconocimiento de que Romeo ya no era un niño incapaz de defenderse.

Lentamente, la expresión de Lorenzo se transformó en una sonrisa.

—Tendrás que perdonarme, pero mi constitución me obliga a comer a horas fijas.

Romeo se volvió hacia la puerta al tiempo que lamentaba la decisión de haber ido hasta allí. Había sido una pérdida de tiempo.

—Entonces, ve a comer y no vuelvas a ponerte en contacto conmigo —apuntó mientras se dirigía a la puerta.

—Tu padre dejó algo para ti, algo que va a interesarte.

Romeo se detuvo.

—No era mi padre y no hay nada que poseyera en esta vida o en la otra que pueda interesarme.

—Sin embargo, has venido hasta aquí cuando te lo he pedido. ¿O ha sido solo para hacerle la peineta a un anciano?

—Suéltalo de una vez.

Lorenzo miró al guardaespaldas que había a su lado e hizo un gesto de asentimiento con la cabeza. Este desapareció por el pasillo.

—En honor a mi amigo, tu padre, que Dios tenga en su gloria, voy a ir contra la recomendación de mi médico.

El otro guardaespaldas se puso detrás de Lorenzo, que señaló una habitación situada a su izquierda.

Romeo recordó que era la sala de espera de las visitas, que conducía a la habitación donde su padre las recibía.

El anciano se sentó en un sillón en tanto que Romeo prefirió quedarse de pie.

No le importaban los brutales recuerdos que surgían dondequiera que mirara. En un rincón de aquella habitación se había acurrucado cuando su padre se había puesto a gritar y a disparar contra uno de sus subalternos. En aquel sofá, su padre lo había obligado a sentarse y a mirar mientras ordenaba a sus hombres que dieran una paliza a Paolo Giordano.

No le importaban los recuerdos porque él había seguido el mismo camino violento cuando, cansado de vivir en la calle, había estado a punto de unirse a una banda que se dedicaba a aterrorizar a la gente.

El segundo guardaespaldas volvió con un antiguo cofre tallado y se lo entregó a Lorenzo.

—Menos mal que tu padre se ocupó de ti —dijo.

Romeo no salía de su asombro.

—¿Perdona?

—Tu madre, que Dios la tenga en su gloria, intentó hacerlo lo mejor posible, pero no fue capaz, ¿verdad?

Cinco años antes, Romeo había guardado bajo llave el tema de su madre y lo había enterrado para siempre.

Había sido la misma noche en que había bajado la guardia con una mujer cuyo rostro seguía persiguiéndolo; una mujer que había conseguido que, por primera vez en su vida, deseara sentir la calidez de una emoción humana.

Maisie O’Connell no tenía un lugar en su vida entonces, salvo para

obtener unas horas de olvido, y, desde luego, no lo tenía en aquel momento, en aquel maldito lugar. Representaba una época que quería borrar para siempre.

—Si no recuerdo mal, tú me echaste de esta casa cuando era un niño. Tus palabras exactas, supongo que las que te dijo mi padre, fueron: «Si te vuelvo a ver, saldrás con los pies por delante».

Lorenzo se encogió de hombros.

—Eran otros tiempos. Pero, mírate, te ha ido muy bien, a pesar de tus poco edificantes comienzos. Nadie creía que un niño concebido en el arroyo alcanzaría tu posición social.

Romeo se metió las manos en los bolsillos para no estrangular al anciano.

—Fui lo bastante inteligente para darme cuenta de que, hayas nacido en el arroyo o en un palacio, la vida es lo que haces de ella. De otro modo, ¿quién sabe dónde estaría? ¿Maldiciendo a mi padre mientras me balanceaba metido en una camisa de fuerza?

El anciano se rio y abrió el cofre, del que sacó varios papeles.

—Pues harías bien en recordar de quién has heredado esa inteligencia.

—¿Insinúas que debo lo que he conseguido a ti o a esa banda de matones que denominas familia?

—Ya hablaremos de eso. Tu padre quería haber hecho esto antes de su trágica muerte.

Romeo reprimió el deseo de decir que la muerte de su padre no había sido trágica en absoluto, que la explosión del barco que le había arrebatado la vida, junto con la de su esposa y la de sus dos hijas, a las que él no conocía, no había sido accidental, sino un asesinato.

Lorenzo puso los documentos sobre la mesa.

—El primer asunto a tratar es esta casa. Es tuya, libre de cualquier carga u obligación financiera. Lo único que necesitan los abogados es tu firma. La acompañan la colección de coches, los caballos y el terreno, desde luego.

Romeo se quedó mudo de perplejidad.

—Después vienen los negocios. No van tan bien como esperábamos ni, por supuesto, tan bien como los tuyos. Pero creo que lo harán cuando se incorporen a tu empresa, Brunetti International.

Romeo se echó a reír.

—Has perdido el juicio si crees que voy a participar en ese sangriento legado. Preferiría volver al arroyo que reclamar un solo ladrillo de esta casa o relacionarme con el apellido Fattore y lo que representa.

—Puede que desprecies el apellido Fattore, pero ¿crees que,

Brunetti, hijo de una prostituta, suena mejor?

No lo hacía, pero en el infierno de su infancia había sido el menor de los males.

—Esta es tu herencia, por mucho que intentes negarla —insistió Lorenzo.

—No puedes reescribir la historia. Tus cinco minutos se han agotado. Esta reunión ha concluido. Los problemas que tengas con tus negocios de extorsión o con las guerras territoriales con la familia Carmelo son exclusivamente tuyos.

Se dirigió a la puerta antes de que Lorenzo le contestara.

—Tu padre se temía que, llegado el momento, te mostraras intransigente. Por eso me pidió que te diera esto.

Por segunda vez, Romeo se detuvo. Lorenzo sacó un gran sobre que deslizó por la mesa con aire de superioridad.

—Te he dicho que no me interesa nada de lo relacionado con el apellido Fattore. Contenga lo que contenga ese sobre…

—Es de naturaleza más personal y te interesará, estoy seguro, *mio figlio*.

Romeo estaba a punto de estallar.

Volvió sobre sus pasos, agarró el sobre y lo abrió. Contemplar la primera foto fue como recibir un puñetazo en el estómago. En ella se lo veía en la tumba de su madre, con la única compañía del sacerdote, mientras el féretro de Araina Brunetti descendía a la tierra.

Lanzó la foto sobre la mesa. La siguiente lo mostraba vestido de luto, sentado en el bar del hotel mirando una copa de coñac.

—Así que el viejo hizo que me siguieran durante una tarde de hace cinco años.

—Sigue —dijo Lorenzo—. Aún queda lo mejor.

En la siguiente foto se lo veía saliendo del hotel y tomando la calle que conducía a los cafés de moda, situados cerca del mar.

Se quedó inmóvil ante la que iba a continuación: su imagen; y la de ella.

Maisie O'Connell, la mujer de cara angelical y cuerpo de pecado. Algo había sucedido con ella en aquella habitación de hotel, algo que trascendía el sexo alucinante que habían tenido. Se había alejado de ella con el corazón destrozado, luchando contra un anhelo que lo había aterrorizado durante mucho tiempo hasta que había conseguido dominarlo.

No tenía intención alguna de revivir aquellas horas. Controlaba su vida y los escasos momentos de emoción que se permitía.

Arrojó el resto de las fotos sobre la mesa.

—Es ridículo que creyeses que documentar mi vida sexual me

causaría algo más que un gran enfado, que tal vez me obligue a demoler esta casa y a convertir la propiedad en un aparcamiento.

Lorenzo removió las fotografías y volvió a sentarse.

Romeo las miró y vio que había más de la mujer con la que había compartido la noche más memorable de su vida. Pero aquellas eran distintas. Estaban hechas en otro país, a juzgar por las señales viarias. Dublín, probablemente, la ciudad en la que ella le había dicho que había nacido, en uno de los escasos momentos en los que habían conversado aquella noche.

Maisie O'Connell paseaba por una calle con traje de chaqueta y tacones, con el hermoso cabello recogido en un moño. Era una imagen muy distinta de la Maisie con vestido veraniego y sandalias que él había conocido en un café de Palermo. Entonces llevaba el cabello suelto, que le llegaba a la cintura.

En la siguiente foto se la veía saliendo de una clínica, pálida y cansada, con sus azules ojos apagados por la inquietud.

Después, Maisie sentada en un banco de un parque, con el rostro levantado hacia el sol y las manos sobre el vientre.

El prominente vientre.

Romeo tragó saliva y agarró la última fotografía.

Maisie empujaba un cochecito de bebé por una calle de Dublín con una expresión de absoluta felicidad maternal.

—*Madre di Dio*, ¿qué significa esto? —preguntó Romeo con voz glacial.

—No voy a menospreciar tu capacidad de deducción explicándotelo —apuntó Lorenzo.

Romeo dejó las fotos en la mesa, pero no conseguía dejar de mirarlas. Parecía que su padre había decidido dejar de vigilarlo y centrarse en la mujer con la que se había acostado el día del entierro de su madre. Una mujer cuya bondad había amenazado con traspasarlo y derrumbar los cimientos del muro tras el que ocultaba sus emociones.

—Si crees que estas imágenes quieren decir algo, estás perdiendo el tiempo. Las personas sexualmente activas tienen aventuras y, después, siguen con sus parejas o con sus familias. Eso es lo que he oído.

Él nunca había tenido una relación seria con nadie. De hecho, no daba pie a que sus amantes se hicieran la ilusión de tenerla. Su actitud le había ganado el apodo de «el amante de fin de semana», pero no le importaba, ya que así las mujeres sabían a qué atenerse antes incluso de pedirles una cita.

El afecto no entraba en aquellos encuentros, y se había prohibido a

sí mismo la mera idea del amor. Sus relaciones eran exclusivamente sexuales.

—¿Así que no te interesa saber en qué periodo de tiempo se hicieron las fotografías?

—Estoy seguro de que Fattore tendría sus motivos.

Lorenzo siguió mirándolo fijamente.

—Entonces no querrás saber que la mujer puso a su hijo un nombre italiano.

Romeo soltó un bufido de incredulidad. No le había dicho a Maisie su apellido.

—Te sugiero que dejes a esa mujer criar a su hijo en paz. No significa nada para mí. Solo fue una aventura sin importancia. No vas a poder presionarme con ella.

Lorenzo negó con la cabeza.

—Cuando te hayas calmado y hayas aprendido cómo actuamos, te darás cuenta de que no dejamos piedra sin mover ni hecho sin comprobar. Tu padre no haría depender de un capricho el futuro de su organización, de su *famiglia*. No, *mio figlio*, hemos comprobado y vuelto a comprobar los hechos. Tres análisis de ADN, realizados por tres médicos distintos, lo confirman.

—¿Cómo conseguisteis muestras para los análisis?

—A pesar de lo que crees, no somos idiotas. Un cabello o una taza desechable es lo único que se necesita, y son muy fáciles de conseguir.

La violación de derechos que eso suponía le revolvió el estómago a Romeo.

—¿Mandasteis a vuestros matones a molestar a ese niño?

—No es un niño cualquiera. La mujer dio a luz exactamente nueve meses después de vuestro encuentro. Y tu hijo es, sin duda, un Fattore.

Capítulo 2

Maisie O'Connell dio la vuelta al cartel de la puerta para indicar que el restaurante estaba abierto.

Había sido un camino largo y difícil, pero el local estaba consiguiendo beneficios de forma regular. Dejar el restaurante en manos de un chef profesional mientras ella seguía un curso intensivo de cocina italiana había dado buenos resultados. Y los periódicos se habían hecho eco de su calidad, por lo cual las reservas tenían que hacerse con un mes de antelación.

Abrió la puerta para dejar la pizarra del menú en la acera y cuando iba a cerrarla vio que se aproximaba una limusina y se detenía dos puertas más arriba.

Maisie la observó. Aunque no era raro que coches de lujo atravesaran el pueblecito de Ranelagh, ya que estaba muy cerca de Dublín, la presencia de aquel vehículo le produjo un cosquilleo especial.

Se reprochó estar fantaseando y volvió a entrar. Fue a la cocina a ver a sus doce empleados, se aseguró de que los preparativos estuvieran desarrollándose adecuadamente para el primer turno de comidas y se dirigió a su despacho.

Antes de sentarse, miró la foto que había sobre el escritorio y la invadió una oleada de amor. Recorrió con el dedo el contorno del rostro de su hijo y sonrió.

Gianlucca era la razón de su existencia, el motivo de las difíciles decisiones que había tomado cinco años antes. Sus padres, desde luego, la habían hecho sentirse culpable por marcharse de su casa. Y su propio sentimiento de culpabilidad por haberlo hecho siempre estaría ahí.

No había planeado quedarse embarazada, como su madre, a los veinticuatro años, pero se había negado a que el sentimiento de culpabilidad prevaleciera por encima del amor a su hijo.

Desde muy joven había sabido que, de haber podido elegir, sus padres no hubieran tenido hijos. A pesar de lo difícil que le había resultado, trató de aceptar que no todo el mundo quería criar a un hijo. Y la ambición académica de sus padres siempre había sido prioritaria. Ella siempre había estado en segundo lugar.

Pero había deseado tener a Gianlucca desde el momento en que supo que lo llevaba en su seno. Y le había dado todo lo que había

podido. Y había hecho todo lo que estaba en su mano, cuando al enterarse del embarazo, incluso, a pesar de que sus padres lo desaprobaban, había vuelto a Sicilia. Lo había intentado.

«Sí, pero ¿lo intentaste lo suficiente?», se preguntó.

Apartó la mano de la foto y abrió el libro de contabilidad con determinación. Ponerse a pensar en lo que podría haber sido no iba a equilibrarle el presupuesto ni a pagar a sus empleados. Lo más importante era que su hijo era feliz.

Volvió a mirar el rostro del niño de casi cuatro años. Los ojos castaños se parecían mucho a los de su padre y la miraban como lo habían hecho los de su progenitor aquella noche en Palermo, cinco años antes.

Romeo.

Aunque la vida de Maisie no había acabado en tragedia como en la famosa historia, haber conocido a Romeo la había cambiado. Su hijo era lo único bueno que había derivado del encuentro con aquel italiano peligrosamente sexy y enigmático, cuyos ojos delataban un profundo conflicto interior.

Encendió el ordenador, pero en ese momento llamaron a la puerta.

—Adelante.

Lacey, la joven encargada de las reservas, asomó la cabeza.

—Tienes visita —susurró.

Maisie reprimió una sonrisa. A su joven empleada le gustaba el teatro y veía conspiraciones y drama en las situaciones más sencillas.

—Si es alguien que busca trabajo, dile que no voy a contratar a nadie hasta que comience la temporada veraniega…

Se detuvo al ver que Lacey negaba frenéticamente con la cabeza.

—No creo que busque trabajo. No te ofendas, pero me parece que podría comprar este local y otros cien más —Lacey se sonrojó y se mordió el labio inferior—. Lo siento, pero parece muy rico y muy intenso. Y ha venido en limusina —susurró de nuevo.

Maisie volvió a sentir el cosquilleo que había experimentado antes.

—¿Te ha dicho su nombre?

—No, solo me ha preguntado si estabas y me ha pedido que fuera a buscarte. Es muy autoritario.

Maisie sintió un escalofrío al recordar lo que había estado pensando segundos antes y la intensa personalidad de Romeo. Se levantó y se alisó la falda negra y la blusa rosa que llevaba puestas.

Había abandonado esa peligrosa intensidad en Palermo. O, mejor dicho, esta la había abandonado a ella, cuando, a la mañana siguiente, se había despertado sola, con los restos del olor de su amante en la almohada como prueba de que no se había imaginado lo sucedido.

—Muy bien, Lacey, me ocuparé de él.

La joven asintió varias veces con la cabeza antes de desaparecer.

Maisie tomó aire y se reprochó ser tan aprensiva. En el corto periodo que había ejercido de abogada criminalista se había enfrentado a personas desagradables e incluso peligrosas.

Fuera lo que fuera lo que la esperaba en el restaurante, sabría arreglárselas.

Se dio cuenta de lo equivocada que estaba antes de que el hombre, alto, de anchas espaldas y vestido de negro de los pies a la cabeza, se volviera hacia ella.

Se quedó petrificada.

—Romeo.

Se dio cuenta de que había pronunciado su nombre cuando él se volvió lentamente, fijó en ella sus ojos castaños y la miró de arriba abajo. Sus pómulos eran más pronunciados de lo que ella recordaba, y el pelo más largo y ondulado que cinco años antes. Pero seguía siendo igual de cautivador que el hombre que se había sentado frente a ella en el café aquel memorable día.

Su presencia imponía aún más que entonces, tal vez por estar tan lejos del lugar en que se habían conocido o porque ella se esforzaba en descifrar por qué estaba allí.

—No sé si celebrar este momento o condenarlo —dijo él con voz ronca.

—¿Cómo me has encontrado?

Él enarcó una ceja.

—¿Es eso lo que quieres saber? ¿Tal vez pretendías mantenerte oculta?

—¿Qué? —Maisie no podía pensar con claridad y el corazón le latía desbocado—. No me escondo. ¿Por qué iba a hacerlo?

Él se le acercó despacio sin dejar de mirarla y con las manos en los bolsillos del abrigo.

—Hace cinco años que no nos vemos y lo primero que me preguntas es cómo te he encontrado.

—Perdona, pero me parece raro.

—¿Qué quieres que te diga?

Ella se humedeció los labios y alzó la cabeza para mirarlo a los ojos.

Eran hipnóticos, como los de su hijo.

La sangre se le retiró del rostro y se le hizo difícil pensar. Se había imaginado aquella escena muchas veces: lo que le diría, cómo se lo tomaría él, cómo protegería a su hijo del más mínimo indicio de rechazo del mismo modo que lo había hecho cuando sus padres le

habían transmitido la misma indiferencia hacia su hijo que le habían demostrado a ella toda la vida.

Pero las palabras se negaban a formársele en el cerebro, así que lo miró.

—¿Qué te parece «Hola, ¿cómo estás, Romeo?»?

Ella captó el tono frío y burlón de sus palabras y se puso tensa.

—¿Por qué iba a hacerlo? Creo recordar que me desperté sola en la suite de un hotel reservada por un extranjero desconocido. No te molestaste en despedirte, así que no sé por qué iba a saludarte ahora.

Él recordó que, en una de las pocas conversaciones que habían mantenido, ella le había hablado de la mala relación que tenía con sus padres, de lo sola que se sentía a su lado. Él le había respondido en tono de reproche que debiera estar agradecida por tener padres, aunque se sintiera una desconocida en su presencia. Ella se había quedado en silencio, no porque no le gustara que le hicieran reproches, sino porque había visto la agonía en los ojos de él mientras se lo decía, como si el tema de los padres lo aterrorizara.

Maisie apartó el recuerdo de su mente y trató de mantener la calma cuando él, por fin, dejó de mirarla para hacerlo a su alrededor.

—¿Qué haces aquí cuando no juegas a ser restauradora?

Ella se irritó.

—Yo no juego a nada. El restaurante es mío. Esta es mi profesión.

—¿En serio? Creía que eras abogada.

¿Se lo había dicho en Palermo? Entonces, acababa de empezar a trabajar y estaba emocionada. Sus padres habían aceptado de mala gana la profesión que había elegido y creyó que incluso estaban orgullosos de ella por primera vez.

No les hizo ninguna gracia que, poco después, les dijera que se iba a tomar un mes de vacaciones para viajar por Europa, a pesar de que contaba con el apoyo de sus jefes.

Y cuando volvió y les contó que estaba embarazada…

A su madre no le hizo falta decirle que había arruinado su vida: se le veía en la cara. Y ambos se reafirmaron en la idea de que tenerla había sido un error que ella no había sabido corregir.

—Lo dejé hace cuatro años —contestó a Romeo.

Así que le había contado más de lo que pensaba. ¿Cómo, si no, iba a saberlo? ¿Y por qué la interrogaba sobre cosas que ya sabía?

—Mis prioridades cambiaron. Si estás de paso y te has detenido para ponerte al día sobre mi vida, lo siento, pero tengo que seguir trabajando. Los primeros clientes llegaran enseguida.

—¿Crees que he venido hasta aquí para ponerme al día? —Romeo volvió a mirar a su alrededor como si buscara algo o a alguien.

A ella se le disparó la adrenalina y se sintió mareada durante unos segundos.

Romeo no podía haberse enterado de la existencia de Gianlucca. Ella lo había buscado sin encontrarlo y nadie más sabía quién era el padre. Sus progenitores no habían querido saber su identidad después de que ella les hubiera confesado que había sido la aventura de una noche, lo cual le resultó conveniente, ya que no le hubiera gustado contarles que desconocía el apellido del hombre que la había dejado encinta.

A Maisie le dolió mucho que su madre le dijera que dejara a su hijo en manos de una niñera para que pudiera centrarse en su profesión. Incluso le había ofrecido pagarle un internado cuando creciera. Maisie pensó que, de haber tenido la oportunidad, sus padres hubieran hecho lo mismo con ella.

—No sé lo que has venido a hacer. Pero ya te he dicho que tengo que trabajar.

Ella ahogó un grito cuando él la agarró por los brazos.

—¿Dónde está, Maisie? ¿Dónde está mi hijo? —preguntó él con voz fría y cortante como una cuchilla.

Varias cosas ocurrieron a la vez. La puerta de la cocina se abrió y Lacey salió por ella a toda prisa, al tiempo que por la puerta principal entraba un grupo de cuatro personas. Nadie se movió salvo Romeo, cuyos ojos fueron de la puerta a Lacey y de esta de nuevo al rostro de Maisie.

—Por favor, atiende a los clientes —dijo él a Lacey—. Tu jefa y yo estaremos en su despacho.

Romeo condujo a Maisie al despacho y cerró la puerta. Ella se puso frente a él, con el escritorio entre ambos, y lo fulminó con la mirada.

—¿Quién te crees que eres? No puedes entrar aquí y comenzar a dar órdenes a mis empleados.

—Desviarnos del tema no va a servirte de nada. Sabes perfectamente por qué estoy aquí. Dime dónde está.

—¿Por qué? —contraatacó ella comenzando a sentir miedo.

Él la miró, asombrado.

—¿Por qué? ¿Te has vuelto loca? Porque quiero verlo.

—Te lo pregunto de nuevo: ¿por qué? —ella alzó la mano cuando él fue a contestarle—. Seamos razonables. Fue la aventura de una noche. Después, te marchaste sin ni siquiera una nota de agradecimiento. Me utilizaste y desapareciste. Un mes más tarde me enteré de que estaba embarazada. Y, cinco años después, te presentas aquí y exiges ver a mi hijo. No te conozco, ni siquiera sé tu apellido. ¿Y quieres que te presente a mi hijo?

Él la miró fijamente durante unos segundos antes de expulsar el aire que había retenido.

—Si el niño es mío…

Ella se echó a reír, incrédula.

—A ver si lo he entendido. ¿Has venido sin siquiera estar seguro de que el niño al que tienes tantas ganas de ver es tuyo?

Él se cruzó de brazos.

—Como no lo conozco, no puedo tener la absoluta seguridad de que sea mío, por lo que quiero verlo. Un hombre de mi posición tiene que comprobar cualquier alegación de paternidad.

Ella lo miró con los ojos como platos.

—¿Cualquier alegación? ¿Me estás diciendo que no es la primera vez que dejas a una mujer en una habitación de hotel y descubres que tu comportamiento ha tenido consecuencias?

Maisie no sabía por qué la irritaba tanto. ¿Acaso había creído que era la única?, ¿que un hombre con aquel aspecto, que besaba y hacía el amor como él, habría limitado su experiencia únicamente a ella?

—¿Y a qué te refieres con «un hombre de mi posición»? —añadió.

Él la miró con los ojos entrecerrados.

—¿No sabes quién soy?

—¿Te lo estaría preguntando si lo supiera? Si quieres que coopere en alguna medida, dime tu nombre completo.

—Me llamo Romeo Brunetti.

Lo dijo como si esperara que comenzaran a sonar trompetas y tambores. Al ver que ella no decía nada, añadió:

—¿No significa nada para ti?

Ella se encogió de hombros.

—¿Tendría que hacerlo?

Él negó con la cabeza antes de ponerse a recorrer el despacho.

—No. Ahora ya nos hemos presentado.

Se quedó mirando la foto del escritorio.

—¿Es él? —susurró.

Cuando ella asintió, extendió el brazo para agarrar la foto, pero se detuvo con la aprensión dibujada en el rostro. Cerró el puño y lo abrió antes de tomar la foto. Parecía aterrorizado.

La indiferencia que sus padres habían mostrado ante su nieto y ante ella hizo que Maisie sintiera el deseo de arrebatársela.

La foto se había hecho en el parque del pueblo el primer día de primavera. Gianlucca, con camisa, vaqueros y un jersey azul, era la viva imagen de la salud y la felicidad, y ella no había podido resistirse a sacarle una foto.

Vio que Romeo se la aproximaba al rostro. Después de haberla

contemplado durante un minuto sin dar muestras de emoción alguna, alzó la mano y rozó la mejilla del niño, casi imitando lo que Maisie había hecho media hora antes.

—*Mio figlio* —murmuró.

—No sé qué significa eso —susurró ella a su vez.

Él respiró hondo.

—Mi hijo —la miró acusadoramente—. Es hijo mío. Y me lo has ocultado —afirmó él con una voz no tan firme como unos segundos antes.

Maisie retrocedió y tropezó con la silla.

—No lo hice. Y, si lo piensas bien, te darás cuenta de lo ridícula que resulta esa afirmación.

Él comenzó a andar de nuevo, con la foto en la mano.

—¿Qué edad tiene?

—Cumplirá cuatro años dentro de tres semanas.

—Cuatro años… *Dio mio*, llevo cuatro años sin saber nada de mi hijo —murmuró Romeo para sí.

—¿Cómo te has enterado?

Él se detuvo.

—Te lo diré dentro de un momento. Primero, dime, por favor, cómo se llama y dónde está.

Maisie quería negarse, rebobinar el tiempo y que aquella reunión no se hubiera producido, pero no porque no deseara revelar la existencia de su hijo a su padre.

Desde el momento en que se enteró de que estaba embarazada, supo que le daría al niño todas las facilidades para conocer a su progenitor. Había ido a Palermo durante el primer trimestre del embarazo para buscarlo, pero abandonó el intento al cabo de dos semanas sin resultados.

No, la razón por la que Maisie quería rebobinar el tiempo era porque en su fuero interno sabía que la presencia de Romeo no se debía únicamente al deseo de conocer a su hijo. Emitía señales peligrosas que ella captó inmediatamente. Y él no le había dado muestra alguna de que tener un hijo lo llenara de alegría.

—¿A qué has venido en realidad?

Él frunció el ceño.

—Creo que ya te lo he dicho.

Ella negó con la cabeza. Había algo que no iba bien, algo que tenía que ver con su adorado hijo.

—No, no me lo has dicho. Y me niego a decirte nada sobre él hasta que no me cuentes lo que pasa.

Capítulo 3

Romeo volvió a mirar la foto. El niño, su hijo, se reía y su rostro reflejaba alegría mientras posaba con los regordetes brazos extendidos hacia la cámara. Lo recorrió un escalofrío y sintió miedo.

No podía ser padre con la educación que había recibido y los terribles caminos que había recorrido antes de llegar a controlar su vida. Ni siquiera podía cuidar de un perro, y mucho menos de un niño. La sangre que le corría por las venas era la de un criminal.

«*Dio mio*». Lorenzo no le había mentido. La ira lo invadió al saber que los dos hombres a los que más despreciaba habían sabido de la existencia de su hijo antes que él. Y aunque reconocía que acusar a Maisie era injusto, no podía evitar sentir un amargo resentimiento por que no se lo hubiera dicho.

Trató de reprimir las emociones que sentía y se concentró en la realidad sobre la que podía actuar: que ella se negaba a que conociera al niño. Porque tanto si estaba capacitado para ser padre como si no, ella se estaba comportando de forma irracional.

Respiró hondo para controlar las emociones y acarició el rostro de su hijo con el pulgar.

—Acabo de enterarme de que tengo un hijo. Y lo he sabido por algunos de mis socios, que querían atraer mi atención.

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué demonios significa eso? ¿Por qué iban a utilizar tus socios a tu hijo para atraer tu atención? ¿Qué clase de negocios tienes? —preguntó con recelo.

Así que ella no sabía quién era. Sintió algo parecido al alivio. Cuando, cinco años antes, se había hecho pública su asociación con Zaccheo Giordano, una oleada de acólitos y mujeres habían intentado congraciarse con él. La atención se había centuplicado al abrir el primer centro turístico de lujo en la costa de Tahití. Después había abierto otros cinco, y su nombre había aparecido en las listas de los hombres más ricos del mundo.

—No debes tenerme miedo.

Ella volvió a negar con la cabeza.

—Lo siento, pero eso no me vale. Vuelve a intentarlo.

Maisie miró el retrato que él seguía agarrando con sus azules ojos llenos de un sentimiento de protección y posesividad.

—Dime por qué has venido o lo dejamos aquí.

Romeo estuvo a punto de reírse. Ella se engañaba si creía que sus amenazas iban a disuadirlo de ver a su hijo, de comprobar que era suyo.

—Soy el consejero delegado y el dueño de Brunetti International.

Ella frunció el ceño durante unos segundos, pero después adoptó una expresión de asombro.

—Brunetti… ¿Esos centros de vacaciones que cuestan un ojo de la cara?

—Atendemos a toda clase de gente.

Ella lanzó un bufido.

—Si han vendido a su abuela para poder pagar esos precios.

Romeo hizo un mohín. Su riqueza no era el tema del que debían hablar.

—Ya sabes quién soy. También sabrás, por tu trabajo anterior, que la información se descubre si se investiga lo suficiente. Mis socios lo hicieron y os encontraron a mi hijo y a ti.

—Mi hijo —lo corrigió Maisie.

La repentina necesidad de decir «nuestro hijo» pilló a Romeo desprevenido.

—Dime su nombre, por favor.

Ella contempló el retrato y sus rasgos se dulcificaron inmediatamente.

Él ya había contemplado esa mirada cinco años atrás. Era una mirada que había activado todas las alarmas para que se alejara de ella.

—Se llama Gianlucca O’Connell

—¿O’Connell? —preguntó él con desagrado.

Ella volvió a fruncir el ceño. En Palermo, él había comprobado su pasión y su energía, pero dirigidas a lo que habían hecho juntos en el dormitorio. Verlas bajo otra luz no las hacía menos sexys. La oleada de deseo que lo invadió lo pilló desprevenido. Había acabado tan harto de la sobreabundancia de mujeres dispuestas a acostarse con él que últimamente había perdido el interés por la conquista.

—Es mi apellido. ¿O esperabas que lo llamara Gianlucca Romeo?

Él apretó los dientes.

—¿Intentaste buscarme al saber que estabas embarazada?

—¿Querías que te buscara?

Como sabía lo bien que había hecho desaparecer su rastro, Romeo estuvo a punto de sonrojarse.

—Ya hablaremos del apellido en otro momento. Pero ahora que ya sabes quién soy, querría saber más de él, por favor.

—Solo sé tu apellido. Ni siquiera sé tu edad, por no hablar de la

clase de persona que eres.

Romeo no vio en sus ojos miedo, sino obstinación. Se aproximó a ella y observó que se le dilataban las pupilas al llenarse el ambiente de una química distinta. Su respiración repentinamente irregular le informó de todo lo que quería saber.

—Tengo treinta y cinco años. Y hace cinco, te entregaste a mí sin saber nada más que mi nombre. Estabas en un lugar y con un hombre desconocidos y, sin embargo, te dejaste guiar por tu instinto y te quedaste conmigo la noche entera. Y no me tienes miedo, o habrías gritado pidiendo ayuda.

Le tocó la garganta. Su sedosa piel se deslizó entre sus dedos y volvió a sentir fuego en la entrepierna. Bajó la mano y retrocedió.

—No quiero haceros daño ni a ti ni al niño. Solo quiero verlo. Necesito la prueba visual de que existe. Y, a pesar de mi buena disposición, no te va a quedar más remedio que dejar que lo vea.

Ella tragó saliva y lo miró a los ojos con determinación.

—Para tu información, no reacciono bien a las amenazas.

—No ha sido una amenaza, *gattina*.

Ambos se quedaron inmóviles ante la palabra que a él se le había escapado sin querer. Romeo supo, por su expresión, que estaba recordando la primera vez que se lo había dicho, cuando ella le había clavado las uñas en la espalda, al penetrarla, para transmitirle la profundidad de su excitación.

—Me limito a constatar un hecho —añadió.

Se oyeron voces en el restaurante.

—Tengo que irme. No puedo dejar a Lacey a cargo de todo.

—Necesito una respuesta.

Ella lo miró durante unos segundos antes de dirigir la mirada a la foto.

—Va a jugar a la guardería de once a tres. Después lo llevo al parque, si hace buen tiempo.

—¿Ibas a hacerlo hoy?

—Sí.

—¿A qué parque?

—Ranelagh Gardens. Está…

—Ya lo buscaré.

—¿No crees que debiéramos hablar de esto un poco más?

Romeo dejó la fotografía en el escritorio, sacó el móvil y le hizo una foto.

—No, Maisie. No hay nada más de que hablar. Si es mío, intentaré que se me conceda la custodia.

Maisie se sentó lentamente en la silla después de que Romeo hubo salido llevándose toda su vitalidad con él. Se llevó la mano a la cara y se dio cuenta de que le temblaba, no sabía si por haberlo vuelto a ver o por su última afirmación.

Un sonido de risas interrumpió sus pensamientos. Tenía que atender a los clientes, pero, en lugar de eso, tecleó el nombre de Romeo en el ordenador portátil.

Encontró muchas imágenes de él: vestido con trajes impecables, posando en revistas del corazón, inaugurando los centros turísticos de Dubái y Bali… Y muchas fotos con mujeres, todas ellas guapísimas, que le sonreían como si fuera su sueño hecho realidad.

Pero las que atrajeron la atención de Maisie fueron las de Romeo en un yate con otro hombre, Zaccheo Giordano, y una mujer con dos niños de la edad de Gianlucca. Las fotos parecían estar sacadas de lejos, con teleobjetivo.

Él estaba sentado apartado de la familia, con una expresión distante. Su mirada de lobo solitario la dejó helada, y vio que se repetía en todas las demás fotos.

Maisie, temblando, sintió que la inquietud que había experimentado al pensar en que había accedido a que Romeo conociera al niño aumentaba de forma alarmante.

Si las fotos mostraban la realidad, Romeo no era un hombre cálido y afectuoso. Maisie se vio enfrentada a las pruebas de que el padre de su hijo lo quisiera por otros motivos que nada tenían que ver con establecer un vínculo para toda la vida.

Llamaron a la puerta. Era Lacey.

—Maisie, te necesito. Acaba de entrar un grupo de cinco personas. No tienen reserva, pero me temo que no van a aceptar una negativa por respuesta.

Maisie reprimió un suspiro y cerró el portátil.

—Veamos qué se puede hacer.

Esbozó una sonrisa forzada y salió del despacho. Durante las tres horas siguientes se olvidó del inminente encuentro de Romeo con su hijo y se sumergió en su trabajo.

Se tardaban menos de diez minutos en llegar al parque desde la guardería de Gianlucca, pero, libre ya de las preocupaciones laborales, a Maisie se le aceleró el pulso ante el inminente encuentro con Romeo.

Su instinto le decía que se llevara a su hijo muy lejos de allí, pero no era de las que huían o escondían la cabeza bajo el ala.

Si se atenía al comentario final de Romeo, era evidente que iba a reclamar formar parte de la vida de su hijo. Lo escucharía, pero no lo dejaría visitar al niño hasta estar segura de que se encontraría a salvo con él.

Pero se estaba adelantando a los acontecimientos, ya que, lo más probable era que Romeo se limitara a echar una ojeada al niño. Se quedaría satisfecho al ver que era suyo, y sus abogados se encargarían de que ella no pudiera reclamarle nada.

Pero, si eso era lo que pretendía, ¿por qué se había tomado la molestia de buscarlos?

Pasase lo que pasase, su prioridad era asegurar la felicidad de su hijo.

Se detuvo ante la guardería y parpadeó varias veces para evitar derramar las lágrimas que le llenaban los ojos.

Desde el momento en que Gianlucca había nacido, siempre habían estado juntos y solos. Y, después de haber fracasado en la búsqueda de Romeo, creyó que siempre sería así.

Cuando entró en la guardería, ya se había calmado.

—¡Mamá! —Gianlucca corrió hacia ella.

Maisie lo abrazó.

—¿Vamos a ir al parque a ver los patos? —preguntó él con los ojos muy abiertos.

—Sí, les he traído comida —respondió ella. Sonrió al ver que el niño daba un salto y echaba a correr hacia la puerta.

Maisie divisó la limusina en cuanto llegaron a la plaza. A su lado, dos hombres de negro, con gafas de sol, parecían vigilarlo todo, por lo que dedujo que serían guardaespaldas.

Apretó la mano de Lucca cuando pasaron al lado del vehículo y entraron en el parque. Gianlucca salió disparado hacia el estanque en cuanto su madre le dio el pan que había llevado del restaurante.

El niño apenas se había alejado una docena de pasos cuando ella sintió un cosquilleo en la nuca. Giró la cabeza y vio entrar en el parque a Romeo, que le dirigió una rápida mirada antes de fijarse en Gianlucca.

A Maisie le dio un vuelco el corazón al contemplar todas las emociones que reflejaba su rostro: alegría, sorpresa, ansiedad…

Pero la más importante, el amor, estaba ausente, lo cual la aterrorizó lo suficiente como para que actuara.

—¡Romeo! —lo agarró del brazo cuando él pasó a su lado.

—¿Qué? —él se detuvo sin dejar de mirar al niño.

—Espera, por favor —susurró ella mientras él tiraba del brazo para soltarse.

Romeo se volvió hacia ella.

—Sé que quieres conocerlo, pero no puedes entrar como un elefante en una cacharrería. Lo asustarás.

Él respiró hondo y volvió a mirar al niño.

—Muy bien, ¿qué sugieres?

Maisie hurgó en el bolso.

—Toma, te he traído esto.

—¿Una bolsa de pan duro?

—Está dando de comer a los patos. Es lo que más le gusta. He pensado que podrías abordarlo de ese modo.

Él agarró la bolsa.

—*Grazie*.

—Además, preferiría que no le dijeras quién eres. Tenemos que hablar de lo que haremos después.

Él asintió.

—Si eso es lo que quieres…

—Es lo que quiero.

—Estoy de acuerdo en que tal vez este no sea el lugar más adecuado para hacer las presentaciones.

A Maisie se le deshizo el nudo que tenía en el estómago, ya que parte de su miedo era que Romeo solo quisiera ver a su hijo de lejos y no conocerlo.

—Gracias.

Él volvió a mirar al niño y echó a andar hacia él con Maisie a su lado.

Gianlucca lanzó los últimos trozos de pan a la multitud de patos y cisnes que los esperaban y se echó a reír al ver cómo se los disputaban.

—¡Más pan, mamá! —como Maisie no le contestara, corrió hacia ellos—. Por favor —añadió.

Ella se agachó delante de su hijo.

—Un momento, Gianlucca. Hay alguien a quien te quiero presentar: Romeo Brunetti.

El niño miró hacia arriba.

—¿Eres amigo de mamá?

Romeo asintió.

—Sí, encantado de conocerte, Gianlucca.

El niño le dio la mano y se la sacudió con todas sus fuerzas. Romeo tembló visiblemente y emitió un extraño sonido. Gianlucca lo oyó y se quedó inmóvil al tiempo que su mirada iba de aquel gigante a su madre.

Maisie, a pesar de que, como buena madre sobreprotectora,

deseaba tomarlo en brazos, se quedó quieta. Contuvo la respiración al ver que Romeo se ponía en cuclillas, aún con la mano de su hijo en la suya.

—Estoy deseando que nos conozcamos, Gianlucca.

Lucca asintió. Después, lanzó un grito al ver lo que Romeo tenía en la otra mano.

—¿Has venido a dar de comer a los patos tú también?

Su padre asintió.

—Sí —dijo mientras se incorporaba, inquieto—. Pero no soy un experto como tú.

—¡Es muy fácil! ¡Ven! —el niño tiró de la mano de Romeo, lleno de entusiasmo ante la posibilidad de volverse a dedicar a su pasatiempo preferido.

Maisie siguió agachada. Estaba al borde de las lágrimas. Todo había sido más fácil de lo que esperaba. Sin embargo, no podía moverse del sitio, porque nunca había pensado en nada más allá de aquel primer encuentro. Bueno, se había imaginado imponiendo los términos de las visitas, que él estaría de acuerdo y que ella seguiría criando a su hijo con mínimas interferencias.

Pero, al observar la forma posesiva en que Romeo había mirado a su hijo, se dio cuenta de que no sabía lo que les depararía el futuro.

Se enderezó lentamente y miró hacia atrás. Los guardaespaldas, por supuesto, se hallaban a corta distancia. Y había otras dos parejas en las otras dos entradas del parque.

Con el corazón en un puño se acercó al estanque, donde Romeo lanzaba un trozo de pan siguiendo las instrucciones de su hijo.

Se volvió hacia ella y su expresión se alteró al contemplar su rostro.

—¿Pasa algo?

—Creo que soy yo quien debiera preguntártelo —susurró ella para que no la oyera el niño al tiempo que le ponía una mano protectora en el hombro—. ¿Quieres decirme por qué tienes a seis guardaespaldas vigilando el parque? —su voz vibró de miedo y furia.

A él se le endurecieron las facciones y bajó el brazo que tenía levantado para lanzar otro trozo de pan.

—Creo que debemos continuar esta conversación en otro sitio.

Capítulo 4

Maisie volvió a mirar, alarmada, a los guardaespaldas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Él siguió su aprensiva mirada e hizo una seña a sus hombres cuando vio que otros padres comenzaban a observar su presencia. Los hombres desaparecieron, pero la mirada de alarma no desapareció del rostro de Maisie.

—Mi hotel está a diez minutos de aquí. Hablaremos allí.

Romeo intentó que sus palabras no resultaran irónicas, ya que eran las mismas que le había dicho cinco años antes. Y esa invitación, al final, lo había llevado hasta allí, ante su hijo. No le cabía duda alguna de que era suyo, de que lo reclamaría y de que lo protegería de las artimañas de Lorenzo. Aparte de eso, no sabía lo que iba a hacer, pero no era su intención que nada se interpusiese a sus deseos.

—No puedo —dijo ella.

—¿Por qué no?

De pronto, Romeo se dio cuenta del descuido que había cometido. En las fotos que le había enseñado Lorenzo solo aparecían Maisie y su hijo, por lo que había deducido que ella no tenía pareja. Pero las fotos eran de cuatro años antes, y podían haber pasado muchas cosas en ese tiempo. Tal vez hubiera conocido a un hombre que se considerara el padre del niño.

—¿Estás con alguien? —le miró los dedos: no había anillos. Pero eso no significaba nada—. ¿Tienes un amante?

Ella lo miró con los ojos como platos y, después, miró a su hijo, que seguía absorto dando de comer a los patos.

—No tengo novio ni marido, ni nada que se le parezca.

Romeo atribuyó la sensación de alivio que experimentó al hecho de no tener que vérselas con nadie más en aquella situación tan mal planificada.

—En ese caso, no veo que haya problema para que sigamos hablando en el hotel.

—No me he negado a ir contigo por eso. Tengo una vida, Romeo, y Lucca tiene unos horarios que trato de cumplir, ya que, si no, se enfada. Dentro de media hora tengo que prepararle la cena y acostarlo para poder volver al restaurante.

Él se puso tenso.

—¿Te vas a trabajar cuando se duerme?

—No todas las noches. Vivo encima del restaurante y mi ayudante vive en el piso de al lado. Lo cuida las noches en que trabajo.

—Eso es inaceptable.

—¿Cómo dices? —preguntó ella, indignada.

—De ahora en adelante, no lo dejarás al cuidado de desconocidos.

—¡Si me conocieras, sabrías que lo último que se me ocurriría sería dejar a mi hijo con un desconocido! Bronagh no lo es. Es mi amiga y mi ayudante. ¿Cómo te atreves a decirme cómo debo criar a mi hijo?

Él la agarró de los hombros y la atrajo hacia sí para que no los oyeran.

—Es nuestro hijo —le dijo al oído—. Su bienestar y su seguridad ahora me preocupan tanto como a ti, *gattina*. Así que mete las uñas y vamos a llevarlo a tu piso. Le das la cena, lo acuestas y hablamos.

Se echó hacia atrás y la miró. Se había sonrojado, y él volvió a experimentar otra oleada de deseo.

La soltó cuando ella asintió con la cabeza.

—Lucca, es hora de irse.

—¡Solo un poco más!

Ella sonrió de mala gana y él se fijó en lo carnosos que eran sus labios.

—No tiene noción del tiempo, pero eso es lo que te responde siempre que intentas que deje de hacer algo que le encanta.

—Lo tendré en cuenta.

Romeo miró a su hijo y volvió a sentir lo que había experimentado por primera vez cuando el niño le había dado la mano. No sabía describirlo, pero lo sentía crecer por momentos.

Comenzó a hacerse preguntas como cuándo había dado Lucca los primeros pasos o cuál había sido la primera palabra que había dicho.

¿Qué le gustaba aparte de dar de comer a los patos?

Se quedó inmóvil mientras comenzaba a trazar un plan, un plan descabellado, lo cual no era propio de él. Pero aquella situación era descabellada.

¿Y no había aprendido que, a veces, lo mejor era combatir el fuego con más fuego?

La idea arraigó en su cerebro y se le presentó como la única vía de que disponía para frustrar los planes de Lorenzo Carmine y Agostino Fattore.

Romeo no iba a bajar la guardia. La seguridad de su hijo era fundamental. Pero, aunque la sombra de Lorenzo no se cerniera sobre él, llevaría a cabo el plan que acababa de concebir.

Siguió a Maisie, que agarró a Lucca de la mano.

—Es hora de irse, cariño. ¿Qué quieres de cena: espaguetis, palitos

de pescado o albóndigas?

—Espaguetis con albóndigas —respondió el niño, que fue dando saltos entre ambos hasta llegar a la puerta del parque.

Romeo vio que sus hombres estaban en el coche que se hallaba aparcado detrás de la limusina e hizo un gesto con la cabeza a su chófer, que le había abierto la puerta. Se volvió para ayudar a montarse a Lucca y vio que Maisie fruncía el ceño.

—¿Llevas por casualidad una sillita para bebés?

Romeo maldijo en silencio.

—No.

—En ese caso, nos vemos en el restaurante.

Maisie se dio la vuelta y echó a andar. Él cerró la puerta y la siguió.

—Iré andando con vosotros.

Ella fue a protestar, pero se detuvo cuando Romeo tomó la mano de su hijo.

Romeo no había esperado que la realidad cambiara para él del modo en que lo había hecho al entrar en la mansión de Palermo el día anterior. Pero aprendía rápido. Su capacidad de darle la vuelta a una situación en beneficio propio le había salvado la vida en la calle muchas veces. Y de la nueva situación en que se hallaba esperaba acabar ganador.

Lo que más le importaba a Maisie a la hora de decorar un piso era la comodidad. Pero, cuando entró en el suyo y recorrió el pasillo que conducía al salón, lo miró con los ojos de Romeo: la alfombra estaba algo raída y las cortinas amarillas eran demasiado vivas y parecían las que elegiría una niña.

¿Qué más daba?

Se volvió para demostrarle lo orgullosa que se hallaba del piso y se lo encontró inmóvil frente al collage fotográfico que había sobre el televisor. Doce fotos documentaban diversas fases de la vida de Lucca.

Romeo las miró con una intensidad que rayaba en el fanatismo. Después acarició el rostro del niño en la primera con mano temblorosa.

—Tengo copias digitales, si las quieres —apuntó ella.

—Gracias, pero no creo que sea necesario.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que hay cosas más importantes de que hablar.

Lucca eligió ese momento para decir que tenía hambre.

Maisie miró a Romeo debatiéndose entre la ira y el deseo de

interrogarlo.

—Ve a prepararle la cena —le ordenó él.

Su tono autoritario le produjo un escalofrío.

—Preferiría que viniera conmigo a la cocina.

—¿Es eso lo que suele hacer?

—No, normalmente ve un programa infantil en la televisión mientras cocino.

—Ve, entonces. Ya buscaré el modo de entretenerlo.

—¿Qué sabes tú de entretener a un niño? —preguntó ella con fiereza.

Él apretó los dientes.

—Vas a estar en la habitación de al lado. ¿Qué puede pasar?

«Cualquier cosa», pensó ella.

Iba a decirlo cuando vio que Lucca los miraba con interés. No quería que su hijo se percatara de la peligrosa corriente subterránea que circulaba entre ambos.

—¿Hay más salidas aparte de la puerta principal? —preguntó Romeo.

—Hay una salida de incendios en mi dormitorio.

—¿Está cerrada con llave?

—Sí.

—Muy bien —él salió del salón y ella lo siguió hasta el vestíbulo. Cerró la puerta principal con llave y se la dio—. Ahora estarás segura de que no voy a huir con él. También reduciré la conversación al mínimo indispensable para no maltratarlo verbalmente sin darme cuenta. ¿Satisfecha?

Ella agarró la llave negándose a dejarse intimidar.

—Sí. No tardaré. Las albóndigas ya están hechas. Solo tengo que cocer la pasta.

Él asintió y miró a Lucca que, sentado en el suelo, estaba rodeado de construcciones Lego. Se quitó el abrigo y lo dejó en el sofá. Maisie observó que se acercaba a Lucca y se agachaba a su lado.

El niño lo miró, sonrió, agarró un puñado de construcciones y se lo ofreció.

Maisie retrocedió al tiempo que trataba de contener la emoción que la embargaba. Fue a la cocina a toda prisa y se puso a cocer el agua para los espaguetis, sin dejar de preguntarse el significado de la presencia de los guardaespaldas de Romeo.

Si él tuviera algún problema, seguramente aparecería en Internet. ¿No estaría ella exagerando y se habría equivocado al creer que los multimillonarios no viajaban con tanta protección?

¿Y qué pensar de que Romeo le hubiera dicho que sus socios

habían localizado a Lucca? Estaba convencida de que había algo más.

El mundo era un lugar peligroso. Incluso en un sitio tan tranquilo como Ranelagh, no podía garantizar que Lucca siempre estuviese a salvo.

La única forma de salir de dudas era hablar con Romeo, lo cual solo sucedería si ella dejaba de andarse por las ramas y se empeñaba en ello.

Preparó la cena de Lucca y la dejó en el pequeño espacio unido a la cocina que hacía las veces de comedor. Vio que Romeo se había sentado con su hijo y que habían construido un enorme castillo.

—Lucca, la cena está lista.

—¡Déjame un poco más!

Romeo enarcó una ceja y fingió tener un escalofrío.

—¿Te gustan los espaguetis fríos, Gianlucca?

El niño negó con la cabeza.

—No, están asquerosos.

—Entonces, será mejor que te los comas calientes, como hacen los italianos —Romeo le acarició torpemente el cabello.

—¿Tú eres italiano? Mamá dice que yo soy medio italiano.

—Tiene razón. Y está esperando que vayas a cenar.

Lucca se levantó, fue a sentarse a la mesa y comenzó a comer.

Romeo se apoyó en el quicio de la puerta mirando absorto a su hijo. Después se volvió y miró a Maisie, y el corazón de esta dejó de latir, porque se dio cuenta de que nada de lo que ella hiciera o dijera pararía lo que se estaba desarrollando ante sus ojos. Daba igual que Romeo quisiera a su hijo o que no lo hiciera: estaba dispuesto a hacer lo que le había dicho en su despacho esa mañana.

Romeo Brunetti iba a pedir la custodia de su hijo.

Maisie entró en el salón y se detuvo a observar a Romeo, que miraba por la ventana. Debido a la serie de pensamientos terribles a los que llevaba dando vueltas desde tres horas antes, se preguntó si estaba simplemente mirando la calle o si había algún peligro acechando en ella.

Él se volvió y ella avanzó hacia él para acabar con aquello cuanto antes.

—Se ha dormido inmediatamente. Cuando está tan cansado como hoy, no se despierta hasta el día siguiente.

Maisie se preguntó por qué le había ido dando detalles sobre Lucca toda la tarde, que él se había apresurado a asimilar. ¿Creía que podía convertir la fascinación que sentía Romeo por su hijo en amor?

El amor no podía forzarse.

—¿Querías que habláramos? —preguntó.

Cuanto antes se dejaran las cosas claras, antes podría volver a la normalidad.

Él asintió y siguió mirándola mientras ella colocaba bien los cojines y guardaba los juguetes.

Cuando hubo acabado, el silencio se apoderó de la habitación. Ella comenzó a respirar de forma irregular al darse cuenta de que estaban solos.

—No pretendo meterte prisa, pero ¿no podríamos hacerlo ya?

—Siéntate, Maisie.

Ella estuvo a punto de negarse, ya que no le gustaba que le dieran órdenes en su propia casa, pero algo en el rostro masculino le indicó que debía estar sentada para lo que se avecinaba.

Lo hizo en un extremo del sofá mientras él se sentaba en el otro, con el cuerpo vuelto hacia ella, de modo que sus rodillas casi se tocaban. Ella le miró las manos, grandes y de dedos delgados, y recordó cómo la habían hecho sentirse.

Pero no era el momento de sumergirse en un pozo de deseo. Ya lo había hecho con Romeo, y así le había ido.

Lo miró. Él le examinó el rostro y bufó levemente, como si también le resultara difícil estar sentado tan cerca de ella sin recordar lo que había sucedido en Palermo cinco años antes. La mirada de él descendió hasta su garganta y sus senos, y ella oyó que tomaba aire.

—Romeo…

—Tienes razón sobre los guardaespaldas. Normalmente, solo suelo viajar con dos.

—¿Por qué lo haces ahora con más?

—A modo de precaución.

—¿A qué te refieres? ¿Precaución con respecto a qué?

—Me refiero a que ni Lucca ni tú corréis peligro en estos momentos.

—¿Pero esperas que lo vayamos a correr en algún otro? —Maisie había levantado la voz y había empezado a temblar.

Él negó con la cabeza.

—No debes asustarte.

—¿En serio? ¿Me dices que mi hijo podría estar en peligro y quieres que no me asuste?

Revivió todas las situaciones terribles que se le habían pasado por la cabeza.

—No debes asustarte porque yo me encargaré de que estéis a salvo.

—¿A salvo de qué? —como él no contestara, ella se levantó y

comenzó a caminar por la habitación—. Creo que debieras empezar por el principio, Romeo. ¿Quién es esa gente y qué quiere de ti y de nuestro hijo? ¿Te dedicas a actividades criminales? —susurró, horrorizada.

—No.

La fuerza de su negativa la impulsó a creerlo, pero el miedo no desapareció.

—Por favor, dime qué pasa.

Él también se levantó y se puso a recorrer la habitación mientras abría y cerraba los puños. Cuando ella le tocó el brazo, se sobresaltó como si se hallara en otro lugar.

—Mi pasado no es un cuento de hadas —afirmó.

Ella intentó sonreír.

—Solo los libros que le leo a Lucca son de cuentos de hadas. La vida real no es así.

Él sonrió a pesar de todo.

—Por desgracia, la mía fue bastante más terrible.

Ella se quedó callada, sin saber qué decir.

—El hombre cuya sangre corre por mis venas era el jefe de una familia siciliana dedicada al crimen organizado.

Ella ahogó un grito.

—¿Eres miembro de la Mafia?

—No —volvió a negar él con ferocidad.

—¿Pero lo es tu padre?

—No era mi padre, simplemente tenemos el mismo ADN —dijo él en un tono que revelaba ira, amargura y dolor.

Maisie lo miró con los ojos como platos.

—Lo vi dos veces, y las dos acabaron mal. Lo que no supe hasta ayer es que me había estado vigilando toda la vida.

—¿Por qué?

Él se encogió de hombros.

—Como no lo conocía, supongo que quería saber si triunfaba o fracasaba. O tal vez tuviera otros motivos. La verdad es que me importan muy poco cuáles fueran.

Ella frunció el ceño.

—Hablas de él en pasado.

—Su familia y él murieron en la explosión de un yate el año pasado.

—¿Fue un accidente?

—Oficialmente sí, pero lo más probable es que no lo fuera.

Ella reprimió un grito y él la miró. Maldiciendo en voz baja se le acercó y la agarró por los brazos.

—Es lo que intuyo, Maisie, pero carezco de pruebas.

—Sigue —le pidió ella.

Él deslizó las manos hasta los hombros femeninos.

—Hace un mes recibí una carta de sus abogados pidiéndome que fuera a Palermo, pero no lo hice. Recibí varias más. En la última me decían que me había dejado algo que debía recoger en persona. Me pudo la curiosidad.

—¿Qué era?

—Su horrible mansión, además de sus planes para mi futuro.

—¿Qué planes?

Él le puso la mano en la nuca, lo cual hizo que el terror de ella disminuyera un tanto y fuera sustituido por una sensación de cálido deseo.

—Él no tuvo hijos varones, al menos, no legítimos. Creo que en algún momento tuvo la intención de contactar conmigo para meterme en los negocios familiares, pero no tuvo ocasión de hacerlo. Se lo contó a su lugarteniente, quien pidió a los abogados que se pusieran en contacto conmigo.

—¿Qué quiere de ti?

—La *famiglia* se está desmoronando, por lo que necesita una inyección de sangre joven y otra incluso mayor de apoyo económico.

—Tú tienes las dos cosas.

—Pero no pienso darles ninguna.

Maisie examinó su duro rostro, los profundos surcos a ambos lados de la boca y el dorado oscuro de sus ojos, y las piezas encajaron.

—Pero si no piensas… ¡Dios mío! ¿Crees que quieren utilizar a Lucca para conseguir sus propósitos? —preguntó, aterrorizada.

Él la tomó de la barbilla y se la levantó para que lo mirara.

—Te doy mi palabra de que nunca le pondrán las manos encima.

—Pero no me lo puedes garantizar, ¿verdad? O no estarías aquí con seis guardaespaldas.

—Hay una forma de garantizar vuestra seguridad.

—¿Cuál? —murmuró ella.

—Que te cases conmigo. De esa manera, nuestro hijo y tú gozaréis de la protección de mi apellido.

Capítulo 5

Maisie sintió calor, luego frío y después más frío. Lo miró, atontada, como si hubiera oído mal.

—¿Qué has dicho?

—La *famiglia* no es tan poderosa como antaño, pero sigue teniendo poder. Casándote conmigo, Lucca y tú obtendréis protección.

—De ningún modo. ¡No puedo casarme contigo! No nos conocemos.

—Nuestras circunstancias no son habituales. Además, ya nos hemos adelantado en algunas cosas, ¿no te parece?

—Esto no es ninguna broma.

—Por eso quiero asegurarme de tenerlo todo cubierto en lo que se refiere a vuestra protección.

—¡Por Dios!

—Maisie…

—No —se desasió y retrocedió—. Esto es absurdo. Debes hallar otra forma de proteger a Lucca.

—No la hay. Hay un código no escrito. Aunque sean unos criminales, respetan a la familia. Si te casas conmigo, Lucca y tú seréis intocables.

—Pero seguirá sin ser una garantía absoluta, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.

—Nada en la vida está garantizado. No tengo intención de dedicarme a la vida de casado, por lo que creo que lo mejor será un matrimonio temporal.

Ella se quedó petrificada y siguió retrocediendo hasta chocar con la ventana. Él avanzó hacia ella.

—No puedo hacerlo, Romeo. No puedo abandonar mi vida, desarraigar a mi hijo para vivir quién sabe dónde y estar siempre mirando hacia atrás por si alguien nos sigue.

—¡Mira! —Romeo la agarró por los hombros y la giró para que mirara la calle, que vigilaban sus hombres—. ¿Quieres que Lucca viva así, rodeado de hombres de negro con pistola? ¿Crees sinceramente que podrás disfrutar de un minuto de tranquilidad en el parque sabiendo que su vida corre peligro cada segundo que pase?

Ella se estremeció.

—No es justo, Romeo.

—La vida no lo es, *gattina*. Hazme caso porque sé por experiencia

lo injusta que puede ser. Por eso quiero cuidar de mi hijo, que llevará mi apellido de forma legítima y estará protegido.

—¿Y no puedes denunciarlo a las autoridades?

Él lanzó un profundo suspiro.

—Sí, puedo hacerlo. Mis abogados están al corriente de lo sucedido. Pero, técnicamente, Lorenzo no ha cometido aún delito alguno. Se ha limitado a proferir veladas amenazas. Incluso, si lo comete, la rueda de la justicia no se mueve deprisa, Maisie. Nadie mejor que tú debiera saberlo.

Por desgracia, ella lo sabía muy bien. De todos modos, no podía permitir que aquella propuesta fuera más allá.

—Podríamos…

—Podríamos hacer muchas cosas —él volvió a agarrarla—. Pero ninguna será tan eficaz como la que te he propuesto. Como mínimo, ganaremos tiempo hasta que hallemos otra solución.

Ella se apartó. Pensó en sus padres, en su falta de afecto tanto hacia ella como entre ellos. Solo se habían casado por ella. Un escalofrío de terror la recorrió ante la idea de encontrarse en una situación similar. Lucca era inteligente y no tardaría en darse cuenta de que sus padres no se querían.

—Maisie…

—¡No, no lo haré!

Ahogó un grito cuando él la abrazó y la atrajo hacia sí.

—¡Basta! No hace falta que te pongas histérica.

Ella luchó por desasirse, pero él la estrechó con más fuerza.

—No estoy histérica —mintió ella. Se lo estaba volviendo con la información recibida. Y estar tan cerca de Romeo, sentir su cuerpo cálido contra el suyo, no contribuía a calmarla. Le puso las manos en el pecho y lo empujó—. ¡Suéltame!

—Cálmate y lo haré.

Ella se quedó inmóvil y cometió el error de mirarlo. A Romeo le brillaban los ojos y entreabrió los labios. La expresión de su rostro se asemejaba a las peligrosas sensaciones que ella experimentaba.

—No —susurró Maisie.

—No —dijo él con voz ronca.

Sin embargo, comenzó a bajar la cabeza y, unos segundos después, su boca cálida y sensual estaba sobre la de ella, que se sumergió en una situación totalmente distinta, donde no había miedo ni horror, solo una corriente eléctrica que la recorría de los pies a la cabeza.

Él le introdujo la lengua y ella abrió la boca aún más al tiempo que su lengua le salía al encuentro.

Romeo gimió y la atrajo aún más hacia sí al tiempo que deslizaba

una mano hasta sus nalgas. La apretó contra su hinchada entrepierna. Maisie le acarició los hombros, la espalda y la cintura antes de hundir los dedos en sus prietas nalgas.

Un sonido inarticulado surgió de los labios de Romeo al balancearse sobre la pelvis de ella, apretando su masculinidad contra su vientre. Maisie gimió.

Se despertó en ella un deseo que había enterrado, pero que había revivido. Cuando él le agarró un seno y jugueteó con el pezón, tuvo ganas de gritarle: «Tómame».

Pero incluso hacerlo le hubiera costado mucho, ya que estaba drogada por sus besos. Subió las manos hasta llegar a su cabello y se entregó a la sensación que la ahogaba.

—*Gattina*, mi gatita salvaje —murmuró él.

Maisie gimió cuando él le mordió el lóbulo de la oreja.

—Romeo…

El lugar secreto de entre sus muslos le ardía de deseo.

Él volvió a besarla en la boca. Maisie estuvo segura de que se moriría de exceso de placer.

—¡Mamá!

Se separaron bruscamente con la respiración entrecortada.

—¡Mamá!

Ella, todavía aturdida, se dirigió a la puerta que conducía al pasillo.

—*Gattina*…

No quería oír esa palabra, no deseaba que le recordara que se había comportado como una gata en celo mientras su hijo dormía allí al lado. Pero se dio la vuelta.

—Abróchate la camisa.

Maisie se la miró. Los botones se habían desabrochado sin que supiera cuándo. Se puso colorada y se apresuró hacia la habitación de su hijo.

Lucca estaba sentado en la cama frotándose los ojos y haciendo pucheros. Ella se lo acomodó en el regazo y lo abrazó.

—¿Has tenido una pesadilla, cariño? No pasa nada, mamá está aquí.

Esperó a que se volviera a dormir. Lo besó en la frente y, por el rabillo del ojo, vio a Romeo en el umbral de la habitación. Él se le acercó y se puso en cuclillas al lado de la cama mientras acariciaba la espalda del niño.

—Puede que ahuyentes a los malos personajes de sus sueños, pero ¿y los reales?

—Romeo…

—Yo me ocuparé de ellos. Lo único que debes hacer es aceptar mi apellido. No es una tarea tan monumental como crees. Considérala una forma de ganar tiempo.

Romeo volvió a mirar a Lucca e hizo ademán de acariciarlo, pero bajó la mano.

—Te importa, ¿verdad? —murmuró ella.

—Hace veinticuatro horas no sabía que existía. Pero es mío, y lo que es mío me importa.

Maisie sintió miedo. A pesar de que quería proteger a su hijo, no podía aceptar que tuviera que cambiar el bienestar físico de Lucca por su bienestar emocional.

Romeo entrecerró los ojos y ella estuvo segura de que le estaba leyendo el pensamiento. Levantó al niño con cuidado, lo dejó en la cama y lo arropó.

—Ahora, vamos a terminar esta conversación —dijo él.

Volvieron al salón. Maisie se giró hacia él.

—¿Cuál es el problema? —preguntó él.

—Aunque quisiera aceptar lo que me propones, ¿qué pasa con nosotros?

—¿Con nosotros?

—Sí, contigo y conmigo. Prácticamente, no nos conocemos. ¿Qué te hace pensar que duraríamos más de un día bajo el mismo techo?

—Me parece que, como los dos sabemos lo que está en juego, podemos hacer que funcione.

Y lo que estaba en juego era el bienestar de su hijo. Ella simplemente era una pasajera extra en aquel viaje. Lo que había pasado antes entre ellos solo era un resto hormonal de la vez anterior.

—No sé qué decir…

Él esperó.

—Antes de aceptar, necesito que me asegures que resolverás la situación lo antes posible.

—Lo haré.

—También que me informarás de cualquier novedad con respecto a la protección de Lucca.

—Te doy mi palabra.

Ella respiró hondo ante la enormidad de lo que iba a hacer.

—Muy bien, me casaré contigo.

A Romeo se le iluminaron los ojos al tiempo que asentía.

—Me ocuparé de los detalles.

Dicho lo cual, agarró el abrigo y se lo puso.

—¿Te marchas?

—Tengo que hacer unas llamadas. Volveré por la mañana.

Maisie se acostó, pero no consiguió dormirse. Seguía despierta a las seis de la mañana, cuando él llamó a la puerta con fuerza.

—¿Hay algún motivo para que intentes romperme la puerta a esta hora?

—Te hubiera llamado, pero no quería despertar a Lucca.

Tampoco quería darle la ocasión de volverse atrás en lo que habían acordado el día anterior. Nada se interpondría en el camino de recuperar a su hijo y de borrar en él la mancha de la ilegitimidad.

Aunque no creyera en el amor ni supiera lo que era, podía ofrecer a Lucca la aceptación y la seguridad de las que él nunca había gozado.

Y Maisie O'Connell no se interpondría en su camino.

—Supongo que debiera agradecerte que seas tan considerado.

—Ya veo que no te gusta madrugar.

—Eres muy observador —ella miró el café y los cruasanes que llevaba en la mano—. ¿Hay uno para mí? —preguntó con voz soñolienta al tiempo que se recogía el cabello en un moño con una goma elástica. Al hacerlo se le levantó el camisón dejándole los muslos al descubierto. Él se excitó y le miró los senos.

Controló el deseo y no prestó atención al recuerdo del tacto de aquellos senos la noche anterior. Le tendió un café.

No volvería a repetirse un encuentro así. No tenía intención alguna de que el sexo se interpusiera en sus planes.

Sabía que un momento de locura podía destruir una vida. Él había nacido debido a uno de ellos y su madre nunca había dejado de culparlo de haberle arruinado la vida.

También su hijo había nacido debido a uno de esos momentos.

—Gracias —murmuró ella al tiempo que agarraba el café y se hacía a un lado para dejarlo entrar. Él le dio los cruasanes y la siguió a la cocina. Ella dejó los bollos en un plato, pero no los tocó.

—Es algo temprano para mí.

Lo miró, pero apartó la mirada rápidamente. Él percibió en ella la duda que se temía. No quería recurrir al plan B, pero lo haría de ser necesario.

—Tener dudas es natural, siempre que no pierdas la perspectiva.

—Me resulta increíble lo que está pasando.

—Pues está pasando, *gattina*. Se lo diremos a Lucca cuando se despierte. ¿Quieres que se lo digamos a alguien más? ¿A tus padres?

—Ya no tengo relación con ellos. Y aunque la tuviera, no creo que les pareciera una situación ideal: su única hija se casa con el padre de su hijo porque la Mafia lo amenaza.

—¿No querrían que hicieras lo necesario para proteger a su nieto?

Ella bajó la vista y se cruzó de brazos.

—No lo sé. Hace cuatro años que no hablo con ellos.

Los mismos que hacía del nacimiento de Lucca. Romeo estuvo a punto de hacerle más preguntas, pero ella alzó la cabeza.

—¿Cuánto tiempo tengo para poner mis cosas en orden? Necesitaré unos días para hablar con… ¿Por qué niegas con la cabeza?

—Nos vamos esta mañana.

—Eso es imposible. Tengo que hacer las maletas y conseguir a alguien de fiar para que se ocupe del restaurante. ¿Podré volver pronto?

—Tardarás un tiempo.

—¿Cuánto?

—Semanas, meses… Lo mejor será que, de momento, te olvides del restaurante.

Ella se enfadó.

—Para ti es fácil decirlo, ya que no te has pasado dos años trabajando día y noche para levantar un negocio.

Él sonrió.

—Algo sé de eso.

—Pero no sabes lo que supone hacerlo solo, sin ayuda, ni el miedo de saber que un fallo puede implicar quedarte sin nada para cuidar de tu hijo.

Romeo decidió no hablarle de su relación con el miedo y el fracaso, de las terribles noches que había pasado en la calle durante su adolescencia. Se tomó el café de un trago y observó que ella trataba de contener sus emociones.

—Dime qué necesitas hacer para acelerar las cosas.

—Tengo que hablar con Bronagh para que se haga cargo del restaurante. No puedo marcharme así como así.

La necesidad de sacar de allí lo antes posible a Lucca y a Maisie chocó con la barrera de buenos modales que hasta aquel momento se había impuesto a sí mismo.

—Un chef con estrellas Michelin estará aquí a las nueve para ocuparse del restaurante. Tengo un camión de mudanzas esperando para empaquetar tus cosas cuando Lucca se haya levantado. Puedes seguir con el piso o encargarme que lo venda. Haremos escala en Londres para casarnos a las cuatro de esta tarde. Después, volaremos directamente a la isla que tengo en Hawái.

Ella lo miró con los ojos como platos.

—Pero… no podemos casarnos tan pronto. Necesitamos la licencia, que tarda…

—Ya me he ocupado de eso.

—Va todo demasiado deprisa, Romeo.

—Cuanto antes resolvamos el asunto de la protección, antes podré centrarme en enfrentarme a Lorenzo.

—¿Tenemos al menos tiempo para hablar de qué clase de matrimonio va a ser el nuestro?

—¿Perdona?

—No va a ser un matrimonio tradicional, ¿verdad? Como has dicho, solo vamos a casarnos para garantizar la seguridad de Lucca, por lo que deduzco que el aspecto físico no formará parte de la unión.

A pesar de que él se había dicho lo mismo después de haber perdido el control la noche anterior, sintió rechazo ante sus palabras.

—Si es lo que deseas, así será.

—Sí, es lo que quiero. Supongo que estarás de acuerdo en que el sexo provoca una confusión innecesaria.

—Sí, Lucca es lo más importante.

Ella asintió.

—Voy a cambiarme. Debe de estar a punto de despertarse.

Se dirigió a la puerta, pero se detuvo y se dio la vuelta con la gracia de una bailarina.

Romeo frunció el ceño. No sabía prácticamente nada de la madre de su hijo. Solo conocía hechos básicos de su vida que le habían proporcionado sus investigadores.

Pero no necesitaba saber nada más de Maisie, aparte de que se consagraría a la protección de su hijo.

—Me gustaría que Bronagh fuera la mano derecha del chef. Me ha ayudado mucho y no quiero que él la eche después de que me haya ido.

—Si es lo que necesitas para estar tranquila, así se hará.

Ella asintió y se marchó.

El móvil de Romeo le vibró en el bolsillo. Lo sacó antes de que empezara a sonar. Se puso furioso al ver quién llamaba. Salió de la cocina para hablar.

—Parece que no estás acostumbrado a aceptar una negativa por respuesta, pero, si quieres hacer un trato conmigo, me pondré en contacto contigo cuando esté listo.

—Tienes la ventaja de ser joven, Romeo, pero yo ya estoy contando los minutos.

—Tal vez debieras recordarlo antes de seguir insistiendo.

Lorenzo soltó una carcajada.

—¿Crees que no sé lo que tramas? Puede que consigas proteger a tu hijo, pero sigues teniendo que reclamar tu herencia.

La ira de Romeo aumentó.

—Mi herencia no implica tener que relacionarme con un puñado de viejos de geriátrico, desesperadamente aferrados a las viejas formas. Este juego se me da mejor de lo que crees. Haberse visto forzado a vivir en el arroyo desarrolla el instinto de supervivencia.

Por primera vez, Lorenzo pareció vacilar.

—Brunetti…

—No me vuelvas a llamar así. Me pondré en contacto contigo cuando esté listo.

Colgó y oyó la risa de su hijo.

Gianlucca era su herencia y pensaba dar la vida, si era necesario, para conservarla.

El niño entró corriendo en el salón.

—Mamá me ha dicho que vamos a montarnos en un avión.

—Sí, vais a vivir conmigo durante algún tiempo.

—¿Tu casa es grande?

—Sí, muy grande.

—¿Tiene un estanque con patos?

—Aún no, pero pronto construiré uno.

—¿Tendré un estanque para mí?

—Sí, para ti solo.

Su hijo sonrió de oreja a oreja.

—¡Va a ser toda una aventura!

Incapaz de hablar, ante la emoción que lo embargaba, Romeo se limitó a asentir.

Capítulo 6

Maisie se dio cuenta de la clase de aventura que era cuando, cinco horas después, estaba en una cara boutique con un equipo de estilistas. A petición de Romeo, la tienda había cerrado para que los empleados pudieran dedicarse exclusivamente a ella. Él se sentó en la recepción a leer unos papeles sin dejar de observar a Lucca, a quien estaban vistiendo para la boda.

«La boda».

Maisie pensó que se iba a casar. Y con el padre de su hijo, al que creyó que no volvería a ver. El curso que habían tomado los acontecimientos amenazaba con desequilibrarla, pero se recordó que todo era por el bien de su hijo.

Iba a ser una boda solo de nombre. Y, cuando aquel asunto relacionado con el oscuro pasado de Romeo acabara, ella retomaría su vida.

De todos modos, se estremeció cuando le introdujeron por la cabeza el vestido de novia que había elegido, sencillo y elegante, sin adornos innecesarios. Después se calzó unos zapatos del mismo color crema que el vestido y se dirigió a donde estaba la persona encargada del peinado y el maquillaje.

Maisie había perdido la capacidad de seguir el ritmo de Romeo a la hora de poner todo en marcha. No había tenido tiempo de ponerse sentimental al reunir al personal del restaurante, sobre todo con la abrumadora presencia de él a su lado. Les había asegurado que nada cambiaría en la dirección del local, y Romeo había invitado a Bronagh a la boda como testigo.

Las sorpresas habían seguido con su primer viaje en un jet privado, lo cual le demostró lo poderoso que era el hombre con el que se iba a casar.

—Creo que ya está.

Maisie se miró al espejo, peinada y maquillada, y sonrió.

—Gracias.

—He mandado que nos traigan un ramo, ya que una novia no debe casarse sin flores, ¿no le parece? —dijo la dueña de la boutique—. Sobre todo cuando va a casarse con Romeo Brunetti —añadió con envidia.

Maisie no tuvo tiempo de responderle porque entró Bronagh con un ramo de rosas.

—Creo que este ramo sería lo más precioso que he visto en mi vida si no te tuviera delante. Tu hombre se va a caer de espaldas cuando te vea —le dijo su amiga.

La razón de que Maisie se hubiera hecho amiga de Bronagh Davis era que ella le había ofrecido su amistad sin meterse en su vida, justo en el momento en que Maisie lo necesitaba. Y aunque Bronagh probablemente hubiera adivinado que Romeo era el padre de Lucca, pues se parecían mucho, no se lo había preguntado.

—Se te da muy bien lanzar piropos.

Bronagh sonrió y le entregó el ramo.

—Tus chicos se impacientan. No me extrañaría que Romeo entrara a buscarte.

Maisie estaba cada vez más nerviosa. Tragó saliva para eliminar la tristeza que le producía que aquello no fuera real, que el hombre con quien se iba a casar no fuera alguien a quien hubiera conocido y del que se hubiera enamorado.

Era un sueño que hacía tiempo que había abandonado, incluso antes de enfrentarse a un embarazo no planeado. Había visto muchas veces la cruel indiferencia inherente a las relaciones en que no había amor para creer que ella sería la excepción a la regla.

Y se recordó que se hallaba en la situación en que se hallaba porque había dado prioridad a las necesidades de Lucca.

Las suyas no importaban.

Salió del probador y contempló a Romeo, vestido con un traje impecable, tan masculino que se quedó sin respiración. Era imposible no fijarse en él. Desde el cabello oscuro bien peinado hasta los brillantes zapatos hechos a mano, desprendía poder y magnetismo sexual. Y su mirada, tan intensa que le había producido un cosquilleo en todo el cuerpo la primera vez que lo había visto…

Sí, Maisie se dio cuenta entonces de lo necesitada que podía llegar a estar y de que las necesidades no se eliminaban por mucha fuerza de voluntad que se tuviese.

Trató de apartar la mirada de él sin conseguirlo, pero no le importó porque él también la miraba. Y lo hacía como si fuera la primera vez que la veía.

Se excitó ante su mirada, al sentirse sexy y deseable, pero recordó que nada resultaría de todo aquello.

Lucca corrió hacia ella.

—¡Estás *muyu* guapa, mamá!

El niño llevaba el mismo traje que su padre.

—Tú también, cielo.

—Vamos, el coche nos espera —dijo Romeo.

Dos guardaespaldas entraron en la tienda y le hicieron un gesto de asentimiento. Salieron, se montaron en la limusina y se dirigieron al Registro Civil de Marylebone.

Romeo se sacó un estuche de terciopelo del bolsillo y se lo entregó a Maisie.

—¿Qué es esto?

—Me ha parecido que había que remediar tu falta de joyas.

Ella se llevó la mano al cuello desnudo.

—No creo que fuera necesario —dijo, lo cual era una tontería, ya que se iba a casar con uno de los hombres más ricos del mundo.

Fuese el matrimonio real o no, estaba a punto de verse lanzada a una atención pública que la asustaba. Las mujeres con las que Romeo había salido eran mucho más hermosas que ella.

—Puede que lo creas así, pero tenemos que intentar que no haya cotilleos innecesarios —murmuró él para que Bronagh y Lucca no lo oyeran—. Ábrelo.

Ella lo hizo y ahogó un grito. El collar de tres vueltas tenía más de una docena de diamantes de diferente tamaño, el más grande de los cuales estaba en el centro. El collar, acompañado de unos pendientes igualmente hermosos, lanzaba destellos en su mano.

Romeo lo sacó del estuche.

—Gírate.

Todavía anonadada, ella lo obedeció y contuvo un temblor cuando sus dedos le rozaron la nuca. Se volvió para darle las gracias y se quedó inmóvil al ver que él se inclinaba hacia ella para colocárselo bien en el escote. Que sus dedos la tocaran allí le aceleró el pulso.

Alzó la vista y sus ojos se encontraron. La mirada llena de complicidad y deseo que vio en los ojos de él la dejó sin aliento. Se miraron con la intensidad que se establecía entre ellos y parecía fundirlos en un solo ser siempre que estaban cerca.

—Es precioso.

Maisie se sobresaltó ante el cumplido de Bronagh. Se ruborizó al darse cuenta de que se había olvidado de su presencia y de la de su hijo. Agarró los pendientes y se los puso, momento que aprovechó él para sacar otro estuche.

—Romeo…

Esa vez fue él quien lo abrió. La belleza del anillo de compromiso de diamantes y rubíes era indescriptible, como también lo sería probablemente su precio.

Sin decir nada, Maisie le tendió la mano izquierda, desconcertada al pensar que lucía unas joyas que costaban más de lo que ganaría en toda su vida.

Volvió a sonreír ante las expresiones de admiración de Bronagh. Tal vez no hubiera comprendido a lo que se exponía públicamente al casarse con Romeo Brunetti, el multimillonario, en vez de con Romeo Brunetti, el padre de su hijo, pero se había enfrentado a retos mayores y había triunfado.

La ceremonia fue muy breve.

El funcionario leyó a lo que se comprometían y los declaró marido y mujer, veinte minutos después de su llegada.

Romeo la besó casta y rápidamente en los labios y separó las manos de sus hombros con rapidez. Se dirigieron al escritorio, donde firmaron para formalizar su unión.

Al firmar, Maisie volvió a decirse que lo hacía por la seguridad de su hijo. Y siguió recordándoselo durante la exquisita comida con Bronagh, tras la que ella se marchó al aeropuerto para tomar un vuelo de vuelta a Dublín y a ellos los llevaron a un aeropuerto privado al sur de Londres.

Incapaz de soportar el silencio que se había instalado en el coche, una vez que Lucca se hubo dormido, Maisie carraspeó.

—No sabía que un italiano pudiera casarse en Londres sin tener que pasar por toda la burocracia.

—Llevo viviendo más de diez años en Londres. Hasta hace dos días, no había vuelto a Italia desde que nos conocimos.

Ella, sorprendida, enarcó las cejas.

—Creía que eras ciudadano italiano. Parecías saber muy bien cómo moverte por allí.

—Lo fui una vez, pero en una zona mucho más inhóspita.

—¿Inhóspita?

—No siempre he sido rico, *gattina*. Se me podría considerar un nuevo rico. Me resultaban familiares las calles en las que nos conocimos porque las había recorrido con la esperanza de encontrar comida en los contenedores de basura o a un turista que quisiera darme unas monedas a cambio de limpiarle los zapatos. Luego buscaba un callejón para pasar la noche, pero solo una noche, ya que me echaba de allí la policía y me amenazaba con meterme en la cárcel si volvía.

Maisie no supo qué la inquietaba más: la descripción de su infancia o la forma fría y carente de emoción en que la contaba. En cualquier caso, se quedó horrorizada al imaginarse lo que habría sufrido.

—Me dijiste que solo habías visto dos veces a tu padre —murmuró—. ¿Y a tu madre?

—No quiero hablar de ella, sobre todo el día de mi boda.

Pero ella insistió.

—¿Y los servicios sociales? ¿No buscaste ayuda allí?

Él se encogió de hombros.

La ayuda es la misma en Italia que en Inglaterra, pero no llega a todos, especialmente si uno intenta escapar de un sistema que es intrínsecamente defectuoso.

De todos modos, Maisie no entendía por qué había preferido vivir en la calle.

—¿Cuánto tiempo estuviste así?

—Dos años, hasta que las autoridades se hartaron de echarme de las calles. Una bondadosa policía creyó que estaría mejor con una familia de acogida —se rio con desprecio hacia sí mismo—. Por desgracia, estaba equivocada, ya que entonces se vio claro que los de mi clase no eran bienvenidos en una familia normal.

—¿Los de tu clase?

—Los hijos bastardos de criminales violentos.

Ella se llevó la mano a la boca.

—¡Por Dios!

—No te preocupes, *gattina*. Me largué en cuanto pude. Mírame ahora. Según los medios de comunicación, soy el sueño de cualquier mujer y el novio ideal que todo padre desea para su hija. Considérate afortunada por haberme cazado —sonrió sin alegría.

—Romeo…

Él se inclinó hacia ella y le puso la mano en la boca para que no pronunciara las palabras que estaba a punto de decir.

—No, *gattina*. Guarda tu compasión y tus palabras dulces para nuestro hijo. Podrá recurrir a ti cuando se haga una herida en la rodilla y cuando por la noche se despierte asustado. No me demuestres compasión. Aprendí a vivir sin ella antes de saber andar.

Se recostó en el asiento y se quedó inmóvil durante un minuto. Después respiró hondo y presionó un botón que había en el reposabrazos. Un ordenador portátil apareció en un compartimento lateral.

Romeo comenzó a teclear y a mirar la pantalla con eficaz calma, como si no acabara de abrirle su corazón y de mostrarle sus heridas en carne viva.

Romeo presionó otra tecla al azar y miró sin ver la lista de palabras y números de la pantalla.

¿Cómo se le había ocurrido?

¿No se había jurado la noche anterior no remover el pasado? A pesar de la voraz atención de los medios de comunicación tras su primer éxito, siempre lo había hecho así. Salvo Zaccheo Giordano, a quien consideraba su amigo, y Eva, su esposa, nadie conocía la traumática infancia que había sufrido.

Entonces, ¿por qué acababa de hablarle de ella a Maisie? Trató de analizar racionalmente qué tenía aquella mujer que conseguía desatar sus emociones.

Cuando se conocieron, había tormenta. Él había pasado al lado de ella, en el café del rompeolas de Palermo, con la intención de seguir paseando solo.

Perdido en dolorosos pensamientos y con la esperanza de que el aire nocturno lo despejara, había recorrido varios kilómetros desde el cementerio donde había enterrado a su madre. No se había dado cuenta de hacia dónde se encaminaba. Cuando llegó al rompeolas, pensó seriamente en escalar el muro y alejarse nadando de aquella ciudad que tan dolorosos recuerdos le producía, pero decidió ahogar su dolor en whisky.

Pasó al lado de ella sin verla. Después de pedir el tercer whisky se dio cuenta de que lo miraba. De todos modos, no le hizo caso. Las mujeres se le acercaban desde que era adolescente.

No estaba seguro de por qué había empezado a hablar con ella, tal vez por la mirada perdida que ella trataba de disimular; o porque un grupo de turistas varones la habían visto y comenzaban a apostar quién la invitaría a la siguiente copa; o quizás porque las últimas palabras de su madre lo habían trastornado.

«Eres igual que él».

Alzó el vaso hacia ella a modo de silencioso brindis. Ella le sonrió con timidez y le preguntó por qué brindaba. No recordaba lo que le contestó, pero le indicó el asiento que había al lado del suyo y ella se sentó.

A medianoche fueron andando al hotel de él. Ambos eran conscientes de lo que sucedería después.

Él se había marchado al día siguiente, más trastornado de lo que había estado en su vida.

Pero se había repuesto negándose a ser la sombra de un hombre que había anhelado una palabra amable de una madre que lo había rechazado toda la vida. Y lo había conseguido.

La miró de reojo y vio que contemplaba el paisaje. Respiró con más facilidad, convencido de que aquel momento de locura había pasado.

—Siento haberte hecho revivir malos recuerdos —observó ella.

Romeo cerró el portátil.

—Maisie…

—Sé que no deseas hablar de ello y lo respeto. Pero quiero que sepas que, si alguna vez necesitas hablar, allí estaré.

Durante unos segundos, el alma de Romeo se elevó ante sus palabras y se permitió contemplar un día en que se libraría de todo aquel peso y se sentiría limpio. La imagen era tan risible que negó con la cabeza.

Era hijo de una prostituta y de un criminal. Había contemplado la posibilidad de unirse a una banda de matones para obtener respeto mediante la violencia. Haberse apartado de aquello, asqueado, no lo absolvía de haberse paseado tres noches por Palermo buscando una víctima. Nunca estaría limpio, nunca conseguiría borrar esa mancha. No lo había intentado hasta ese momento.

—*Grazie*, pero te aseguro que ese día no llegará.

Capítulo 7

El centro turístico Maui, de Brunetti International, era un oasis tropical que se había creado teniendo el paraíso como modelo, o al menos eso decía en el folleto que había leído Maisie.

Cuando el hidroavión se aproximó a la isla, se dijo que el folleto no exageraba. Había casi un kilómetro de playa y, a partir de ella, el terreno se elevaba suavemente lleno de palmeras y vegetación.

En el complejo turístico había seis mansiones lo bastante lujosas como para satisfacer al huésped más exigente. La mayor tenía doce habitaciones y estaba situada en la cima de una colina, en el centro de la isla.

Se había quedado dormida admirando la arquitectura del complejo y se despertó sobresaltada. Levantó la cabeza y vio a Lucca y a Romeo sentados a la mesa y comiendo. O, más bien, Lucca comía y hablaba sin parar mientras su padre lo observaba en silencio.

Romeo alzó la vista y sus miradas se encontraron antes de que él volviera a mirar a su hijo. A diferencia de lo sucedido en el coche, cuando le había hablado de su infancia, parecía frío y distante. Intocable. Y era evidente que no tenía intención de que lo sucedido en el coche se repitiera.

Maisie se reprochó haber sentido su dolor como si fuera propio. No tenía derecho a inmiscuirse en su vida.

Sus padres habían intentado inculcarle que el cerebro era su baza más importante, pero ella sabía que no era así. Cuando nació su hijo, supo que el amor era el mayor regalo que podía dar y recibir. Romeo, al igual que sus padres, no lo necesitaba.

Y a pesar de que no podía dejar de compadecerlo, tenía que protegerse de la emoción que le había producido Romeo cuando lo conoció. Aquella noche, su dolor y su tristeza habían hecho que quisiera consolarlo.

Y se había despertado sola y, semanas después, había sabido que estaba embarazada. Haría bien en recordarlo.

Al desmontar del hidroavión los esperaban seis empleados dispuestos a bajar el equipaje. Siguió a Romeo hasta el coche que los esperaba.

Romeo sentó a Lucca en él y le abrochó el cinturón antes de volverse hacia ella.

—¿Quieres visitar la isla ahora o más tarde?

—Ahora.

Él arrancó y Lucca comenzó a retorcerse, muy excitado. Romeo le tocó el brazo.

—Estate quieto o tendrás que ir andando a la casa.

—¿Dónde está la casa?

Romeo señaló una enorme villa situada en la cima de una colina.

—Ahí arriba.

Lucca se quedó inmóvil.

—Me estaré quieto.

Su padre lo despeinó con la mano.

—*Bene*. Eso quiere decir «bien» en italiano.

—*Bene* —repitió el niño imitando el acento del padre.

Maisie miró a su alrededor y se dio cuenta de dos cosas: que la descripción del folleto no hacía justicia a la isla y que solo dos de las mansiones por las que habían pasado estaban ocupadas.

—Creía que todas las mansiones estaban reservadas desde hacía años.

—Lo estaban, pero ayer cancelé la mitad de ellas.

—¿Por qué?

—Porque quiero que tengamos intimidad. Se ha investigado a las dos familias que están aquí, que han firmado un acuerdo de confidencialidad. A las demás las he mandado con todos los gastos pagados a otro centro turístico, previa compensación por las molestias.

—¿No creerás que…?

Romeo le lanzó una mirada de advertencia. Ella se calló y esperó a que aparcara el coche frente a la puerta de la mansión. Cuando Lucca se hubo bajado del coche, Romeo se volvió hacia ella.

—No, no espero que tengamos problemas, pero he tomado todas las precauciones necesarias.

—Pero no podemos quedarnos aquí para siempre.

—Nos quedaremos hasta que encuentre el modo de solucionar esto. Además, supuestamente estamos de luna de miel, así que ¿por qué no vamos a disfrutarla? Supongo que no habrás tenido vacaciones desde que el niño nació.

Maisie sonrió de mala gana.

—Creo que no las tendré hasta que cumpla los dieciocho años.

—Pero te resultará un alivio no tener que preocuparte de él las veinticuatro horas del día.

—No lo considero una carga.

—¿Por eso cambiaste de profesión?

—Sí, pero…

—Pasar de ser abogada criminalista a regentar un restaurante en

un pueblecito es un gran cambio. Has demostrado que tienes capacidad de adaptación, por lo que no creo que nuestra nueva situación te resulte un problema.

Ella miró a su alrededor.

—No estoy hecha para estar tumbada tomando cócteles. Necesito hacer algo, incluso cuando estoy con Lucca.

—Pues ya buscaremos algo que hacer.

—Gracias. Me gustaría cambiarme de ropa.

Se bajaron del coche. Las puertas de la mansión se abrieron y salieron dos mujeres a recibirlos, una anciana y otra muy joven que se acercó a Lucca sonriendo. Maisie notó que cojeaba levemente.

—Esta es Emily. Te ayudará a cuidar a Lucca. Y Mahina es nuestra ama de llaves.

Maisie les sonrió. Siguió sonriendo mientras Romeo le enseñaba la piscina olímpica y la sauna.

Después, lavó a su hijo para refrescarlo mientras Emily deshacía el equipaje. Cuando la joven se ofreció a darle un zumo, Maisie asintió y fue a buscar a Romeo para decirle lo que pensaba.

Después de llamar a una docena de puertas sin resultado, lo halló en una habitación convertida en despacho. Entró y cerró la puerta.

—¿Cómo es que has contratado a una niñera sin consultarme? —le espetó.

Él se levantó y rodeó el escritorio. Maisie se obligó a no retroceder ante la magnificencia de su físico. Se había quitado el traje que llevaba y se había puesto unos pantalones de lino y un polo de color turquesa.

—No creí que pusieras objeciones.

—¿Porque estoy deseando quitarme de encima la carga que supone mi hijo?

—Porque he oído que toda madre necesita un respiro de vez en cuando.

—¿Quién te ha dicho eso? Supongo que no fue tu madre, ya que me parece que no debía de ser candidata a la mejor madre del año.

Él se puso tenso, lo que le confirmó que había ido demasiado lejos.

—Parece que nos estamos desviando del tema. Has dormido menos de una hora en el avión y estoy seguro de que anoche no dormiste mucho. Dentro de poco sufrirás el desfase horario. Pensé que agradecerías que te echaran una mano.

—¿Emily es solo una ayudante temporal?

—No, ayuda en lo que es necesario, pero es la única que ha recibido formación para cuidar a niños.

—Romeo…

—¿Cuál es el problema exactamente?

—Que has tomado una decisión sobre Lucca sin consultarme.

—Esto ha sido una situación inesperada para todos y ha habido que tomar algunas decisiones sin hacértelo saber.

—No, no lo acepto si se refieren a mi hijo.

Él se encogió de hombros.

—Muy bien, recurre a Emily cuando te parezca. Pero no puedes controlar cada momento de la vida del niño.

—¿Cuánto hace que lo conoces? ¿Dos días? —preguntó ella, llena de furia—. ¿Y te atreves a decirme eso?

—¿Es culpa mía no haberlo conocido antes?

—¡Desde luego, mía no es! Si te hubieras quedado esa mañana…

—¿Para qué? ¿Para intercambiar falsas promesas de volvernos a ver? ¿O tal vez deseabas que te dijera lo bien que lo habíamos pasado esa noche?

—¡No sé por qué te portas de una manera tan despreciable! Y lo siento si desconocía el protocolo para la mañana siguiente a la aventura de una noche. Fue mi primera y mi última experiencia. Pero no me esperaba despertarme sola ni que hubieras dicho al conserje que no me diera ningún dato sobre tu identidad. Si quieres enfadarte con alguien, hazlo contigo mismo, porque, a pesar de tu deplorable comportamiento, volví a buscarte cuando me enteré de que estaba embarazada.

Él puso cara de sorpresa.

—¿Que hiciste qué?

—Volví. Empleé los ahorros que debiera haber utilizado en mi futuro hijo para pagarme una estancia de dos semanas en aquel hotel. Recorrí las calles de Palermo y visité todos los cafés que pude con la esperanza de encontrarte. ¿Sabes cuántas entradas hay de *Romeo de Palermo* en Internet?

Él negó con la cabeza.

—No voy a aburrirte con cifras. Digamos que hubiera tardado años en leerlas todas. Así que, sí, me di por vencida y decidí emplear mi tiempo en planear un futuro para mi hijo. Por eso, no me digas que no se me debe consultar cualquier decisión sobre él ni me hagas sentir mal por las consecuencias de algo que los dos hicimos de mutuo acuerdo.

Él se dirigió a la ventana y se puso a mirar la magnífica vista. Como no decía nada, ella se le acercó.

—¿No dices nada?

Él la miró.

—No me suelen sorprender con frecuencia, pero tú lo has

conseguido. Lo que hiciste…–negó con la cabeza. —Ninguna otra persona lo hubiera hecho. Y tienes razón. Después de marcharme como lo hice, tenías todo el derecho a olvidarte de mí. Y yo me aseguré de que no te resultara fácil encontrarme.

—¿Sueles borrar tu rastro para que tus conquistas no te encuentren?

—No directamente, ya que suelen entender que la relación es transitoria.

—Comprendo.

—Esa noche también fue distinta para mí por muchos motivos.

Ella quiso preguntarle cuáles, pero su rostro volvió a adquirir una expresión sombría, por lo que se abstuvo de hacerlo.

—Había sido un día difícil para mí —prosiguió él.

—Sí, todos tenemos días así.

—Pero volviste, a pesar de mi rechazo.

—Me puse en la piel de mi hijo y pensé que tenía que darle la oportunidad de conocer a su padre. Pero supongo que también estaba aterrorizada al pensar que no podría criar a un hijo yo sola y que estaba buscando apoyo. Cuando volví a Dublín acepté que estaba sola. Después nació Lucca y el miedo fue desapareciendo. Ya no estaba sola, lo tenía a él.

—Ya no estás sola para cuidarlo.

—Pero ¿no estás de acuerdo en que debieras consultármelo todo?

—Te garantizo que discutiré contigo de los temas importantes que le conciernan. Y tú puedes pelearte conmigo por los menos importantes.

—¿Así que discutiremos sobre todo?

—Solo porque parece que te gusta.

Ella sonrió.

—Te prevengo que no me rindo hasta haber ganado.

Él le miró la boca y se estableció entre ellos una corriente de deseo. A ella se le aceleró el corazón al interpretar claramente la mirada masculina.

La invadió una oleada de deseo que hizo palpitar el centro de su femineidad hasta hacerla apretar los muslos para calmarla.

—Tal vez te deje ganar de vez en cuando —murmuró él. Cuando su mirada descendió hasta sus senos, ella tembló levemente.

Llamaron a la puerta.

—¿Sí? —dijo él sin dejar de mirarla.

Emily entró con Lucca.

—Lucca quiere ir a bañarse. Quería preguntarle si puedo llevarlo —dijo Emily.

Romeo miró a Maisie.

—Lo llevaré yo —afirmó ella. Cuando él entrecerró los ojos, ella suspiró—. Lo llevaremos nosotros —se corrigió—. Voy a cambiarme.

Romeo tomó a Lucca en brazos.

—Nos vemos en la piscina.

En su habitación, Maisie agarró el bañador mientras recordaba la conversación que había mantenido con Romeo. Le había sorprendido, más aún, asombrado, que hubiera vuelto a buscarlo.

Se preguntó de nuevo hasta qué punto lo había dañado la relación con su madre. La había llamado prostituta en el coche. ¿Lo había dicho en sentido literal?

Era evidente que Romeo Brunetti tenía un secreto vergonzoso que intentaba mantener oculto. Y ella se adentraba en terreno peligroso al tratar de descubrirlo. Sería mejor que lo recordara, como también que su relación nunca sería física, por muchas miradas ardientes que él le lanzara o por mucho que a ella se le acelerara el pulso cuando estaban juntos.

Llegaría un momento en que ella se marcharía con su hijo.

Y le iría mejor si lo hacía con el corazón intacto.

Romeo notó su fría actitud en cuanto Maisie bajó las escaleras de la terraza y se dirigió a la piscina. Ella lo miró con recelo. Parecía como si, en el tiempo transcurrido desde que habían hablado en el estudio, ella se hubiera replegado en sí misma.

¿Había adivinado sus verdaderas intenciones hacia su hijo cuando el problema con Lorenzo se hubiera solucionado?

No podía haberlo hecho.

Observó que dejaba las gafas de sol en la mesa y se acercaba al borde de la piscina sonriendo al ver las payasadas que hacía su hijo. Por primera vez en su vida, Romeo se preguntó por los sentimientos de una mujer al verla nadar hasta el otro extremo de la piscina y quedarse allí.

Normalmente, que las mujeres con las que salía le demostraran una actitud de oposición era el preludio de que le pidieran más tiempo o un compromiso mayor. Por eso había reducido sus relaciones con ellas de unas semanas a un ocasional fin de semana.

¿Qué significaba la actitud de Maisie?

—¡Más deprisa! —le exigió Lucca, a caballo en la espalda de Romeo—. Vamos a echar una carrera, mamá.

Maisie sonrió y nadó hacia ellos, pero evitó la mirada de Romeo. Nadaron hacia el otro extremo de la piscina.

Al final, Romeo sacó a Lucca de la piscina, a pesar de sus protestas. Maisie los siguió y secó al niño antes de llevarlo al interior de la casa. Cuando volvió, se sentó en una tumbona con el mismo aire retraído.

—No me gustan las señales confusas —dijo él.

—¿Cómo?

—Estabas bien al salir del despacho. Es evidente que ha ocurrido algo desde entonces. ¿Qué pasa?

—Nada, simplemente he estado pensando.

—¿Con qué resultado?

Ella sonrió.

—He llegado a la conclusión de que estás en lo cierto. Lucca y yo nunca hemos estado de vacaciones. Creo que esto le hará bien, nos lo hará a los tres. Con tal de que tenga algo que hacer, no me pelearé contigo por las cosas sin importancia.

Él la escuchó y asimiló sus palabras como la media verdad que suponían. Después se recostó en la tumbona y se preguntó cómo conseguir que se la dijera toda.

Capítulo 8

Vamos a ir a elegir un sitio para el estanque de los patos. Dijiste que vendrías con nosotros —afirmó Romeo en un tono que no admitía réplica. Su irritación de los días anteriores se había convertido en ira, parte de la cual estaba dirigida contra sí mismo por el sentimiento desacostumbrado de que otros le importaran demasiado.

Pero una parte de esa ira estaba dirigida contra Maisie, que mantenía una videoconferencia con su amiga de Dublín. Ella le dirigió una mirada carente de expresión, la misma que recibía cada vez que se veían. Romeo había creído que estaría contenta trabajando con el chef varias horas al día para no perder la práctica. Y lo estaba, pero seguía mostrándose distante.

—Nuestro hijo espera.

—Lo siento, Bronagh, tengo que dejarte —dijo ella a su amiga—. Volveremos a hablar el fin de semana —sonrió y desconectó el portátil. Después lo fulminó con la mirada—. ¿Era necesario ser tan maleducado?

—Tal vez debieras hacerte la misma pregunta.

—¿De qué estás hablando?

—Has llamado a tu amiga tres veces desde que llegamos. ¿No crees que se sentirá ofendida al ver que pretendes dirigir el restaurante a distancia?

—Claro que no. Hablamos de que la llamaría.

—¿Un día sí y otro no?

—Puede que no, pero…

—¿Cuánto dedicas en cada llamada a hablar del restaurante?

—Eso no justifica que me hayas interrumpido de forma tan grosera.

—Solo hago lo que me has pedido, *gattina*, y te recuerdo que dijiste que vendrías con nosotros a ver el lugar. Si has cambiado de idea, solo tienes que decírmelo. Lucca se sentirá decepcionado, pero…

—No he cambiado de idea. Sencillamente, no me he dado cuenta de la hora que era. Enseguida estaré preparada.

—¿Te pasa algo?

—No, nos veremos cuando me haya cambiado.

—No está mal lo que llevas.

—Puede que la blusa no, pero los pantalones cortos no son adecuados para salir.

Romeo se levantó y se acercó a ella.

—Levántate.

Ella lo hizo de mala gana.

Los pantalones se le ajustaban a las caderas como una segunda piel. Romeo se excitó inmediatamente como no lo había hecho en la vida. Deslizó la vista desde el triángulo de la tentación por sus piernas hasta llegar a los pies desnudos y de nuevo hacia arriba.

—No tengo la culpa de que a quienes les encargaste que me compraran la ropa se equivocaran de talla. Si me hubieras dejado ir con ellos, como te dije, no hubiera sucedido.

—¿Quieres decir que toda la ropa te está pequeña?

Había encargado un nuevo guardarropa para Maisie y Lucca cuando se dio cuenta de que ella había metido en la maleta prendas adecuadas para el verano irlandés, pero no para el calor tropical de Hawái.

Ella alzó el brazo para apartarse el pelo de la cara y el top se le levantó y le dejó el estómago al descubierto, lo cual lo excitó aún más.

—Es una talla menor de la que suelo usar.

—¿Y por qué no me lo habías dicho? —preguntó él con voz ahogada.

Seguir de pie al lado de ella cuando estaba vestida así no era buena idea, pero sus pies se negaban a alejarse. Por el contrario, lo empujaban hacia ella con el deseo de ponerle la mano entre las piernas.

—¿No habría parecido una diva si te hubiera pedido que la devolvieras?

—Eres mi esposa y tienes derecho a pedir lo que quieras, cuando quieras.

—No pasa nada. Puedo usar la mayor parte de los tops y los vestidos, y los pantalones cortos solo los llevaré mientras estemos en la casa —se pasó la lengua por los labios, nerviosa—. Además, no me vendría mal perder algún kilo.

—Tu cuerpo está bien como está.

Era perfecta.

Ella se puso colorada.

Romeo observó cómo cruzaba las piernas. Y el deseo lo dejó clavado en el sitio.

—Ve a cambiarte. Te esperaremos fuera —consiguió decirle reprimiendo el impulso de tumbarla en el suelo.

Ella asintió y se apresuró a salir. Cuando Romeo estuvo seguro de que no lo podía oír, lanzó un gemido de frustración, con la imagen de sus nalgas grabada en el cerebro.

Aún no se había calmado cuando ella apareció con un vestido lila y sandalias. Por suerte, la presencia de su hijo le sirvió para controlar el deseo.

Los condujo al primer lugar donde podría construirse el estanque de los patos. Visitaron tres sitios antes de llegar al lugar perfecto. Era una zona llana y sin árboles, con vistas a la playa.

El jefe de la cuadrilla de tres hombres que había contratado extendió un plano en una mesa portátil y comenzó a hablar del diseño mientras Lucca le indicaba dónde quería una fuente y unas rocas.

Romeo los dejó solos y se dirigió a donde se encontraba Maisie mirando el mar.

Ella levantó la cabeza bruscamente y respiró hondo al mirarlo. Cuando trató de desviar la mirada, él la agarró de la barbilla.

—¿Quieres decirme qué te pasa?

—No sé a qué te refieres.

—Creía que habíamos acordado que trataríamos de que esto funcionara.

—Y lo estamos haciendo.

—¿A esto lo llamas intentarlo?

—¿Por qué estás enfadado conmigo?

—Supongo que debiera alegrarme que te hayas dado cuenta de que estoy molesto —afirmó él en tono de burla.

Ella apartó la barbilla de su mano.

—Si es por haberme olvidado de la hora de ir a buscar un lugar para el estanque…

—No hagas eso, *gattina*. Es indigno de ti.

—No sé qué quieres que haga. Estoy aquí por Lucca. ¿No es eso lo que los dos queríamos?

«No», quiso decirle él, «lo que quiero es que dejes de hacerme el vacío».

—Lo que necesita Lucca es que sus padres intercambien algo más que un saludo y un «pásame la sal» cuando están en la misma habitación. Puede que todavía no sepa mucho sobre niños, pero sé que captará la tensión entre nosotros si no la hacemos desaparecer.

—No la hay.

Él la miró a los ojos y, por fin, comprendió por qué la relación entre ellos se había modificado de manera tan drástica.

—¿Cómo no me he dado cuenta? —murmuró.

El pánico se apoderó de ella. Él sonrió, un poco menos inquieto porque ya sabía la causa de su frialdad.

—Retomaremos la conversación esta noche, cuando Lucca esté dormido.

—No tengo nada que retomar contigo —le espetó ella.

—Entonces, puedes comer mientras me escuchas.

Se alejó de ella para reunirse con el grupo. Se decidió el diseño definitivo del estanque. Lucca estaba entusiasmado mientras volvían al coche.

De vuelta en la villa, Maisie se fue a toda prisa con la excusa de prepararle algo de comer a su hijo. Romeo sonrió, satisfecho de saber cuál era el problema. Iba a tientas en cuanto al hecho de ser padre, y la tensión que había entre Maisie y él podía suponer un riesgo. La prueba era la innecesaria discusión de esa tarde en su despacho. Esa noche, la situación se habría corregido, con resultados que serían del agrado de ambos, estaba seguro.

Maisie inspeccionó la multitud de vestidos nuevos del armario y eligió uno de algodón de color bronce. Sabía que podía hacérsele tarde, pero, desde la conversación con Romeo, temía que llegara la hora de la cena.

Sería quedarse corto afirmar que estaba aterrorizada por el repentino brillo de los ojos de él después de haberle preguntado qué sucedía. Y la sonrisa que mostraba desde entonces no presagiaba nada bueno.

Como no podía demorarse más, fue a la habitación de Lucca a comprobar que dormía y sonrió a Emily, que estaba doblando la ropa limpia para guardarla. Después se dirigió a la terraza.

Cerca de la mesa, puesta para dos, había una cubitera de hielo con una botella de champán. Romeo no estaba.

Antes de que ella pudiera lanzar un suspiro de alivio, lo sintió a su espalda y se volvió.

Llevaba unos pantalones negros y una camisa del mismo color con varios botones desabrochados, lo que dejaba al descubierto el vello del pecho y el fuerte cuello.

Maisie tragó saliva y deseó que las hormonas dejaran de circularle a toda velocidad por la sangre. Pero ya sabía que se le iba a hacer muy cuesta arriba seguir luchando contra el deseo que experimentaba.

—Ya estás aquí —murmuró él—. Empezaba a creer que me habías dejado plantado.

—No sabía que esto fuera una cita.

Ella retrocedió cuando él dio un paso adelante. Sus ojos le indicaron que sabía que estaba luchando y que estaba seguro de que perdería.

—Vamos a sentarnos.

Con la sensación de encaminarse a su perdición, Maisie se acercó a la silla que Romeo había apartado para ella y se sentó. Ahogó un grito cuando él le acarició la nuca.

—Tienes que tener más cuidado con el sol, *gattina*. Aquí te has quemado un poco.

Ella se estremeció y se reprochó la decepción que experimentó por que la caricia hubiera sido por un motivo impersonal.

—Antes de estar aquí, en Hawái, el sitio más caluroso que conocía era Palermo.

Él se sentó frente a ella.

Mahina les sirvió el primer plato. Cuando se hubo ido, Romeo le preguntó:

—Cuando eras más joven, ¿no ibas de vacaciones?

Ella negó con la cabeza.

—No tenía tiempo para vacaciones. En realidad, no tenía tiempo libre. Me dediqué a estudiar todos los días de la semana desde la enseñanza primaria hasta que me licencié en la universidad.

—¿Eso te exigían tus padres?

—Sí.

—Háblame de ellos.

Romeo agarró la botella y sirvió champán para ambos.

—Creía que no íbamos a hablar del pasado.

—En efecto, pero como yo te he hablado del mío, creo que ha llegado la hora de restablecer el equilibrio.

Ella apartó la mirada durante unos segundos y contempló el final del crepúsculo.

No quería hablar de sus padres ni de la ambición que los había guiado y había convertido su infancia en un vano intento de complacerlos.

Sin embargo, asintió.

Capítulo 9

Maisie agarró el tenedor y probó la ensalada de fruta y gambas mientras trataba de hallar las palabras adecuadas.

—Mis padres supieron desde muy pronto que no estaba tan dotada para el estudio como ellos, que valoraban el éxito académico por encima de todo.

—¿Incluso de ti?

Ella tragó saliva y respondió sin alzar la vista.

—Incluso de mí. Fui un accidente, que se volvió más lamentable cuando, según ellos, no fui capaz de desarrollar todo mi potencial. A los cinco años me midieron el cociente intelectual por primera vez. Mis padres se negaron a aceptar el resultado. Me siguieron haciendo pruebas de inteligencia hasta que cumplí los quince, cuando, por fin, aceptaron que mi inteligencia solo estaba ligeramente por encima de la media.

Tomó un sorbo de champán para tragarse la amargura de saber que siempre sería una decepción para sus padres.

—¿Te dejaron de presionar entonces?

—Todo lo contrario. Me presionaron aún más porque creían que, si me seguían puliendo, me convertiría en el diamante que deseaban.

—No estoy de acuerdo con esa descripción de ti misma, ni tampoco con que tu inteligencia esté en la media, pero continúa —la animó él mientras les retiraban el primer plato.

Ella se encogió de hombros.

—No hay mucho más que añadir. Mostraban indiferencia a cualquier cosa de mi vida que no estuviera relacionada con mis logros académicos. Cuando les dije que quería ser abogada, lo aceptaron a regañadientes y enseguida empezaron a mover los hilos para que me contrataran en un bufete. Cuando les dije que me iba a tomar tres meses de permiso, para después retomar mi empleo, nuestra relación se tensó aún más.

—¿Pero no te echaste atrás?

Ella se rio con amargura.

—Es difícil ser la hija normal de dos genios que, para empezar, no querían haber tenido hijos. Supongo que llegó un momento en que me harté.

Palermo había sido el momento de la rebelión. Y aunque nunca lamentaría haber tenido a Lucca, comenzaba a tener miedo del

hombre con el que se había rebelado y que había establecido un punto de referencia para todos los demás, que nunca estarían a su altura.

Bebió algo más y sintió que las burbujas se le subían a la cabeza y le soltaban la lengua.

Mahina les llevó el segundo plato.

—Supongo que los tres meses de vacaciones incluían tu viaje a Palermo.

—Sí, siempre me ha fascinado todo lo relacionado con Italia. Tenía algo de dinero ahorrado de trabajar a tiempo parcial mientras estudiaba e hice un viaje por Italia. Palermo fue mi tercera parada.

—¿Y la relación con tus padres mejoró cuando retomaste tu puesto en el bufete?

Romeo parecía interesado en su vida y su pasado.

—No, ya que se enteraron de que estaba embarazada de un hombre del que no sabía ni el apellido. Tanto mi padre como mi madre proceden de familias rotas. Sé que no pensaban casarse, pero lo hicieron cuando ella se quedó embarazada. Cuando me quedé yo, no pudieron soportarlo.

—¿Así que rompieron la relación contigo? —preguntó él con voz gélida y una expresión indescifrable.

—No exactamente. Pero yo no compartía las ideas que tenían sobre la educación de Lucca.

—¿Qué ideas?

—Querían, para empezar, que lo dejara a cargo de una niñera, que a los cuatro años lo metiera interno en un colegio…

Romeo lanzó una maldición.

—¿Para que no fuera un obstáculo en tu carrera?

—Sí.

Él lanzó un bufido de rabia.

—¿Consideraste la posibilidad de hacerlo?

—No. Dejé el trabajo y me matriculé en un curso de cocina. Después me trasladé a Ranelagh y abrí el restaurante.

Se hizo el silencio en la mesa mientras la comida se enfriaba.

—No había planeado que esta noche fuera así —dijo él al cabo de unos minutos, mientras volvía a llenar las copas.

Maisie se rio. Se sentía muy ligera y preguntó:

—¿Y cómo habías planeado que se desarrollase?

Él se levantó.

—Ven, vayamos a pasear por la playa.

Maisie sabía que debía negarse, que el alcohol que llevaba en la sangre le impediría tomar decisiones racionales.

Sin embargo, tomó la mano que él le tendía, se levantó y se

descalzó, como le dijo él que hiciera.

Romeo la soltó al llegar a la arena, volvió a llenar las copas y se alejó unos metros para dejar la botella.

Ella se acercó a la orilla y se rio suavemente cuando el agua le salpicó los pies.

Durante unos segundos se preguntó cómo sería estar allí con el hombre de sus sueños en otras circunstancias, si aquello fuera de verdad una luna de miel, no un intento desesperado de escapar a las amenazas de un viejo matón.

El camino que le habían trazado sus padres no le había dejado mucho espacio para soñar, ya que había estado muy ocupada intentando ganarse su amor.

Pero ya era una mujer y seguro que no había nada de malo en dejar libre la imaginación durante unos minutos.

Vació la copa y no protestó cuando Romeo se la quitó, se alejó para dejarla en la mesa y volvió situándose a su espalda. Contuvo la respiración cuando le puso las manos en los hombros y comenzó a masajearle los tensos músculos.

—¿Qué haces, Romeo? —preguntó ella, temblorosa, al cabo de unos minutos.

—¿Por qué estás tan tensa?

—Probablemente porque me estás tocando.

—Lo estabas antes de que te tocara. ¿He hecho algo para ponerte así?

Ella soltó una carcajada,

—El mundo no gira a tu alrededor, Romeo.

—Puede que no, pero si hay un problema debiéramos resolverlo, ¿no crees? —la giró hacia él, la miró y frunció el ceño—. ¿Te aburres?

—No, las clases del chef Sylvain me resultan muy útiles, y Mahina me está enseñando recetas de la cocina local que pondré en práctica cuando vuelva a Ranelagh.

—Pero no me negarás que no estás contenta.

—Esta tarde parecías saber lo que me preocupaba.

Él esbozó una sonrisa irónica.

—Tal vez fuera mi deseo el que hablara por mí.

—¿Qué… qué deseo?

—El que me clava sus zarpas y amenaza con devorarme.

Ella emitió un sonido apenas audible cuando él le soltó el cabello y se lo acarició. Maisie se dio cuenta de que su sueño se estaba haciendo realidad, lo cual era un peligro.

Pero no se marchó, sino que gimió suavemente cuando él le rozó el lóbulo de la oreja con los labios. Siguió besándola deslizándose por la

mandíbula y el cuello.

El deseo se apoderó de ella y se evaporó la necesidad de guardar las distancias que se había esforzado en poner en práctica.

Él la tomó entre sus brazos y ella ahogó un grito al contemplar la expresión de voraz deseo de su rostro.

—Romeo…

El beso que le dio en la boca detuvo cualquier intento de luchar por salvarse del furor sexual que la invadía. Y supo que le gustaría que la tomara, que la venciera el deseo masculino, siempre que satisficiera el suyo.

Y lo haría.

Sabía que Romeo era un amante generoso, que obtenía más placer proporcionándoselo a ella, llevándola al borde del abismo y cayendo con ella.

Romeo le daría todo lo que su cuerpo ansiaba. Y más.

Pero ¿y después? ¿Y al día siguiente?

Las preguntas comenzaron a amontonársele en el cerebro, hasta que ella le puso las manos en el pecho y lo empujó, desesperada por librarse de aquella ilusión.

—¡Para!

Él alzó la cabeza, pero no la soltó.

—No me niegues que me deseas —le espetó él con el cuerpo vibrante de tensión a punto de explotar.

—Sí, pero no consentiré que me utilices para saciar una necesidad que solo deriva del hecho de que estemos obligados a estar juntos.

Él soltó un juramento en voz baja.

—¿A qué te refieres?

—A que no voy a negar que existe algo entre nosotros, pero es una química que desaparecerá si no le hacemos caso. No deseo tener una experiencia de mal gusto y degradante simplemente porque nos sobra el tiempo. Valgo más que eso.

Él bajó las manos y retrocedió un paso sin dejar de mirarla de forma acusadora y condenatoria.

—Nos hemos casado. Creo que eso convierte todo lo que suceda entre nosotros en algo más que una experiencia degradante y de mal gusto.

—No sigas por ahí, por favor. No reescribas el guion del objetivo que tenemos. Nos hemos casado por Lucca. Y acordamos que no habría relaciones físicas. No cambies ahora los términos del acuerdo.

Él se rio burlonamente.

—¿Me hablas de cambiar los términos cuando no puedes estar en la misma habitación que yo ni hablar conmigo sin que se te acelere el

pulso?

Ella se puso colorada de vergüenza y de ira.

—¿Así que te has compadecido de tu pobre esposa sexualmente frustrada y has decidido hacer algo al respecto?

—Si no recuerdo mal, fuiste tú la que decidió dejar de lado el aspecto físico de nuestro matrimonio. Yo estuve de acuerdo porque parecías muy empeñada en ello. Pero no tienen que caérsete los anillos por pedirme que volvamos a negociarlo.

—¡No quiero negociar nada! Todo esto… —señaló la playa, la luna, la botella y las copas— lo has planeado tú, supongo que para seducirme.

Él la fulminó con la mirada.

—Creí que sería mejor enfrentarse a la situación antes de que uno de los dos explotara.

—Pues ya nos hemos enfrentado a ella. Me esforzaré en controlar mejor mis deseos de ahora en adelante.

La tensión del cuerpo de Romeo era casi palpable.

—Millones de parejas casadas tienen sexo. ¿Por qué nosotros no?

Ella se estremeció, pero consiguió alzar la barbilla y responder.

—Porque no estoy hecha para tener sexo sin sentimiento —afirmó ella, a punto de estallar—. Y estoy segura de que ya lo sabes, Romeo. Así que, por favor, déjalo.

Él la miró durante unos segundos con ojos llameantes y los brazos en jarras. Después, lanzó un profundo suspiro y asintió solemnemente.

—Lo dejaré si es lo que quieres. Pero ambos sabemos que no será fácil, *gattina*. Cuando cambies de opinión, ven a decírmelo.

Capítulo 10

Ella consiguió reprimirse durante una semana. Incluso se felicitó por su actuación estelar. A pesar de que su cuerpo le rogaba que se rindiera, apretaba los dientes y seguía adelante.

Miraba a Romeo a los ojos cuando él le dirigía la palabra, no se alejaba cuando se le acercaba para hablar ni cuando se turnaban para enseñar a nadar a Lucca.

En esos momentos recordaba que la situación era transitoria y que, antes o después, concluiría.

Dos noches después del paseo por la playa había oído a Romeo discutiendo airadamente por teléfono.

Lorenzo, por fin, había dado un paso al frente y le había pedido dinero para restaurar el poder de la *famiglia*. Romeo se había negado tajantemente.

El anciano no había insistido.

Romeo estaba investigando si era una mera táctica de distracción. Y, si no lo era, Lucca estaría fuera de peligro la semana siguiente, cuando cumplía cuatro años. No habían hablado de qué sucedería después, pero ella suponía que Romeo querría ver a su hijo, pero no seguir atado a ella por el vínculo del matrimonio.

El corazón le dio un doloroso vuelco y dio la espalda a Romeo y a Lucca, que se salpicaban al otro lado de la piscina. Pensó en el piso de Ranelagh y se odió por decirse que sería un lugar sombrío comparado con aquel paraíso, comparado con vivir con Romeo bajo el mismo techo.

Pero Ranelagh era su hogar y estaba orgullosa de él.

Había sobrevivido al abandono de Romeo cinco años antes y, a pesar de lo doloroso que le había resultado, se había alejado de sus padres.

Cuando llegara el momento, superaría también aquello.

—¿Es esta la nueva forma de hacerme el vacío? ¿Mirar el mar y desear convertirte en sirena? —le preguntó él.

Maisie miró a su alrededor y vio que Emily se llevaba a un agotado Lucca. Una vez instalados en la rutina, ella había dejado que Emily la ayudara con el niño. Se llevaban bien, por lo que Maisie podía dedicarse a la cocina sin sentimiento de culpabilidad.

Miró a Romeo y él le devolvió la mirada con los ojos llenos de un deseo que no trató de ocultar.

—Eres un arrogante al creer que todos mis pensamientos giran en torno a ti —replicó ella con frialdad, aunque frío era lo último que sentía cuando él estaba tan cerca. La había atrapado contra la pared de la piscina poniendo las manos a cada lado.

—Cuando estoy contigo así, te aseguro que todos mis pensamientos giran en torno a ti —susurró él.

Maisie reprimió un estremecimiento.

—Si lo que intentas es llevarme a la cama como a una esclava sexual, puedes esperar sentado.

—Cuando te lleve a la cama, *gattina*, me imagino que serás guerrera —se le acercó más y le rozó la espalda con el torso—. No me hagas esperar mucho.

Ella se aferró al borde de la piscina.

—O, si no, ¿qué? —susurró con fiereza.

—O tu actitud felina se encontrará con una fuerza depredadora que la anulará.

Fue entonces cuando ella sintió el dominio de su cuerpo. Su potente erección le rozó las nalgas haciéndola cerrar los ojos y reprimir un gemido de deseo.

—¿Crees que no habrá sentimiento entre nosotros si tenemos sexo? —susurró él.

Ella negó con la cabeza.

—No.

—Pues no fue así hace cinco años. Tú pusiste suficiente pasión por los dos y yo te di lo que necesitabas. Ahora somos marido y mujer. Puedes tenerlo en consideración o puedes dejar que la naturaleza transitoria de la situación te impida exigir lo que deseas, lo que deseamos. Piénsalo, Maisie.

Después, Romeo se alejó nadando y salió del agua a pulso como un dios arrogante. No volvió a mirarla mientras se secaba y entraba en la villa.

Ella se quedó inmóvil, luchando con todas sus fuerzas contra la necesidad de rendirse, resistiéndose a reconocer que la batalla consigo misma con respecto a Romeo acababa de comenzar. Y, esa vez, se arriesgaba a perder algo más que la dignidad.

Cenaban fuera todos los días, a la hora del crepúsculo. Ella hablaba de cosas triviales y trataba de no referirse a la bomba que Romeo le había lanzado en la piscina.

«Somos marido y mujer».

—Los obreros me han asegurado que acabarán de trabajar este fin

de semana. Menos mal, porque nuestro hijo ha llegado al punto en que nos levantaremos una mañana y veremos que está acabando el estanque con sus propias manos.

Maisie se echó a reír.

—Creo que la pobre Emily ya no sabe qué hacer. Le asegura que estará acabado para su cumpleaños. Si Lucca decide terminarlo por su cuenta, creo que ella lo ayudará, solo para que la deje en paz.

Romeo sonrió.

—Es estupendo que se hayan hecho tan amigos. Creo que Emily lo acabará adorando tanto como nosotros.

De repente, se quedó inmóvil y contuvo la respiración. Extendió el brazo para agarrar la copa de vino y ella vio que le temblaba la mano.

Maisie, con un nudo en la garganta, puso su mano sobre la de él.

—No pasa nada por reconocer que quieres a tu hijo, Romeo —dijo con suavidad—. De hecho, creo que es hora de que se lo digas y de que le digas que eres su padre.

Él la miró con desprecio.

—¿Qué ha sido esto? ¿Una especie de prueba?

Ella apartó la mano.

—¿Cómo?

—¿Una prueba para ver si podías darme permiso para decirle que soy su padre?

—Claro que no. ¿Es eso lo que piensas de mí? ¿O de ti?

—¿Por qué ibas a tener buena opinión de mí o de mi capacidad para ser padre? Sabes lo suficiente de mi pasado como para estar segura de que no tengo experiencia. Sabes que mi infancia me ha dejado cicatrices imborrables, que se pueden manifestar de forma impredecible.

—¿Qué quieres decir?

—Sabes que viví en la calle. Lo que no sabes es que, años después, me uní a una peligrosa banda.

—¿Por qué?

—Porque quería encajar en algún sitio.

Su vulnerabilidad la conmovió.

—¿Y lo conseguiste?

—No, porque me negué a llevar a cabo los ritos de iniciación.

—¿Cuáles eran?

A ella se le heló el corazón cuando se los enumeró. Después, reinó el silencio hasta que él alzó la cabeza.

—Ya ves por qué ser padre no es una tarea que se me pueda confiar —dijo él con dolor.

—Pero elegiste marcharte en vez de hacer daño a otro ser humano.

—¡Eso no significa que pueda hacerme cargo de un niño!

—Estás haciendo frente a Lorenzo, en vez de ceder a las amenazas y la extorsión. Juraste proteger a Lucca en cuanto lo conociste. No has hecho nada más que cuidarlo desde que llegamos. ¿Eso no te dice nada? A veces, el amor te vuelve vulnerable, pero no débil.

Él hizo una mueca, pero el dolor de sus ojos disminuyó.

—No sé qué decirte. Lucca es muy pequeño, adorable y fácil de manejar. ¿Quién sabe en lo que se convertirá y si seremos capaces de controlarlo?

—Deja de preocuparte por adelantado, Romeo. Hasta ahora lo has hecho bien. Y, si no estás preparado para decirle a Lucca que eres su padre, esperaremos.

—Quise decírselo en cuanto supe que era hijo mío.

—Muy bien. Mañana, entonces, o pasado mañana, cuando estés listo.

Él apretó los labios durante unos segundos. Después, asintió.

—*Bene*.

Ella también asintió. Fue a agarrar su vaso de agua cuando él le asió la mano.

—Siento no haber manejado esto mejor.

—No pasa nada. Como madre, me confundo todos los días.

Él se llevó su mano a los labios.

—Has hecho un trabajo admirable, *gattina*.

Ella carraspeó y se obligó a decir algo.

—Y tú tienes más experiencia de lo que das a entender.

Él enarcó las cejas.

—Hay una foto tuya en el periódico, en un yate con dos niños pequeños.

—Rafa y Carlo son los hijos gemelos de Zaccheo y mis ahijados. Eso es lo que dice el periódico, pero no tengo mucha relación con ellos.

—¿Zaccheo es un antiguo socio tuyo?

—Sí, pero es algo más.

—¿En qué sentido?

La mirada de Romeo se ensombreció.

—Nuestras vidas se cruzaron en el pasado durante un corto espacio de tiempo y establecimos un estrecho vínculo.

No añadió nada más, pero ella insistió.

—¿Antes o después de vivir en la calle?

—Antes. Los padres de Zaccheo me acogieron durante un tiempo, pero mi estancia solo pudo ser temporal, ya que no habían sido ellos quienes habían elegido que yo estuviera en su casa.

—¿Vas a decirme lo que sucedió con tu madre? —murmuró ella.

—No me parece que sea un tema adecuado para después de cenar.

Ella lanzó un suspiro.

—Entonces, como ya hemos acabado, me voy a dormir.

—¿Para arrebujarte en las frías sábanas y felicitarte por haber escapado a la tortura innecesaria a la que insistes en someternos?

Ella retiró la mano de la suya.

—No es innecesaria.

Él apuró la copa de vino. La precisión con la que la dejó sobre la mesa hizo pensar a Maisie que le hubiera gustado tirarla al suelo de la terraza y verla hacerse añicos. Se levantó.

—Tal vez te imite y me dedique a reprimirme durante algún tiempo. Seguro que hay decisiones urgentes que tomar en mi empresa. Que duermas bien, *gattina* —dijo en tono burlón, antes de dirigirse al despacho.

Maisie, incapaz de dormir, trató de racionalizar sus decisiones y reafirmarse en ellas, pero, tras varios intentos, se dio por vencida.

Frustrada, se sentó en la cama. El negligé de seda que llevaba se le pegaba a la piel. Decidió salir a tomar el aire para librarse de la idea de que su resistencia se estaba desmoronando.

Fue al armario para ponerse un traje de baño de la nueva colección que tenía. Agarró un bikini, que era el más atrevido de todos. La parte superior apenas le cubría la mitad de los senos y la parte inferior dejaba muy poco a la imaginación.

Lo apartó, pero volvió a mirarlo. Estaba cansada de ser razonable, sobre todo a la una de la mañana. Se lo puso y se cubrió con una túnica de lino.

La casa estaba en silencio. Maisie suspiró aliviada al pasar por delante del despacho de Romeo, que se encontraba vacío.

El sendero a la cascada que había en la parte trasera de la villa estaba suavemente iluminado. Agarró una toalla del perchero que había cerca de la piscina, rodeó el edificio y atravesó deprisa el túnel que llevaba a la cascada.

Se quitó la túnica y se sumergió en el agua con la esperanza de que se le evaporaran los malos pensamientos. Por el contrario, el intenso deseo de aprovechar lo que estaba a su disposición aumentó conforme nadaba.

Al final, agotada física y emocionalmente, se sentó en la roca que había bajo la cascada, echó la cabeza hacia atrás y lanzó un suspiro al sentir el agua en la cara.

—Insistes en que no quieres ser una sirena, pero aquí estás.

Ella se sobresaltó ante la voz de Romeo y estuvo a punto de caerse al agua. Contempló la imponente presencia masculina al otro lado de la cascada. Y tragó saliva.

Llevaba puesto el bañador y una toalla alrededor del cuello. Ella se quedó sin respiración al contemplar su magnífico cuerpo.

Estaba perdida.

Lo supo antes de que él se lanzara al agua y nadara hacia ella. A mitad de camino, se sumergió para emerger a sus pies. Colocó las manos al lado de sus muslos y la miró sin decir nada.

—¿Tampoco tú has podido dormir, *gattina*? —preguntó con voz ronca al cabo de un largo silencio.

Ella negó con la cabeza y le acarició las cejas, los pómulos y la mandíbula.

—¿Te has cansado de luchar contra lo inevitable? —añadió él.

—Me he cansado de luchar contra ti.

—No has luchado contra mí, sino contra ti misma. Reconócelo antes de que esto vaya más lejos.

Romeo tenía razón.

Había estado luchando para protegerse a sí misma. Las consecuencias de un segundo rechazo por parte de él hubieran sido mucho más desastrosas que la primera vez. Con el paso del tiempo, sus sentimientos hacia él estaban cambiando, convirtiéndose en algo más intenso y profundo que no podía controlar.

—Estoy cansada de luchar —susurró.

—Entonces, ríndete. Déjate llevar —le acarició los muslos hasta llegar a las rodillas y se las separó—. No podré soportar, sin volverme loco, pasar otra noche deseándote e imaginándome distintas formas de poseerte. Ríndete, *gattina*.

Maisie le introdujo los dedos en el cabello y le levantó la cabeza hacia ella. Se inclinó y se apoderó de su boca con un apasionado beso.

Más adelante tendría tiempo de arrepentirse. Pero, en aquel momento, en aquel lugar paradisíaco, con aquel hombre que haría avergonzar a un dios, quería disfrutar y vivir, como lo había hecho en Palermo.

Él la besó como si llevara siglos deseando hacerlo, como si no fuera a saciarse.

Sentirse deseada de ese modo fue como una droga para los sentidos de Maisie, por lo que protestó con un gemido cuando él se apartó. Él la tumbó sobre la roca antes de salir del agua y situarse entre sus piernas.

—Te he imaginado muchas veces así. Y aquí estás, con esta prenda

mínima que tentaría a un santo.

—Pues está bien que no lo seas —dijo ella con una sonrisa traviesa.

—Sí, porque a ningún santo se le permitiría verte así ni hacer esto.

Le lamió la parte superior del bikini y después tiró de él con los dientes hasta conseguir introducirse un pezón en la boca.

Ella arqueó la espalda gritando. Él se lo chupó durante largo rato gimiendo.

—*Dio mio*, *gattina* —exclamó cuando alzó la cabeza y contempló sus senos desnudos—. Quiero devorarte entera.

Le desató la parte superior del bikini.

Una gota de agua cayó sobre el pezón de Maisie. Él se la lamió y deslizó la boca por el torso hasta llegar a la braguita del bikini. Maisie le introdujo los dedos en el cabello mientras él le mordisqueaba el vientre.

Cuando le desató la prenda, ella ya estaba en pleno delirio. Alzó la cabeza y lo miró, antes de que él probara el centro de su femineidad.

La fuerza de su deseo la hizo moverse y él la siguió.

—Ahora, mira cómo gozo de ti.

El erotismo de sus palabras la acercó al borde del abismo. Jadeando, asintió y lo miró mientras ejecutaba círculos con la lengua que le produjeron aún más placer.

—Romeo, por favor, no puedo más.

—Claro que puedes.

Le separó más las piernas y continuó. Cuando ella comenzó a retorcerse, le puso la mano en el vientre y prosiguió.

—Ahora, Maisie —gimió él contra su carne inflamada, una eternidad después.

Con un grito de agonía, ella se dejó ir, liberándose con espasmos tan intensos que perdió la noción del espacio y el tiempo.

Capítulo 11

Ella abrió los ojos y lo halló tumbado a su lado acariciándole los labios mientras la miraba con una expresión particular.

—¿Qué?

Él la besó.

—Volviste embarazada a Palermo —dijo él acariciándole el vientre.

—Ahora tomo la píldora, si te refieres a eso. Me ayuda a regular la regla.

—No me refiero a eso, pero bueno es saberlo. Cambiaste de profesión y de vida. ¿Buscaste en algún momento a otro hombre para no estar tan sola?

Ella le acarició el cabello.

—No, Romeo, fuiste el último hombre con el que me acosté.

La mano masculina descendió de su vientre a sus muslos y él volvió a besarla. La mano de ella fue descendiendo por su cuerpo hasta cerrarse en torno a su masculinidad y comenzó a acariciarla.

Enseguida, él se puso un preservativo que sacó del bañador. Le separó las piernas y se las levantó dejando los brazos debajo de sus rodillas.

La miró a los ojos y la penetró.

—¡Oh!

Su gruñido de satisfacción masculina a Maisie le llegó al alma. Él comenzó a embestirla larga y lentamente. Cada gemido de ella parecía excitarlo más.

—Eres mía. Dilo —le exigió con voz ronca.

—Romeo…

—Quiero oírlo, Maisie —le exigió deteniéndose.

Algo se removió en el interior de ella, el profundo conocimiento de que, si lo reconocía, no habría vuelta atrás: se entregaría a él en cuerpo y alma.

Yo… —gimió cuando él volvió a moverse lentamente, lo cual la condujo al borde del éxtasis.

—¡Dilo!

—Soy tuya, tuya. Por favor… —le clavó las uñas en la espalda y se irguió para besarlo en la boca—. Por favor, Romeo. Soy tuya… Tómame —susurró.

Romeo se movió impulsado por sus palabras, por su húmedo calor

y por la caricia de sus manos en su piel. Quería más. Lo quería todo de ella. Se echó hacia atrás para mirarla a los ojos, para ver que hablaba en serio al decir que le pertenecía.

Y en sus ojos contempló una hermosa capitulación que hizo que algo duro y pesado se agrietara en su interior, iluminándolo y reduciendo su amargura por primera vez en su vida.

La embistió con fuerza, miró sus ojos, llenos de gozo, le soltó las piernas y la besó.

—Ahora, *gattina mia* —gimió al darse cuenta de que estaba a punto, también él, de alcanzar el clímax.

—Sí —respondió ella.

Después, comenzó a retorcerse bajo él y su sexo aprisionó el suyo en una serie de espasmos que lo lanzaron al abismo.

Romeo soltó un rugido y voló, consiguiendo a duras penas no aplastarla mientras se liberaba de manera tan intensa que, de haber creído en la existencia del paraíso, hubiera pensado que estaba en él.

Cuando volvió a la realidad, ella le acariciaba la espalda y le besaba la garganta.

Lo asaltó un recuerdo de cinco años antes en Palermo, la sensación de que la mujer que estaba debajo de él no era de aquellas con las que podía acostarse para luego abandonarlas. Estaba seguro de que por eso en Palermo se había ido a la mañana siguiente sin dejar rastro.

La había escuchado, abstraído, mientras ella le contaba sus sueños y sus esperanzas, porque él solo deseaba contarle que hacía una semana que había llegado a Palermo con la esperanza de que, por una vez en la vida, la mujer que lo había dado a luz lo mirara con un sentimiento distinto del odio; que había pasado una semana al lado de su cama esperando algo de afecto o de remordimientos por la forma en que lo había tratado.

Sin embargo, se había guardado sus pensamientos para sí, pero estaba seguro de que ella los había presentido y le había consolado con los mismos besos y caricias que en aquel momento.

Lo invadió la necesidad de abrirle su corazón, pero se contuvo. Ya le había hablado de su padre al hacerlo sobre Lorenzo, pero no de su madre.

La secreta vergüenza que lo oprimía no había desaparecido con el paso de los años. Después de haber enterrado a su madre, levantó un muro ante su dolor al saber que ella no podría volver a hacerle daño. Maisie había sido la única persona que había conseguido que los cimientos de ese muro se resquebrajasen. No le gustaba el poder que tenía sobre él. Le parecía un signo de debilidad.

Apartando esos inquietantes pensamientos de su mente, miró a

Maisie y se deleitó en su sonrisa.

—¿Debería asustarme esa sonrisa de suficiencia que esbozas? —preguntó ella, todavía algo aturdida a causa de la dicha.

Él volvió a excitarse. La magia del cuerpo femenino lo transportaba hacia el placer a toda velocidad. Se puso otro preservativo y cambiaron de postura, quedándose ella encima.

Con su largo cabello y su piel dorada, realmente parecía una sirena.

—Sí, porque estás a punto de convertir en realidad otra de mis fantasías.

Le agarró los senos y jugueteó con los duros pezones con los pulgares. Se excitó aún más al tiempo que observaba que ella aceptaba y se deleitaba en la nueva postura.

Ella halló rápidamente un ritmo placentero para ambos y comenzó una danza que los hizo gemir durante varios minutos.

Él le puso la mano en el centro de su femineidad y comenzó a acariciarla con destreza. Ella echó la cabeza hacia atrás al tiempo que le clavaba las uñas en el pecho y gritaba al alcanzar el clímax.

Él fue detrás, ansioso de volver a experimentar el placer anterior, de olvidarse de todas las esperanzas no cumplidas.

Sin embargo, Maisie en su cama y entre sus brazos era un anhelo que se había hecho realidad y al que pensaba aferrarse el máximo tiempo posible.

Maisie se despertó lentamente y fue tomando conciencia de la cama desconocida en que se hallaba y del cuerpo que estaba enredado en el suyo. Recordó vagamente que él la había llevado hasta allí desde la cascada.

Abrió los ojos e intentó no asustarse al darse cuenta de lo que había sucedido la noche anterior.

Había entregado a Romeo no solo su cuerpo, sino también su alma y su corazón. Y desde el principio supo que hacerlo sería su perdición.

Haberle dicho que era suya era una declaración que iba más allá del sexo: estaba enamorada de Romeo Brunetti.

Probablemente, se había enamorado el día en que él se le había sentado enfrente en el café de Palermo.

Se le hizo un nudo en el estómago al reconocer la verdad. Él era el motivo de que no hubiera hecho caso a ningún otro hombre y de que hubiese sido madre sin preocuparse de buscar otro padre para su hijo. No había tratado de sustituir a Romeo.

Respiró hondo al mirar su alianza matrimonial. Tenía que

prepararse para soportar la agonía que seguiría. Estaba segura de que amar a Romeo era correr un gran riesgo que acarrearía graves consecuencias.

—*Buon giorno, gattina*.

Los fuertes dedos masculinos le acariciaron el cabello.

—¿Qué te preocupa tanto para que la fuerza de tus pensamientos me haya despertado?

—Todo y nada —respondió ella tratando de ganar tiempo.

—Esa respuesta dejaría desconcertado a cualquier hombre. O lo haría ir a la joyería más próxima.

—¿Es así como tranquilizas a las demás mujeres con las que te acuestas?

—No sabía que necesitaras tranquilizarte. ¿Y si me dices en qué he metido la pata?

Ella apartó la mirada.

—No lo necesito y no has metido la pata. Lo siento, he vuelto a ser indiscreta.

Él la agarró de la barbilla y la miró pensativo.

—Es justo, ya que yo te he preguntado por tus pasadas relaciones.

—No necesito que me enumeres tus conquistas. Me he dado cuenta de que tienes un sano apetito sexual.

—¿Eso es lo que te preocupa? —preguntó él con una sonrisa traviesa.

Ella negó con la cabeza. No podía reconocerlo delante de él. Intentó cambiar de tema.

—¿Por qué me has traído a tu dormitorio? No esperaba despertarme aquí.

A él se le borró la sonrisa.

—¿Tú por qué crees?

—Creía que lo de anoche fue solo… Hablaba en serio al decirte que no quería que esto se complicara.

Ya era demasiado tarde.

Pero eso no implicaba que no pudiera salvar parte de su dignidad y proteger su corazón.

—¿Así que tu deseo ya se ha saciado y estás dispuesta a olvidarlo todo? —preguntó él en un tono peligroso.

—No esperaba que fuera más allá de anoche. ¿No es ese tu récord?

—Ya veo que volvemos a las conquistas pasadas.

—Romeo…

—Escucha. Lo sucedido anoche apenas ha afectado a la profundidad de mi deseo. Y, si eres sincera, reconocerás que a ti te pasa lo mismo. Te he traído a mi cama porque es donde debes estar.

Puedes protestar todo lo que quieras, y podemos volver a intentar evitarnos hasta volvernos locos, o puedes reconocer tus sentimientos y obtener lo que necesitas.

Ella abrió la boca para negar lo que había dicho él, para hacer lo correcto: volver a su habitación y a su cama dolorosamente solitaria y a más noches deseándolo.

Pero no pronunció palabra alguna porque hacerlo hubiera sido como cortarse las venas. Era cierto que le esperaba una vida de desolación cuando abandonara a Romeo, pero la tortura no tenía por qué empezar en aquel momento.

Lo miró.

—¿Vas a quedarte? —preguntó él.

Ella asintió lentamente.

Él procedió a demostrarle el verdadero significado de los buenos días y ella se entregó por completo a aquella incandescente sensación.

Cuatro mañanas después, Maisie seguía sonriendo sin hacer caso de la vocecita interior que le decía que era una estúpida.

Romeo y ella se levantaron y se ducharon juntos. La tensión sexual siempre estaba presente y ella empezaba a dudar que alguna vez desapareciera. Pero había una comodidad en la relación que la emocionaba.

Romeo la acompañó a su habitación para que se vistiera y se quedó en la puerta del vestidor mirándola mientras se ponía las braguitas, el sujetador y un vestido blanco.

Después de haberse calzado unas sandalias, ella lo agarró de la mano y salieron del dormitorio.

—¿Estás seguro? —preguntó ella.

—Sí, ha llegado la hora de decírselo.

Al llegar a las escaleras, ella lo miró y observó que, por primera vez, parecía nervioso.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras bajaban e iban a la cocina, donde se oía a Lucca hablar con Emily y Mahina.

Él ahogó una carcajada.

—No le digo todos los días a un niño de cuatro años que soy su papá.

Ella se detuvo, se puso de puntillas y le dio un beso que pretendía ser de apoyo.

Él la agarró de las caderas, la apoyó contra la pared y la besó con pasión. Se separaron varios minutos después, jadeando.

Ella le acarició la mejilla.

—Todo irá bien. Lucca te adora en la misma medida que tú a él.

—*Grazie*. Vamos allá.

Entraron juntos en la cocina.

Diez minutos después, en el despacho de Romeo, Lucca miraba a su padre desde el regazo de su madre.

—¿Eres mi papá?

Romeo tardó unos segundos en poder contestar.

—Sí.

Lucca se lanzó a sus brazos. Romeo lo estrechó contra sí y cerró los ojos. A Maisie, los suyos se le llenaron de lágrimas.

Padre e hijo siguieron abrazados una eternidad, todo lo que el niño aguantó antes de impacientarse.

Cuando se puso de pie miró a su padre.

—¿Puedo contárselo a Emily?

Romeo asintió.

—A quien quieras.

Lucca echó a correr hacia la puerta, pero se detuvo en seco.

—He deseado mucho tener papá. ¡Y se ha hecho realidad!

—Me alegro mucho.

Después de que su hijo hubiera salido del despacho, Romeo miró a Maisie y la levantó de la silla. Al ver que tenía lágrimas en los ojos, se las secó y la besó en los labios con dulzura.

—*Grazie*.

Ella se tragó el nudo que tenía en la garganta.

—Ya te dije que sería pan comido.

Él esbozó una deslumbrante sonrisa que la conmovió. Bajó la cabeza para que él no se diera cuenta.

—Tal vez debiera hacerte caso más a menudo —apuntó él.

—Tal vez debieras poner eso por escrito.

Él seguía riéndose cuando fueron a buscar a su hijo.

Lo celebraron con zumo y tortitas. Después pasaron al urgente tema de organizar la fiesta de cumpleaños de Lucca.

Al enterarse de que la familia Giordano llegaría a la isla dos días después, al igual que el resto de los inquilinos de las villas, y que Romeo quería dar una cena para todos ellos, Maisie se asustó.

La única fiesta que ella había dado había consistido en un trozo de tarta, sándwiches y niños corriendo y gritando.

Trató de sonreír cuando Romeo la miró.

—¿Qué te pasa? —le preguntó en cuanto estuvieron a solas.

—Nada… Nunca he dado una cena ni una fiesta de cumpleaños para el hijo de un multimillonario.

Él frunció el ceño.

—Sigue siendo el niño al que has criado. En cuanto a la fiesta, ya me he encargado de todo. Nos traerán la comida y vendrán cocineros

de Honolulú en avión para ayudar a los de aquí.

La ansiedad de ella aumentó.

—Entonces, no me necesitas para nada, ¿verdad?

Maisie se dio cuenta de que su reacción se debía a una ansiedad más profunda, derivada del hecho de que la vida de Romeo estuviera muy organizada y de que, aparte de en la cama, no la necesitara para nada más. Incluso Emily y Mahina podrían cuidar muy bien de Lucca, en el caso de que ella desapareciera.

—Maisie… —dijo él en tono de advertencia.

Ella se encogió de hombros.

—Creo que estoy de más. Apenas hago nada con Lucca, aparte de desayunar y a veces comer con él. Prefiere jugar con Emily o estar contigo.

Él la tomó entre sus brazos.

—Lo has tenido para ti sola casi cuatro años. Es comprensible que esta pequeña separación te haga sentir rara. Y dicha separación probablemente haya sido más pronunciada por el hecho de estar evitándome. Pero, si quieres que te demuestre que no estás de más, dímelo.

Ella lo miró a los ojos y una chispa saltó en su interior acompañada de una oleada de desolación. El sexo con Romeo era increíble, pero, para él, solo era eso: sexo.

Así que, cuando él la besó, ella le respondió con una tristeza que le llenó los ojos de lágrimas.

El móvil de él sonó justo cuando las lágrimas iban a rodarle por las mejillas y a traicionarla, por lo que respiró aliviada.

—Lo siento, es Zaccheo. Tengo que contestar.

Ella se apresuró a ir al salón. Lo primero que se le ocurrió fue ir a buscar a Lucca. Lo encontró en el cuarto de los juguetes y lo abrazó. Cuando él le pidió que le leyera un cuento, ella lo complació.

Se lo estaba leyendo por quinta vez cuando entró Romeo.

Ella se levantó, sobresaltada, al contemplar su rostro furioso.

—¿Qué pasa?

—Zaccheo y Eva llegan mañana.

Un día antes de lo previsto.

—¿Por qué?

—Porque se han visto obligados por la situación en Palermo. Ya es hora de acabar con esto antes de que se nos escape de las manos.

Capítulo 12

La primera impresión que a Maisie le causó Zaccheo Giordano la hizo entender por qué Romeo y él eran tan buenos amigos.

Tenía la misma energía implacable que Romeo, que demostró claramente al bajarse del coche y estrechar la mano de su amigo.

Su intensidad disminuyó notablemente cuando ayudó a su embarazada esposa a subir los escalones que llevaban a la villa.

Eva Giordano era muy guapa. Llamaba la atención su rubia cabellera, que contrastaba notablemente con sus cejas oscuras y sus ojos verdes.

A pesar de que era evidente que había mucho amor entre ellos, Maisie percibió cierta tensión, que quedó explicada cuando se hubieron hecho las presentaciones y Romeo abrazó a Eva.

—Siento que hayamos llegado antes, pero o veníamos aquí o íbamos a Palermo —dijo ella lanzando una mirada irritada a su marido—. Al final, votamos de forma unánime venir aquí, ya que me negué a quedarme sola mientras este cavernícola —indicó con un gesto a su esposo— iba a Palermo a enfrentarse a Carmelo y a Lorenzo.

Zaccheo masculló algo sobre la intransigencia de las mujeres y corrió a buscar a los gemelos, que se habían escapado de la niñera.

Eva miró a Lucca.

—¡Hola, precioso!

Su sonrisa pareció cautivar a su esposo, que dejó de refunfuñar y se puso a su lado mientras le acariciaba el hinchado vientre.

Maisie sonrió y convenció a Lucca de que saliera de detrás de sus piernas. Al cabo de unos minutos, él y los gemelos estaban explorando el cuarto de los juguetes.

Mahina sirvió bebidas en la terraza, pero la tensión volvió a aumentar cuando se hubo marchado.

—¿Qué quería Carmelo de ti? —preguntó Romeo a su amigo.

—Sus ridículas exigencias son las mismas que te planteó Lorenzo a ti. A ambos les aterroriza que uno de ellos consiga más poder que el otro. Pero tuvo la desfachatez de amenazar a mi familia, y eso no voy a tolerarlo.

Eva puso los ojos en blanco.

—¿Te das cuenta de que pareces un gánster de una mala película norteamericana? Tienes un verdadero ejército que nos protege a los

niños y a mí cuando no estás, y la afirmación de Carmelo de que le debes lealtad porque tu padre fue su lugarteniente antes de pasarse al bando del padre de Romeo es muy endeble. ¿Cómo sabemos siquiera que es verdad? —miró a Romeo—. Además, sé que vosotros dos tenéis suficientes pruebas contra él para meterlo en la cárcel.

Romeo negó con la cabeza.

—He hablado con mis abogados. No tenemos pruebas sólidas, sino circunstanciales. Yo solo fui testigo de la paliza que dieron al padre de Zaccheo. Seguía vivo cuando me echaron de la casa de Fattore. Tenemos que poseer pruebas incontestables de que las manos de Lorenzo están manchadas de sangre.

—Entonces, ¿qué alternativa hay? ¿Un duelo al amanecer a los pies del monte Etna? —preguntó Eva.

Romeo no contestó. Maisie se asustó ante su expresión decidida.

—No estarás pensando en volver a Palermo, ¿verdad? —le susurró.

Cuando sus miradas se encontraron, la de él era despiadada.

—Es mi única opción. No tolero la idea de que mi hijo viva con miedo.

Zaccheo estuvo de acuerdo y agarró la mano de su esposa cuando ella comenzó a protestar.

Maisie trató de no sentirse excluida cuando los tres comenzaron a discutir en italiano.

Cuando Eva bostezó, Zaccheo la acompañó al interior de la casa.

Maisie, como no podía ponerse a hablar de cosas triviales al saber que Romeo solo tenía sitio en su corazón para su hijo, no para ella, se levantó de un salto.

—Voy a ver a los niños.

Él la detuvo agarrándola de la mano.

—¿Te molesta que vaya a enfrentarme a Lorenzo?

—¿Acaso lo que yo opine va a hacerte cambiar de idea? Creía que ibas a explorar otras vías, no el enfrentamiento directo.

—Sospechaba que su actitud moderada era mentira, como así ha sido. Tiene un plan de extorsión, que probablemente hayan tramado entre Carmelo y él. Sea lo que sea, tengo que acabar con ello de una vez por todas.

Ella intentó soltarse, pero él la retuvo.

—Puesto que ya has tomado una decisión, da igual lo que opine.

—*Gattina*…

—No me llames así.

—¿Ahora también tienes problemas con el nombre?

—No, pero solo lo empleas cuando intentas domesticarme.

—Si eso fuera verdad, las marcas físicas y psicológicas que me has

dejado demostrarían que he fracasado.

Ella tiró de la mano y se soltó.

—Y lo seguirás haciendo, porque no dejaré que me domestiques nunca más.

—¿Crees que eso es lo que he estado haciendo?

—¿Qué has estado haciendo, aparte de rebatir todas mis objeciones a que te salieras con la tuya desde que conociste a Lucca? —contraatacó ella.

—Es mi hijo. Sabías que lo reclamaría. ¿No pensabas que haría lo que estuviera en mi mano para ofrecerle todo lo que a mí me negaron?

—Sí, pero ¿qué clase de madre hubiera sido si me hubiera negado a lo que me hiciste creer que sería la única cosa que salvaría a nuestro hijo?

—¿Ya no crees que sea cierto?

—Accedí a que nos casáramos porque nos protegería mientras hallabas una solución razonable al problema. Ahora me dices que planeas una especie de venganza, por lo que me pregunto si este matrimonio ha merecido el sacrificio que he tenido que hacer, cuando el resultado va a ser distinto. ¿No hubiera sido mejor que me quedara en Ranelagh con mi hijo mientras tú jugabas a los dados con la muerte?

Él la miró con amargura.

—¿Así que lamentas que nos hayamos casado? —preguntó en tono glacial.

—Dime la verdad, Romeo, ¿era necesario que te casaras conmigo?

—Sí.

—¿Para salvar a Lucca de Lorenzo o para darle tu apellido? —preguntó ella con el corazón desbocado.

—En aquel momento, las dos cosas no se excluían mutuamente.

—¿Así que no exageraste una para conseguir la otra?

Él se levantó bruscamente y se aproximó a la barandilla de la terraza. Al cabo de unos minutos se volvió.

—Tienes razón, tendría que haberlo meditado más.

Maisie reprimió un grito. Sabía que era una estúpida al esperar que le dijera que su matrimonio no había sido un error, que era algo más que un modo de garantizar la seguridad de Lucca y que, a pesar de cómo había comenzado, merecía la pena salvarlo.

Al igual que cinco años antes, Romeo había cometido un error con ella. Y se arrepentía de él. Solo que en aquel momento se lo había dicho a la cara y no había dejado que fuera su ausencia la que hablara por él.

Se oyeron pasos y Zaccheo volvió. Ella le dirigió una sonrisa forzada.

—Voy a ver a los niños.

Salió de la terraza ciegamente, sin saber adónde iba, con el piloto automático puesto. Al llegar a la habitación vio que Emily y la niñera de los Giordano ya habían acostado a los pequeños.

Se acercó a su hijo y le acarició el cabello. Él la miró con cariño durante unos segundos, antes de volver a prestar atención a sus nuevos amigos.

Sintiéndose perdida, Maisie salió. Trató de no derrumbarse al darse cuenta de que había acelerado su separación de Romeo con aquella última conversación.

Con el corazón desgarrado por saber que no pasaría otra noche en la cama de Romeo, entró en su dormitorio. Se tumbó en la cama sollozando, avergonzada porque sabía que estaría dispuesta a perder su dignidad por pasar otra noche con él.

Darse cuenta de hasta dónde estaba dispuesta a llegar le arrancó sollozos más profundos, hasta quedar exhausta.

El sol se estaba poniendo, por lo que debía levantarse y vestirse para la cena.

Mientras se duchaba, se preguntó si se atrevería a mirar a Romeo. Pero ya no había vuelta atrás ni lugar donde esconderse: Romeo no la amaba ni lo haría nunca. Lo único que le interesaba era su hijo.

Tendría que pasar como pudiera los días siguientes y marcharse de la isla cuando lo hiciera él. Si Romeo quería seguir protegiendo a su hijo, que lo hiciera en Ranelagh. Y ella seguiría adelante y aprendería a vivir con el dolor.

Se vistió, se aplicó maquillaje suficiente para disimular la hinchazón de los ojos y salió. Se encontró con Eva que salía de su habitación y le sonrió.

—¿Ibas a ver a Lucca? Podemos leerles un cuento a todos juntos y tardaremos la mitad —dijo Eva sonriéndole a su vez.

Así lo hicieron hasta que se quedaron dormidos.

En el salón, los hombres estaban tomándose un whisky. Romeo sirvió un agua mineral a Eva y una copa de champán a Maisie. Se la dio sin que su rostro manifestase expresión alguna.

—Siento haberme quedado medio dormida antes —le dijo Eva a Maisie—, pero estos dos no me han dejado dormir en el avión con sus incesantes patadas.

—¿Vas a tener gemelos otra vez? —preguntó Maisie, sorprendida.

—Parece que es cosa de familia por parte de ambos. Mi bisabuela tuvo una hermana gemela, y también lo tuvo el abuelo de Zaccheo.

Este dejó de hablar en voz baja con Romeo, se acercó a su esposa y se sentó a su lado.

Comenzaron a hablar de niños. Romeo se mantenía en un obstinado silencio que solo rompía para dar su opinión con brusquedad cuando Eva lo obligaba.

Durante la cena, los hombres hablaron de negocios y Eva intentó conversar con Maisie, que se concentró en no sollozar cada vez que miraba a Romeo.

Era lamentable que, sabiendo que solo había sido un juguete para él mientras conocía a su hijo, sintiera que el mundo se le hundía cada vez que recordaba que al cabo de pocos días se separarían para siempre.

—¡Por Dios! —exclamó Eva—. ¿Por qué no solucionamos eso de una vez? ¿No veis cómo le afecta a Maisie?

Ella alzó la cabeza bruscamente y vio que Eva fulminaba a su esposo con la mirada.

—No te disgustes, cariño —dijo este—. Todo está controlado.

Eva soltó un bufido.

—¿Cómo podéis a veces estar tan ciegos los hombres? ¿No veis que nos estamos consumiendo? Díselo, Maisie.

Ella frunció los labios.

—Lo siento, pero parece que ya no tengo voto.

Eva lanzó un suspiro.

—No te enfades, Eva —dijo su esposo.

—Pues dejad de portaos como cavernícolas —lanzó la servilleta sobre la mesa—. Maisie y yo vamos a dar un paseo. Os dejamos a solas para que reflexionéis sobre lo acertado de lo que queréis hacer.

La excusa para librarse de la opresiva presencia de Romeo fue bien acogida por Maisie. Se levantó y agarró el brazo que le ofreció Eva mientras se quitaba los zapatos. Ella la imitó y salieron.

—Me han dicho que hay una cascada por aquí. Me gustaría verla.

—¿Te importaría que no fuéramos allí? —le rogó Maisie, incapaz de soportar la idea de volver al lugar donde Romeo y ella habían hecho el amor. Supo que se había delatado al ver la expresión de Eva.

—Desde luego. Vayamos a la playa.

Caminaron en silencio hasta que Eva lo rompió.

—Llega un momento en que tienes que agarrar el toro por los cuernos. Los hombres a veces son muy obtusos. Incluso los muy inteligentes, millonarios y dirigentes de grandes empresas son incapaces de ver lo que tienen delante de las narices.

—Eso no pasa entre Romeo y yo.

—Puede que no, pero me he visto en tu misma situación y conozco

el dolor que experimentas. Tardé semanas en recuperar la cordura. Pero hay algo entre Romeo y tú. Tuviste un hijo suyo hace cuatro años y se ha casado contigo a los dos días de volverte a ver.

—Por Lucca.

Eva hizo un mohín.

—Me casé con Zaccheo porque creí que no tenía alternativa. Pero en mi fuero interno sabía que la tenía. Las cosas suceden por un motivo, pero lo que importa es el resultado. Hay que luchar por lo que uno quiere, aunque parezca que no haya esperanza.

—No creo que no haya esperanza: sé que no la hay.

—De acuerdo. Lamento haber sido indiscreta. Solo te diré que nunca he visto a Romeo así, ni siquiera hace cinco años, cuando su madre…

Eva se calló bruscamente y apretó los labios.

—Sucedió algo malo que lo obligó a ir a Palermo, ¿verdad?

—Solo puedo decirte que entonces terminó un doloroso capítulo de su vida. Pero no lo vi tan afectado como lo está ahora.

Maisie negó con la cabeza.

—Es por Lucca —insistió mientras llegaban a la playa.

Eva asintió sonriendo antes de subirse el vestido.

—Probablemente me lo estropearé, pero como mi esposo no me deja bañarme en el mar hasta que nuestros hijos hayan nacido, y últimamente está insoportable, voy a darme un chapuzón.

Maisie sonrió.

—Te puede ver desde la villa.

—Habré salido del agua antes de que llegue.

Maisie decidió no oponerse. El agua no era profunda, pero la estuvo vigilando al tiempo que intentaba no pensar en lo que le había dicho.

No merecía la pena. Romeo se lo había dejado muy claro. Y, si parecía en estado de shock, probablemente fuera porque no pensaba que ella se enfrentaría a él sobre aquel asunto.

Al cabo de unos minutos, se metió también en el agua.

Capítulo 13

Romeo no alzó la vista cuando llegó su amigo, pero le aceptó el whisky doble que le tendió.

—Seguro que tu esposa te vuelve tan loco como Eva a mí —afirmó Zaccheo.

Romeo se bebió la mitad del vaso.

—No es mi esposa.

—El anillo que llevas en el dedo y la expresión de pesar de tu rostro indican lo contrario, *mio fratello*.

Romeo sintió una opresión en el pecho ante ese término de afecto. Aunque habían estado juntos solo un mes en la infancia, no había olvidado a aquel niño. Redescubrir el vínculo de hermandad en la edad adulta había hecho creer a Romeo que no estaba completamente solo en el mundo. Pero en los últimos tiempos había comprendido que había distintos tipos de soledad.

Por ejemplo, la soledad del corazón.

Aunque la amistad de Zaccheo hubiera conquistado parte de su alma, se había dado cuenta, con creciente horror, de que no era suficiente.

—El anillo no significa nada. Maisie no quiere seguir casada conmigo —apuntó antes de beberse el resto del whisky. Su amigo le sirvió otro.

—Tal vez debieras escuchar lo que tenga que decir.

—Ya me lo ha dicho con mucha claridad y la he oído.

Aunque deseaba no haberlo hecho y haber pospuesto aquel momento de rechazo un poco más.

¿Para qué? ¿Para seguir viviendo en aquel falso paraíso?

—He aprendido con esfuerzo que no es lo mismo oír que escuchar —observó Zaccheo.

—Pareces una anciana dando consejos.

—Búrlate lo que quieras, pero pronto aprenderás la diferencia.

Acostumbrado a las sólidas opiniones de su amigo, Romeo se preguntó si se estaba volviendo estúpido.

—¿Qué vamos a hacer con respecto a Palermo? —preguntó Zaccheo—. Tenemos que resolverlo antes de que Eva decida que ella tampoco quiere seguir casada conmigo.

—Las absurdas exigencias de Fattore fueron el comienzo de todo. Eva tiene razón: tienes que quedarte con ella y tus hijos en Nueva

York. Yo me encargaré de Lorenzo y Carmelo.

A pesar de que estaba agradecido porque su hijo había pasado a formar parte de su vida, no consentiría que aquella pesadilla continuase.

Tenía que dar una lección al lugarteniente de Fattore.

—Tendría que haber hecho caso a mi instinto y haber cortado las alas a Lorenzo hace mucho, en vez de dejar que continuara con sus tonterías.

—Necesitabas tiempo para saber de lo que era capaz.

—Ya lo sé.

Le sonó el móvil y miró la pantalla. Hablando del rey de Roma…

—Lorenzo —le hervía la sangre—. Me has ahorrado una llamada.

—*Bene*. Espero que tengas buenas noticias. Te guste o no, estás unido por lazos de sangre a *famiglia*. No puedes darle la espalda ni a ella ni a tu padre.

Romeo tenía ganas de darle un puñetazo a algo. Consiguió controlarse y miró a Zaccheo.

El hombre al que consideraba su único amigo también tenía una expresión airada, pero ambos sabían que no querían verse implicados en una guerra mafiosa, sino acabar con aquello de una vez por todas.

Romeo endureció la voz para que no hubiera ninguna duda sobre sus intenciones.

—Insistes en restregarme por las narices mis orígenes cuando te conviene. Pues lo has conseguido: llegaré a Palermo dentro de tres días, pero te prometo que no va a gustarte lo que te diré.

Finalizó la llamada y tiró el móvil al sofá. Iba a tomarse el whisky cuando se fijó en que Zaccheo, que miraba la playa por la ventana, estaba tenso. En cuestión de segundos, la expresión de incredulidad de su amigo se transformó en desconcierto.

—*Madre di Dio*! ¿Qué están…?

Romeo siguió su mirada y se quedó horrorizado.

—Sí, están bañándose.

Y Maisie estaba muy dentro, casi en el punto en que la profundidad aumentaba peligrosamente.

—*Porca miseria*, solo a mi esposa se le ocurre bañarse en el océano Pacífico, completamente vestida y embarazada de cinco meses de gemelos.

Ambos echaron a correr hacia la puerta. Llegaron a la playa al cabo de unos minutos, justo cuando Eva salía del agua. Parecía exhausta, a pesar del entusiasmo que reflejaba su rostro, que se transformó en aprensión cuando su esposo la miró.

—Zaccheo…

—Más te vale no decir ni una palabra —le advirtió él, antes de tomarla en brazos y alejarse a grandes zancadas de la playa.

Romeo, que se había quedado algo rezagado, pasó a su lado corriendo al tiempo que se iba quitando los zapatos y los calcetines. La chaqueta y la camisa se habían quedado por el camino. Se lanzó al agua y nadó hacia Maisie, a la que alcanzó al cabo de unos minutos. Ella lo miró sorprendida.

—¿Qué haces aquí? ¿Eva está bien?

—¿Qué demonios haces?

—Me parece que es obvio —Maisie miró hacia la orilla con expresión ansiosa—. ¿Está…?

—Sí, Eva está bien, aunque no sé cómo se le ha ocurrido bañarse en su estado.

—Nada muy bien, y hemos estado juntas hasta que ha decidido salir. La he estado vigilando.

—¿Desde aquí, cerca de donde se forman peligrosas corrientes?

—¿No te había dicho que gané un campeonato regional de natación? Por desgracia, no llegué al campeonato nacional. Uno de mis muchos fallos, supongo —afirmó ella con amargura.

—¿Así que pensaste añadir otro más a esa lista imaginaria llevando un vestido que, totalmente empapado, te añade diez kilos de peso? —preguntó él en tono desdeñoso.

Ella apartó la vista, y él hubiera jurado que se había sonrojado antes de que su rostro reflejara una profunda tristeza.

—No exactamente.

La agarró de los hombros y la giró hacia la orilla.

—Vuelve.

Ella alzó la barbilla.

—¿Y si no lo hago?

A pesar de las emociones que lo embargaban, de la agonía de saber que Maisie no quería estar con él, el fuego de sus ojos lo excitó.

—O vuelves nadando o te saco a la fuerza.

—Romeo…

—Aunque tengas prisa por que nuestro matrimonio se acabe, no vas a conseguirlo ahogándote de forma estúpida.

Ella lo miró con la boca abierta, se giró bruscamente y nadó hacia la playa antes de que él tuviera la certeza de que había lágrimas en sus ojos. Nadaba con fuerza y rapidez, teniendo en cuenta su atuendo. Él la siguió y salió primero. Fue a la cabaña donde se guardaban toallas limpias y agarró dos.

—¡No tenías derecho a decirme eso!

Romeo se quedó inmóvil.

—¿Qué llevas puesto? ¿Dónde está lo que falta del vestido? ¿Y no tengo derecho a decirte qué? —farfulló, incapaz de apartar la vista de su cuerpo.

—A decir que quería ahogarme.

—No he dicho que quisieras hacerlo, pero no me imaginaba que pudieras tener tan poco cuidado, aunque, al mirarte, me doy cuenta de que estaba equivocado.

La parte inferior del vestido había desaparecido y Maisie solo estaba cubierta por unas braguitas de encaje. Y la parte superior se le adhería a la piel. Romeo se preguntó cuánto resistiría antes de que la intensidad del deseo hiciera que le temblaran las piernas.

—¿Te importa decirme qué le ha pasado al vestido?

Ella señaló la arena.

—La falda está por ahí. Se une a la parte superior con una cremallera. Ya ves que no soy tan tonta como te imaginas. No planeaba ahogarme ni accidental ni deliberadamente. Entre otras cosas, quiero mucho a mi hijo para hacerlo.

Romeo quiso preguntarle qué cosas eran esas, y si lo incluían, pero, por primera vez en su vida, no satisfizo su deseo de saber, pues su mente se aferraba a que ella no le hubiera corregido sobre la necesidad de acabar con su matrimonio.

De pronto, lo invadió un gran cansancio.

—¿Vas a quedarte ahí plantado toda la noche o me vas a pasar una de las toallas? —preguntó ella con voz tensa.

Él fue a tendérsela, pero se detuvo y la miró a los ojos.

—No eres una fracasada.

—¿Qué? —dijo ella alzando la cabeza.

—En el agua has dicho que habías fracasado en muchas cosas.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Y lo he hecho. Por ejemplo, fracasé en el intento de que mis padres me quisieran.

Su dolor lo golpeó con fuerza.

—Eso es culpa de ellos, no tuya. Me ha costado aprender que, a pesar de tu buena voluntad, no puedes hacer que alguien te quiera si es incapaz de hacerlo.

Romeo negó con la cabeza mientras le frotaba el cabello con la toalla.

—Has tenido éxito en todo lo que te apasiona —añadió.

Ella bajó los párpados y se rio mientras trataba de quitarle la toalla.

—Ojalá pudiera estar de acuerdo contigo, pero, por desgracia, las pruebas indican lo contrario. Por ejemplo, aunque insistes en

denominar «matrimonio» a nuestra relación, ¿lo es de veras? ¿O solo he sido un cuerpo para calentarte la cama mientras conocías a tu hijo?

Él bajó los brazos.

—Maisie…

—No quiero oír tus excusas. En cuanto supiste de la existencia de Lucca, lo quisiste para ti, con independencia de lo que se interpusiera en tu camino. Me subiste al carro porque era lo más fácil para ti.

Él retrocedió un paso y, sin poder remediarlo, contempló su hermosa espalda y sus prietas nalgas.

—¿Fácil? ¿Crees que algo de esto lo ha sido? —negó con la cabeza, asqueado consigo mismo—. Voy a tientas en la oscuridad fingiendo que todo lo hago bien, cuando la realidad es que me horroriza arruinarle la vida a un niño de cuatro años. Y puedes creerte que soy muy capaz de hacerlo. Sin embargo, tú tienes la respuesta a todas sus preguntas, sabes lo que quiere incluso antes de que lo sepa él. Y sí, me he servido de tu devoción hacia él para conocerlo. Puedes condenarme por ello, pero nada de esto me ha resultado fácil.

Ella bajó la cabeza con un suspiro de derrota. Él se dijo que debía recordar que iba a marcharse y a llevarse con ella lo único parecido a una familia que había conocido en su vida. Lo había enseñado a volver a tener esperanza, a volver a soñar, pero ella había destruido ese sueño con unas cuantas palabras.

Romeo intentó recordarlo.

Pero, sin poderlo evitar, le rozó la nuca con los labios. La idea de que se fuera a marchar, de no poder volver a besarla, lo hizo olvidarse de todo salvo de aquel momento.

—Maisie…

Ella percibió el ruego en su voz. Él deslizó los labios por sus hombros y su espalda con ansiedad. Ella se estremeció.

—Romeo, por favor…

Él cayó de rodillas y la giró hacia sí.

—*Tesoro mio,* no me lo niegues.

Quiso decir más, vaciarse de las palabras que encerraba en su interior, sin resultado. Pero se lo demostraría.

La agarró por las caderas y le besó el vientre, donde su hijo había crecido. Ella gimió suavemente. Él le lamió y ella lo agarró de los hombros.

Romeo le echó las braguitas a un lado y aplicó la boca a su sexo acariciándolo con la lengua.

—¡Romeo!

Ella le clavó las uñas mientras él pensaba que tal vez pudiera hallar la salida de aquel campo de minas que amenazaba con alterar

su vida. Se empleó a fondo en procurarle placer con la esperanza de que le reportara algo más, algo duradero.

Ella gritó y se derrumbó sobre él mientras se estremecía. Romeo se incorporó y la tomó entre sus brazos y vio su mirada aturdida y vacía. Se le hizo un nudo en el estómago.

Sin hacer caso de esa mirada, la ayudó a ponerse la falda y la tomó en brazos para llevarla a la villa.

—Puedo andar, Romeo —dijo ella con voz tensa.

—Estoy comportándome de acuerdo a mi reputación de cavernícola.

—Pues estás actuando para la audiencia equivocada. A mí no tienes que demostrarme nada.

—¿En serio?

Ella negó con la cabeza, pero no lo miró.

—Creo que nos entendemos perfectamente.

Él quiso decirle que no entendía nada, que creía que en la cascada, antes de hacer el amor, había comenzado algo sobre lo que seguir construyendo. Pero su expresión agresiva lo detuvo.

Al llegar a la villa se dirigió a su dormitorio. Dejó a Maisie en el suelo y cerró la puerta.

—¿Por qué me has traído aquí? —preguntó ella.

Su mirada acusadora lo desgarró por dentro, pero decidió no reaccionar ante ella. La atrajo hacia sí.

—Contéstame, Romeo.

—Calla, *gattina*, déjate llevar —le rogó él sin avergonzarse, un ruego que lo retrotrajo a otra época y otro lugar en que había rogado con la misma desesperación.

Fue la noche en que su madre le había empaquetado sus escasas pertenencias en una vieja bolsa y le había dicho que lo mandaba con su padre.

Alterado por los recuerdos, pegó su boca a la de ella buscando el bálsamo que suavizara su alma.

Ella, sin responderle, lo empujó para apartarlo. Él gimió de frustración al darse cuenta de que la batalla ya estaba perdida.

—Para, por favor, no deseo esto.

—¿Esto?

Ella rehuyó su mirada.

—A ti. No te deseo.

Lleno de amargura, él insistió.

—Eso es mentira. Te lo demostré una vez y puedo volver a demostrártelo las veces que sea necesario.

Ella negó con la cabeza.

—Fue simplemente sexo, nada más.

—Entonces, ¿te refieres a que no me quieres a mí, al hombre?

Ella acabó por mirarlo.

—Eres un padre estupendo y estoy segura de que le ofrecerás a Lucca apoyo y una serie de oportunidades con las que yo solo puedo soñar. Pero no puedo quedarme contigo. Cuando se marchen nuestros huéspedes, volveré a Irlanda con Lucca. Lo siento, pero esto ha sido un error.

Comenzó a quitarse los anillos. Él la agarró de las manos sin darse cuenta.

—¡No te los quites!

Los ojos de ella reflejaron un dolor que le dio a entender lo mucho que le costaba estar allí, con él. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—No puedo…

—Sé que mi opinión no cuenta para ti, pero piensa en nuestro hijo. Mañana es su cumpleaños. ¿Vas a estropeárselo?

—Claro que no.

—Entonces, espera. Hazlo por él.

Maisie volvió a ponerse los anillos. Él se obligó a soltarla.

—Hasta mañana —murmuró ella.

Romeo no respondió. Intentaba explicarse lo que le sucedía. Oyó que la puerta se cerraba y se acercó a la ventana. Reflejada en ella vio la cama de la que se habían levantado aquella mañana y detestó la idea de tener que dormir solo en ella.

Se metió en la ducha y dejó que el agua le cayera en la cabeza, pero no consiguió borrarse el rostro de Maisie ni sus palabras.

«No puedo quedarme contigo».

Al menos, sus palabras no habían sido tan duras como las que le había dicho su madre antes de dejarlo en la puerta de Agostino Fattore.

Al menos, esa vez no pasaría hambre ni malviviría.

La actuación de Maisie al día siguiente fue merecedora de un premio. Mientras no dejaba de sonreír y de sacar fotos a su hijo en la fiesta de cumpleaños, pensó en llamar a sus padres y decirles que debieran haberla matriculado en una escuela de arte dramático.

Estuvo al lado de Romeo mientras él ayudaba a un entusiasmado Lucca a cortar la cinta que inauguraba oficialmente el estanque de los patos. Después lo miró a los ojos y le sonrió mientras ayudaban a su hijo a soltar los cincuenta globos atados al puente que había en medio del estanque. Incluso consiguió reírse cuando se bautizó a dos cisnes

en actitud amorosa con los nombres de Romeo y Maisie.

Cuando hubo acabado la fiesta y los niños ya estaban acostados, se retiró a su habitación, se duchó y se preparó para la cena.

Estuvo al lado de Romeo para recibir a las dos parejas que se habían quedado en la isla porque Romeo confiaba en ellas.

Supervisó la comida y el servicio y evitó en todo momento estar cerca de Romeo más de unos minutos.

Por suerte, Eva y su nuevo embarazo de gemelos pronto acapararon la atención general.

En cuanto se hubieron marchado los últimos invitados, Maisie se dirigió a la puerta.

Romeo se interpuso en su camino.

—Te has portado muy bien en la fiesta.

—Gracias.

Él la miró durante unos segundos antes de apartarse.

—Buenas noches.

Ella no pudo responderle porque tenía un nudo en la garganta. Se apresuró a marcharse al tiempo que intentaba convencerse de que deseaba que él no la siguiera.

Cuando llegó a su habitación supo que se estaba mintiendo.

Capítulo 14

Dos días después se marcharon de la isla. Lucca estaba consternado por tener que dejar a sus queridos patos. Aunque se consoló un poco al pensar que volvería al estanque de Ranelagh, Maisie sabía que habría más lágrimas cuando se enterara de que su padre no se quedaría con él.

Era algo que la preocupó durante el vuelo, mientras jugaba con su hijo. Trató un par de veces de entablar conversación con Romeo sobre el plan de visitas, pero él le dijo que ya hablarían más adelante y siguió con sus interminables llamadas telefónicas.

Tras una conversación particularmente acalorada, a Maisie le quedó claro que volvería a Palermo. Se le cayó el alma a los pies ante la idea de que regresara al lugar donde lo había pasado tan mal.

Estaba tratando de recuperarse cuando él hizo una pausa para comer y jugar con Lucca. Después, de vuelta a su asiento, se detuvo junto al de ella y le dijo:

—Estoy acondicionando mi piso de Londres para que sea seguro para un niño y estoy buscando piso en Dublín. Cuando Lucca esté conmigo, Emily vendrá a ayudarme. ¿Estás de acuerdo?

Ella asintió.

—No voy a negarme a que lo veas. Solo necesito que me avises con un plazo prudencial cuando vayas a venir.

—Muy bien.

Romeo regresó a su asiento y no volvió a dirigirle la palabra hasta que aterrizaron.

Como Maisie había previsto, Lucca se puso histérico al saber que su padre se marchaba. Con un nudo en la garganta contempló que Romeo lo abrazaba y que le aseguraba que no tardarían mucho en volver a verse. Al cabo de unos minutos, el niño se calmó y Romeo se acercó a ella y le entregó a su hijo.

—Te llamaré dentro de unos días, de una semana como mucho, para concertar una cita para verle. Y a él lo llamaré esta noche.

—De acuerdo.

Romeo volvió a mirar a su hijo, se dio la vuelta y subió de nuevo al avión.

Maisie se quedó inmóvil mientras pensaba que su matrimonio acababa en aquel preciso instante, en un soleado día de verano en Dublín.

Romeo desapareció de su vista y Lucca rompió a llorar. Ella lo montó en el coche que los esperaba y se sentó a su lado.

El sol seguía brillando cuando llegaron al restaurante. Incapaz de entrar, Maisie saludó con la mano a Lacey, que la miraba con la boca abierta, y subió a su piso.

Menos de una hora después, llamaron a la puerta.

Era Bronagh, que se esforzaba en fingir que no le sorprendía verla.

—Acabo de acostar a Lucca. ¿Quieres un té?

—Me parece que necesitas algo más fuerte —Bronagh le tendió una botella de vino.

A la tercera copa, Maisie ya se había derrumbado y le había contado todo.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó su amiga.

—No te preocupes, por favor, no voy a volver a hacerme cargo del restaurante. Para serte sincera, me vendrá bien un descanso.

—No me refería a eso, sino a qué vas a hacer con respecto a Romeo.

Maisie frunció el ceño.

—¿A qué te refieres? Se ha acabado.

—¿Lo crees en serio? Por lo que me has dicho, no tenía que casarse contigo forzosamente. Estamos en el siglo XXI y tiene suficiente dinero para contratar un ejército que os proteja a Lucca y a ti sin necesidad de ponerte un anillo en el dedo —indicó la mano de Maisie con un gesto de la cabeza—. ¿Sigues llevando los anillos? ¿Y él los suyos?

Maisie asintió distraídamente.

—¿Qué quieres decir?

Bronagh se encogió de hombros.

—Que las cosas no parecen estar tan claras para ser dos personas que pretenden arrojar la toalla.

—Yo no… Él solo quiere sexo —Maisie se ruborizó y bebió más vino.

—Desde luego. El sexo es la forma más sencilla de ocultar emociones más profundas —Bronagh le puso la mano en el brazo—. No has tenido mucho amor en tu vida, pero él tampoco. Uno de los dos debe atreverse a rascar la superficie.

—¿Por qué tengo que hacerlo yo? —le espetó Maisie—. Que crea que soy una gata salvaje en la cama no implica… ¡Por Dios, no debería haber dicho eso!

Bronagh se echó a reír y se levantó.

—Creo que el desfase horario y el vino te están surtiendo efecto. Ve a acostarte.

Maisie abrazó a su amiga y se acostó. Al cabo de tres horas seguía

sin poder conciliar el sueño.

No dejaba de darle vueltas a lo que le había dicho Bronagh.

Aunque no creía que hubiese malinterpretado la conversación que había mantenido con Romeo, ¿cabía la posibilidad de que hubiera pasado por alto otras posibilidades?

¿Podía conseguir que Romeo la quisiera? Aunque él hubiera afirmado que no sabía lo que era el amor, Maisie había visto lo que sentía por su hijo. Y Romeo no había rechazado el amor que le profesaba Lucca.

Sin embargo, tenía que ser precavida y no hacerse demasiadas ilusiones.

Cuando volviera Romeo el siguiente sábado, sacaría el tema y vería su reacción.

Pero Romeo no volvió ese sábado, sino que mandó a Emily y a un equipo de guardaespaldas después de haberla llamado para disculparse. Había establecido con su hijo la rutina de hablar por videoconferencia media hora por la mañana y otra media a última hora de la tarde. A Maisie se limitaba a saludarla con frialdad.

Cuando le dijo que no iría ese sábado, ella se reprochó su estupidez por haberse hecho ilusiones. Pero seguía sin poder quitarse los anillos y sin hallar las fuerzas para decirle a Lucca que sus padres no volverían a vivir juntos.

Ayudaba en el restaurante cuando podía, pero sabía que ni siquiera allí podía rendir al máximo, por lo que limitaba su presencia lo más posible.

Después, Romeo dejó de llamar.

Durante los dos primeros días, Maisie no tuvo tiempo de preocuparse porque ya tenía bastante con tratar de calmar las rabietas de su hijo provocadas por la tristeza.

Al tercer día comenzó a preguntarse si debiera llamarlo ella. Cuando lo hizo, saltó el buzón de voz. Dejó un mensaje incomprensible que la hacía parecer una lunática.

Como, al final del día, Romeo seguía sin llamar, salió a la calle y la cruzó para hablar con uno de los guardaespaldas.

—¿Sabe algo de su jefe?

—Mi jefe está al otro lado de la calle.

Ella suspiró, exasperada.

—Me refiero a su máximo jefe.

—Lo siento, señorita, pero no tengo su número.

—Señora, señora Brunetti. Tengo que hablar con el señor Brunetti.

El hombre se acercó a su jefe. Siguió una conversación en voz baja antes de que volviera.

—Lo siento, señora Brunetti, pero el señor Brunetti nos ha pedido que no demos a conocer su paradero.

El miedo la invadió.

—¿Por qué?

El hombre se encogió de hombros.

—No nos lo ha dicho, lo siento.

Maisie volvió a subir a su piso a toda prisa. Intentó llamar a Emily, pero solo escuchó un mensaje diciendo que estaba de permiso en Hawái.

Pasó la noche recorriendo el salón. Volvió a llamar a Romeo e incluso intentó hablar con él por videoconferencia, sin resultado.

A la mañana siguiente estaba frenética y furiosa. Se sentía muy desgraciada por sí misma y por su hijo. Pero, sobre todo, estaba enfadada con Romeo.

Salió a la calle para hablar con el jefe de los guardaespaldas.

—Estoy a punto de comprar unos billetes de avión para dar la vuelta al mundo con mi hijo en busca de su padre. Supongo que forma parte de su trabajo acompañarnos en los viajes al extranjero.

El hombre asintió.

—Muy bien. Nos vamos dentro de una hora. Mi intención es comenzar…. No sé. ¿En Mongolia?

El hombre la miró con los ojos como platos.

—Aunque tal vez pudiera usted ahorrarnos el viaje diciéndome por qué país debo empezar.

El hombre tragó saliva.

—Debe empezar por Italia.

—¿Por Palermo, para ser exactos?

El hombre volvió a asentir.

Ella regresó al piso y abrió el portátil. El restaurante estaba cerrado ese día, por lo que Bronagh se había ofrecido a ocuparse de Lucca.

Después de pensar si debiera llevárselo con ella, decidió que no lo haría. Llamó a su amiga para que fuera a recogerlo a la guardería y compró el billete para ella.

Hasta que no supiera dónde estaba Romeo y la razón de su silencio no se arriesgaría a llevarse a Lucca a Palermo.

Después de haber viajado en el jet privado de Romeo, su asiento en clase turista le resultó una tortura. Bajó del avión acalorada, sudorosa y más asustada todavía, ya que no sabía por dónde empezar a buscar.

La última vez que lo había hecho no tenía el apellido de Romeo, que poseía tanto poder y prestigio que, en el estado en que ella se hallaba, despeinada y con unos vaqueros gastados, solo conseguiría

hacer el ridículo y que se rieran de ella.

Paró un taxi, que la condujo a un hotel de tres estrellas, desde donde mandó un mensaje a Bronagh para decirle que ya había llegado. Después se duchó, se puso un vestido azul y se recogió el pelo en un moño. Se quedó paralizada al darse cuenta de que era el mismo vestido que llevaba cuando había conocido a Romeo.

Agarró el bolso y salió.

Como estaban en julio, hacía mucho más calor que en su anterior estancia, por lo que llegó sudando a Giuseppe’s, el café donde Romeo y ella se habían conocido. Mientras se tomaba un refresco pensó en qué le diría a la única persona que podía saber el paradero de Romeo: Lorenzo Carmine.

Que el anciano fuera a contestar a sus preguntas era otro cantar. Según la información que había recogido en Internet, Lorenzo vivía en una mansión que había pertenecido a Agostino Fattore, un hombre que se parecía mucho a Romeo, salvo por la crueldad de su expresión.

Se le hizo un nudo en el estómago al pensar en el horror que había sufrido el hombre al que amaba y en el que probablemente estaría sufriendo.

Cerró los ojos y respiró hondo. No quería ponerse en lo peor. Tendría la oportunidad de decirle lo que sentía sin ocultarle nada.

Abrió los ojos y se sobresaltó: Romeo se estaba sentando a la mesa de al lado. Llevaba gafas de sol y no la miraba, pero ella estaba segura de que la había visto.

Se estremeció y se sintió aliviada al verlo. Lo examinó detenidamente mientras se tomaba un café de un trago, tras lo cual se levantó y dejó un billete de diez euros en la mesa.

Maisie se quedó inmóvil en la silla, incapaz de creer que fuera a marcharse sin hablar con ella. Él volvió la cabeza para mirarla y ella sintió que le ardía la piel al devolverle la mirada. Sin decir una palabra, Romeo se alejó.

Maisie agarró el bolso y corrió tras él. No había llegado hasta allí para que la rechazara.

Él tomó una calle que le resultó vagamente familiar. Se quedó petrificada al reconocerla y leer el nombre del hotel.

Lo siguió cuando él hubo entrado. Miró a su alrededor, pero había desaparecido.

—¡*Signora* Brunetti! —un hombre se apresuró hacia ella.

—¿Sí?

—Me han pedido que le informe de que la habitación que busca es la suite número 1.

—Ah… Gracias.

—*Prego*. Si me acompaña, le mostraré dónde puede tomar el ascensor privado que la conducirá a ella.

La llevó al ascensor, introdujo la llave y presionó el botón.

Ella se montó. El corazón le latía desbocado. Ya que había visto que Romeo no había sufrido daño alguno, estaba resuelta a llevar a cabo lo que se había propuesto.

Si fallaba…

Las puertas del ascensor se abrieron. Respiró hondo. Frente a ella había una puerta blanca con un pomo dorado.

Alzó la mano y llamó.

Capítulo 15

Romeo abrió la puerta al tercer golpe. No dijo nada. La miró a los ojos y una corriente de emoción vibró en el denso silencio.

Maisie carraspeó.

—Llevas cuatro días sin llamar. Nuestro hijo está muy triste sin ti —consiguió articular.

Romeo hizo una mueca de amargura y arrepentimiento antes de volver a adoptar una expresión inescrutable.

—Se lo compensaré. Mis asuntos en Palermo han durado más de lo que esperaba. Tengo un negocio en Londres que comienza la semana que viene y me tendrá ocupado un mes. Después, Emily volverá a coordinarse contigo para organizar las visitas. Hay un coche esperándote abajo. Mi avión te llevará a casa. Que tengas buen viaje. *Arrivederci.*

Y, dicho eso, le dio con la puerta en las narices.

Maisie golpeó la puerta con la palma de la mano. Él volvió a abrir.

—He venido hasta aquí, ¿y eso es lo único que tienes que decirme?

Él se metió las manos en los bolsillos.

—¿Qué más puedo decirte? Me has dejado muy claro que lo único de lo que podemos hablar es de nuestro hijo.

—Eso no es cierto.

—¿Qué demonios quieres de mí, Maisie?

—Para empezar, ¿por qué le has dicho al conserje mi nombre y le has dado instrucciones de que me dejara subir cuando llegara?

—Porque eres la madre de mi hijo y sigues siendo mi esposa, al menos hasta que uno de nosotros decida hacer algo al respecto. También porque mis hombres os vigilan a Lucca y a ti las veinticuatro horas del día. Me informaron inmediatamente de que habías comprado un billete para Sicilia, por lo que pensé en ahorrarte la molestia de preguntar en recepción cuando llegaras.

Nerviosa, Maisie cambió el peso de un pie al otro.

—Pues sí, estoy aquí. ¿Vas a dejarme entrar?

Él enarcó una ceja.

—¿Estás segura de que quieres entrar en una habitación que te traerá malos recuerdos?

Ella miró la mezcla de muebles antiguos y modernos, de algunos de los cuales habían disfrutado con el cuerpo desnudo.

—No todos son malos. De hecho, aquí pasé una de las mejores

noches de mi vida.

Él se quedó inmóvil mirándola con ojos brillantes hasta que una sombra apareció en ellos.

—Entonces, es una pena que el peor que tengas es el de haberte casado conmigo —dijo con voz dolorida.

—No afirmes cosas que no he dicho, Romeo. Te dije que no quería estar casada contigo, no que odiara la idea de estarlo ni que te odiara a ti. ¿Me dejas entrar de una vez?

Él se apartó. Su calor pareció rozarla cuando pasó a su lado y su olor llenó sus hambrientos sentidos hasta el punto de que estuvieron a punto de fallarle las piernas.

La suite era tal y como la recordaba. El sofá estaba en el mismo sitio en que había hecho el amor con Romeo por primera vez. Dejó el bolso en él mientras la invadían los recuerdos.

—¿Quieres que te deje a solas con tus recuerdos? —preguntó él con voz tensa.

Ella se volvió y lo vio apoyado en la puerta cerrada con los brazos cruzados.

—¿Por qué estás ahí? ¿Me tienes miedo? —le preguntó ella en tono desafiante, aunque el corazón le latía desbocado.

Él soltó una carcajada.

—Sí, te tengo miedo. Me aterroriza lo que siento cuando estoy contigo, y aún más lo que siento cuando no lo estoy.

Ser testigo de su vulnerabilidad la dejó sin respiración. Y, contra su voluntad, la esperanza comenzó a adueñarse de ella.

—¿Qué quieres decir, Romeo? —no podía haber margen para malas interpretaciones. La apuesta era muy alta.

Él respiró hondo. Le temblaba el pecho.

—Quiero decir que te amo, Maisie. Claro que puedo equivocarme, ya que no sé qué es el amor. Pero siento un enorme vacío cada segundo que estoy sin ti. Creía que sabía lo que significaba un futuro sin esperanza hasta el día que me dijiste que lamentabas haberte casado conmigo.

Se apartó de la puerta, se acercó a grandes zancadas a la ventana y miró la calle.

—No he sido capaz de retomar la normalidad desde aquel momento. Solo pienso en ti, solo deseo estar contigo —suspiró—. ¿Eso es amor? ¿Ese sentimiento de desesperación?

Maisie se acercó a él, deseosa de tocarlo.

—No lo sé. ¿Sientes el mismo dolor al imaginarnos juntos en vez de separados? ¿O te sientes distinto, mejor? —susurró.

Él apoyó la frente en el cristal, temblando.

—Por favor, *gattina*, ¿por qué me haces esto? —gimió—. ¿A qué has venido?

Maisie tragó saliva.

—Tenía que comprobar que estabas bien, que Lorenzo…

—Lorenzo ha dejado de ser un problema. La *famiglia* lo ha abandonado. Tenemos un testigo que declarará lo que le sucedió al padre de Zaccheo después de que mi padre me echara a la calle aquella noche. Lorenzo está acusado de asesinato. Lo encarcelarán para siempre.

Ella ahogó un grito.

—¿Por qué atacó al padre de Zaccheo?

—Mi padre encargó a Paolo Giordano que me llevara a su casa después de que mi madre me llevara a casa de mi padre. Paolo lo hizo, pero su esposa no estuvo de acuerdo en tener otra boca que alimentar. Paolo tuvo la audacia de ofender a mi padre al intentar devolverme al cabo de un mes. Mi padre ordenó a Lorenzo que lo matara.

Romeo hizo una pausa, perdido en sus recuerdos.

—He declarado ante la policía hace dos días y han detenido a Lorenzo, que permanecerá en la cárcel hasta que lo juzguen. Si sale libre, se lo pensará dos veces antes de venir a por mí o a por los míos.

—¿Así que fue así como acabaste en la calle? ¿Porque tu madre te abandonó?

—Era prostituta de lujo. Quedarse embarazada de mí fue un obstáculo en su carrera. Cuando no pudo seguir soportándome me llevó a una casa desconocida, me dijo que el señor que vivía allí era mi padre y se marchó sin siquiera haberse bajado del coche.

—¿Volviste a verla?

Él asintió.

—Me llamó al cabo de años de silencio. Yo le seguí la pista a lo largo de los años y me enteré de cuándo las cosas le iban mal. Le enviaba dinero sin que ella supiera su procedencia. No quería que me buscara al saber que era rico, sino porque yo era su hijo y deseaba verme. Me llamó una semana antes de morir. Yo estaba eufórico.

—¿Qué pasó?

—Quería usar mi tarjeta de crédito. No le interesaba quién era ni si podía hacer frente al gasto que ella pretendía. Tenía un tumor cerebral y no le quedaba mucho tiempo de vida. Quería morir con estilo. Le reservé la suite presidencial de un hotel y me quedé con ella, con la esperanza de que me demostrara de alguna forma que se arrepentía de haberme abandonado. No lo hizo. Le sostuve la mano hasta que falleció y lo único que hizo fue maldecirme por parecerme a mi padre —hizo una pausa—. Así que no sé si esto que siento es amor o la

necesidad de aferrarme a algo que está dañado porque lo he tocado.

Ella se sintió conmovida.

—No digas eso, por favor.

Él volvió la cabeza hacia ella. Sus ojos reflejaban un profundo dolor.

—El día en que nos conocimos fue el primero en que acepté que la esperanza era un sentimiento inútil, que el amor no existía. Al menos, para gente como yo.

—Romeo…

—No pasa nada, *gattina*. Sé que no me quieres. Ten por seguro que el divorcio será rápido y que te dejaré en una buena situación económica.

—No quiero divorciarme, ni tampoco tu dinero.

De la garganta de él salió un sonido animal. Ella avanzó otro paso y le puso la mano izquierda en el pecho.

—Si lo quisiera, me habría quitado la alianza al marcharme de Hawái.

Él miró el anillo.

—No podemos seguir casados solo por Lucca —observó con tristeza—. No quiero ser responsable de que te sientas desgraciada.

—Pues haz que me sienta feliz. Quiéreme y quédate conmigo.

Él alzó la cabeza y la miró.

—Pero en la isla dijiste…

—Dije que no quería seguir casada contigo porque no soportaba la idea de amarte sin ser correspondida.

Él la miró con los ojos como platos y le puso las manos en los hombros.

—¿Qué?

A Maisie se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Te quiero, Romeo. Te quise desde la noche que pasamos en esta habitación. He sido muy desgraciada sin ti y, si no te importa, no quiero divorciarme.

—No me importa, ni me importaría aunque viviera una decena de vidas —respondió él, aturdido.

—Estupendo, porque son todas las que voy a necesitar para demostrarte cuánto significas para mí.

—*Dio mio, gattina*…

Ella lo agarró de la barbilla.

—Abrázame, Romeo. Bésame. ¡Cuánto te he echado de menos!

Él unió sus labios a los de ella con un gemido.

Tres horas después, ella apartó la cabeza del pecho masculino.

—¿Estás listo para hablar con Lucca por videoconferencia?

Romeo alzó la cabeza y la besó en la boca.

—Creo que se me ha ocurrido algo que hará que me perdone por no haber hablado con él estos últimos días.

—¿El qué?

—La promesa de que tendrá un hermano.

Maisie lo besó en los labios.

—Creo que acabas de ganar el premio al mejor padre del mundo.

Romeo se rio y preparó el portátil después de que ella hubiera llamado a Bronagh para que estuvieran conectados.

Unos segundos después, el hermoso rostro de su hijo apareció en la pantalla.

—¡Mamá! ¡Papá! ¿Cuándo vais a volver?

—Estaremos allí cuando te despiertes mañana —contestó Romeo.

—He estado aprendiendo algunas palabras en italiano, papá.

Romeo agarró la mano de Maisie y se la llevó al pecho.

—Dime, hijo.

—*Ti voglio bene* —dijo el niño sonriendo—. Significa, «te quiero».

Romeo tardó unos segundos en poder hablar.

—Exactamente, y yo… —miró a Maisie y ella, con lágrimas en los ojos, asintió—. Yo también te quiero.

Estuvieron varios minutos hablando. Después, Romeo abrazó a Maisie durante largo rato. De pronto, comenzó a sonar música de ópera en la suite.

—¿Por qué escuchas esas cosas? Son muy tristes.

Él la apretó aún más contra sí.

—Para recordar que la esperanza era un sentimiento inútil, que todo acaba por morir. Pero ahora me recordará que, incluso en los momentos más sombríos, puede resurgir la esperanza.

Ella alzó la cabeza y lo miró.

—Te amo, Romeo.

Él la besó en señal de aceptación de su amor. Y, cuando levantó la cabeza, el brillo de sus ojos llenó de felicidad a Maisie.

—Te has librado de que Lucca te leyera la cartilla.

Él se rio.

—De todos modos, pienso cumplir la promesa que le he hecho de darle un hermano. Muy pronto —afirmó con seriedad.

Ella le acarició los labios con los dedos.

—Muy pronto. No se me ocurre nada que desee más que tener otro hijo contigo.

Él la giró suavemente y le acarició el vientre antes de abrazarla.

—Eres mi principio y mi fin, *il mio cuore*. Lo eres todo para mí.

Epílogo

Tres años después

—¿A quién se le ha ocurrido la brillante idea de que sería divertido montar en un yate a siete niños hiperactivos y a dos padres emprendedores para irse de vacaciones? —gruñó Eva mientras iba detrás de su hija de diez meses que corría a gatas por la cubierta del barco.

Donatella Giordano protestó inmediatamente al ver su libertad coartada.

Maisie sonrió y alzó la cabeza para recibir en el rostro el sol del Mediterráneo.

—¿Tú crees que hubiéramos podido impedírselo a Romeo y a Zaccheo después de haber comprado juntos este superyate por el que llevaban babeando más de un año?

Eva se sentó a su lado con Donatella en el regazo.

—Es un barco precioso, pero no puedo pegar ojo pensando que uno de los niños se tire por la borda por diversión.

—Romeo me ha asegurado que es imposible. Lo interrogué durante horas antes de acceder a traer a Lucca y a Marcelo.

Marcelo, de dos años, alzó la cabeza al oír su nombre y sonrió mientras chapoteaba en la piscina con Gianni y Angelo, el segundo par de gemelos de los Giordano.

Eva besó la cabeza de su hija y lanzó un suspiro de felicidad.

—Está bien que se relajen, ¿verdad? Pero me gustaría que no lo hicieran con tanto vigor.

Maisie se rio y vio pasar dos motos acuáticas al lado del yate, acompañadas de gritos infantiles.

En una iban Romeo y Lucca; en la otra, Zaccheo con los gemelos mayores.

Romeo miró a Maisie con tanto amor que ella se quedó sin aliento. Se tocó los labios, que aún le cosquilleaban de cuando habían hecho el amor horas antes. Después se acarició el vientre y pensó en la sorpresa que iba a dar a su esposo.

—Como Romeo no ha dicho nada, supongo que todavía no lo sabe —apuntó Eva mirándole el vientre.

—No, no lo sabe. Pero ¿cómo…?

—Por favor… Desde ayer que embarcaste, estás resplandeciente.

Supongo que no has tenido tiempo de decírselo porque Zaccheo monopolizó su atención hasta la madrugada.

Maisie lanzó un bufido.

—Se acostó a las cinco de la mañana —la había despertado y le había hecho el amor hasta dejarla exhausta. Cuando volvió a despertarse, él ya se había levantado y estaba con los niños—. Se lo diré esta noche.

—¿Decirme el qué, *amore mio*?

Maisie se sobresaltó al oír la voz de su esposo a su lado.

—Si te lo digo ahora, no será una sorpresa.

Después de haber besado a su hijo menor, Romeo se inclinó sobre la tumbona en que estaba ella y la asió de las caderas. Maisie vio de reojo que Zaccheo besaba a su esposa.

Pero solo tenía ojos para Romeo, que la miraba con una intensidad que no había disminuido desde el día en que se habían conocido.

—¿Hay algún motivo para que haya que esperar hasta esta noche?

Ella no pudo encontrarlo.

—No.

Él le tendió la mano.

—Ven.

Ella, excitada, protestó.

—Los niños…

—Emily se ocupará de ellos.

Fueron al camarote y cerraron la puerta.

Con sorpresa o sin ella, él se las hubiera arreglado para conducirla allí a la menor oportunidad. No se cansaba de Maisie, de su amor, de su devoción por él y por su familia.

Se abrazaron.

—Te quiero —murmuró ella.

—*Ti amo anch'io* —contestó él—. Te estoy muy agradecido por haber ido a Palermo hace tres años.

—Me hubieras buscado antes o después. Solo necesitabas dejar descansar tus fantasmas.

Él asintió. Los fantasmas habían muerto, por fin. Lorenzo había sido declarado culpable de asesinato y condenado a cadena perpetua. El resto de la *famiglia* se había dispersado acabando así con el legado envenenado de Agostino Fattore.

Romeo había donado la mansión de su padre al orfanato local.

Sentía tanto amor y era tan feliz que a veces se asustaba.

—¿Y la sorpresa? —preguntó mientras le desataba el bikini.

Maisie le tomó de la mano, se la besó y la puso en su vientre.

—¿Otro bebé? —preguntó él, extasiado.

Ella asintió con lágrimas en los ojos.

Romeo se puso de rodillas y le besó el vientre.

—*Ciao, bella bambina*.

—¿Estás seguro de que esta vez será niña?

—Estoy seguro, y será tan guapa como su madre.

Ella se rio mientras él la tomaba en brazos y la tumbaba en la cama.

Horas después, se vistieron y se reunieron con los niños y los Giordano para cenar.

La noticia fue recibida con besos y abrazos. Zaccheo levantó la copa.

—Por la familia —brindó mirando a todos alrededor de la mesa hasta llegar a su esposa—. Y por el amor.

—Por la familia —repitió Romeo. Después miró a Maisie—. Y por ti, para siempre —le murmuró al oído.